



uRedes 
Institución de Investigación y Desarrollo

Azun Candina, Editora

La frágil clase media

Estudios sobre grupos medios en Chile contemporáneo.



La frágil clase media. *Estudios sobre grupos medios en Chile contemporáneo.*

Editora: Azun Candina

Fotografía portada:

Archivo fotográfico Museo Histórico Nacional

Programa UREDES, Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo, Universidad de Chile.
Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile

RPI : 227.035

ISBN: 978-956-19-0810-9

Impreso en Gráfica LOM

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Abril de 2013

La frágil clase media

Estudios sobre grupos medios en Chile contemporáneo

Azun Candina, Editora.

Autores participantes en esta publicación

Patrick Barr-Melej es Doctor en Historia y director del Departamento de Historia de la Universidad de Ohio, Estados Unidos. Sus líneas de investigación han abarcado las clases medias a comienzos de siglo en Chile y los fenómenos contraculturales. barr-mel@ohio.edu

Azun Candina es Doctora en Historia, Universidad de Chile, y académica del Departamento de Ciencias Históricas de la misma universidad. Sus áreas investigación han sido la construcción de memoria social y clases medias en Chile contemporáneo. azun@u.uchile.cl

Viviana Cariqueo es tesista del Programa de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Su línea de investigación es educación e identidad del magisterio en Chile contemporáneo. vcariqueo@um.uchile.cl

Alejandra Falabella es candidata a Doctora en Educación, University of London, Licenciada en Educación y Educadora de Párvulos. Es académica de la Facultad de Educación de la Universidad Alberto Hurtado, y su área de investigación es sociología de la educación y análisis de políticas educativas. afalabel@uahurtado.cl

Nincen Figueroa es egresado de la Carrera de Sociología y estudiante en práctica de la Universidad Diego Portales, Santiago. nfigueroa89@gmail.com

Silvia Lamadrid Alvarez es socióloga, Magíster en Ciencias Sociales y Doctorada en Historia con mención en Historia de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Es académica del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. silamadr@u.uchile.cl

Andrea Lizama Loyola es Magíster en Ciencias Sociales, mención sociología de la modernización, y trabajadora Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile. adlizama@gmail.com

Oscar Mac-Clure es sociólogo y Doctor en Historia. Es investigador del Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas, Universidad de Los Lagos, Santiago. oscar.macclure@gmail.com

María Antonieta Mendizábal es Licenciada en Historia, Universidad de Chile, DEA Antropología del espacio y el territorio, Universidad de Barcelona y Doctorante en Historia, mención Historia de Chile, Universidad de Chile. ma.mendizabal@gmail.com

Sebastián Henríquez Pérez es Licenciado en Historia, Educación, y Profesor de Historia y Ciencias Sociales para Enseñanza Media de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus áreas de investigación se centran en las clases medias y su relación con la clase trabajadora. Es profesor en aula del Liceo Polivalente Rafael Donoso Carrasco, Recoleta, Santiago. sahp17@gmail.com

Pilar Illarramendi es egresada de la Carrera de Sociología y estudiante en práctica de la Universidad Diego Portales, Santiago. illarra.p@gmail.com

Isabel Jara Hinojosa es Doctora en Historia, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, Magíster en Teoría e Historia del Arte, Universidad de Chile y profesora de Historia y Geografía. Académica de la Universidad de Chile, área de trabajo, historia de la cultura y las imágenes en Chile contemporáneo. jara.isabel@gmail.com

María Teresa Rojas es Doctora en Ciencias de la Educación, Pontificia Universidad Católica de Chile-Université Paris 5, Sorbonne y Licenciada en Historia y Profesora de Historia y Geografía. Es académica de la Facultad de Educación de

la Universidad Alberto Hurtado, y su área de investigación es sociología de la educación y análisis de políticas educativas.
mtrojas@uahurtado.cl

Juan Pablo Velasco es Licenciado en Sociología, tesista del Proyecto Desigualdades, Universidad de Chile. Trabaja como Asistente de Planificación Estratégica en la Dirección de Relaciones Internacionales en la Universidad de Chile.
jpvelascovillalobos@gmail.com

Diego Vilches es Licenciado en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y estudiante del Programa de Magister en Historia de la misma universidad. Sus temas de investigación se relacionan con la historia cultural y la cultura de masas en el Chile del siglo XX. davilche@uc.cl

INDICE

Introducción. Balance y perspectivas de los estudios de clases medias.	
Azun Candina Polomer	9
Vistas mesocráticas: apuntes sobre el estudio de las capas medias en América Latina	
Patrick Barr-Mejej	15
I. Educación y clases medias	
Estrategias educativas de las clases medias: opciones y dilemas	
María Teresa Rojas Fabris y Alejandra Falabella Ambrosio	27
Identidad social, condiciones laborales y docencia: el profesor de enseñanza media frente a la municipalización de la educación en Santiago, 1980-1990	
Viviana Cariqueo	37
II. Movimientos sociales, política y clases medias	
Orígenes de la Falange Nacional en el Movimiento de la Juventud Conservadora y su constitución como nuevo referente político (1935-1938)	
María Antonieta Mendizábal Cortés	53
“Una nación de propietarios, no de proletarios”. La retórica intelectual de la dictadura chilena sobre las clases sociales y la clase media	
Isabel Jara Hinojosa	71
Empleados y obreros de El Teniente entre la Unidad Popular y la dictadura militar. Aproximaciones sobre el comportamiento político sindical al interior de la Gran Minería del Cobre (1971-1983)	
Sebastián Henríquez Pérez	85
Acerca de la desigualdad social: repertorios culturales de evaluación, límites simbólicos y sociales. Una aproximación desde lo situacional y lo experiencial en Santiago de Chile	
Nincen Figueroa y Pilar Illarramendi	97
Clases medias y desigualdad persistente en el Chile contemporáneo. Prosperidad económica, injusticia social y abulia política	
Juan Pablo Velasco	115

Viejas” y “nuevas” clases medias frente a la homogamia	
Oscar Mac-Clure	129

III. Clases medias, consumo y cultura de masas.

Un acercamiento futbolístico a la participación cultural de la clase media en Chile.	
Un caso de inserción y exclusión nacional: Colo Colo F.C. 1925-1929	
Diego Vilches Parra.....	137

Representaciones sociales de las clases medias en el Chile de los sesenta a través de las revistas juveniles	
Silvia Lamadrid Alvarez	151

Distinciones y pertenencias de clase en un mercado de apropiaciones diferenciables: la clase media chilena y su vinculación con el consumo de bienes tecnológicos	
Andrea Lizama Loyola	165

Introducción. Balance y perspectivas de los estudios de clases medias.

Azun Candina Polomer
Universidad de Chile

La heterogeneidad de las clases medias y la manera en que su definición y desarrollo parecen escurrirse como arena en las manos de los investigadores son una de las mejores pruebas de la diversidad y complejidad de nuestras sociedades. La misma existencia de las clases medias, el hecho de que las enunciemos aunque no sea fácil definir las y el que una mayoría de la población se considere parte de ellas, demuestra que vivimos en mundos culturales, económicos y políticos complejos, donde las variables y las experiencias se cruzan, los sujetos elaboran y re-elaboran constantemente qué son y cómo son y quizás –y a falta de fronteras más claras o de mejores palabras para llamarse a sí mismos– si no caben en las definiciones clásicas de obreros, proletarios, ‘ricos’ o (versión más académica) elite social, se identifican a sí mismos como ‘clase media’, con todas sus variantes y apellidos: la alta, la baja, la ‘media-media’, la ‘acomodada’, la de profesionales, la de empleados, la de comerciantes o la de pequeños propietarios.

Es por ello que postulamos que la clase media como concepto teórico y como forma de identidad es y debe ser un problema ineludible en los estudios sociales, económicos y culturales contemporáneos, como bien señala Patrick Barr-Melej en el primer texto compilado en este libro: nuestras sociedades y nuestros proyectos políticos no se entienden sin ellas. No abordarlas, decidir las ‘demasiado heterogéneas’, plantear que en realidad no existen o creer –en la vereda opuesta– que se puede hablar de ellas como de un grupo en singular y que se puede despachar con un solo párrafo en cualquier manual o texto sobre nuestra historia reciente, sería asumir que podemos desconocer a las mayorías sociales y a su diversidad interna al reflexionar sobre nuestra sociedad desde sus sujetos y sus demandas, desde sus dolores, dudas y expectativas. Aun más: creo que la escasez de estudios sobre las clases medias no revela solamente un desinterés basado en un mayor interés por otros grupos (los pobres, los obreros, las elites sociales, etc.) sino el rechazo común en la academia a salirse de las definiciones cómodas, ya reconocidas o románticas. Las clases medias son una piedra en el zapato porque son precisamente esos grupos e individuos que no caben en esquemas binarios de la vida social y su historia. No pueden ser definidos simplemente como explotados o explotadores, como analfabetos o cosmopolitas, como *bárbaros* o *civilizados*. Los así llamados

clases, grupos o capas medias ponen en duda y en jaque las confortables oposiciones ricos/pobres, pueblo/oligarquía, radicales/conservadores o revolucionarios/reformistas. Cuando decidimos abordarlas como objeto de investigación, explícita o implícitamente nos decidimos a abandonar las dicotomías, a abordar las relaciones de clase en lo que efectivamente son: *relaciones* dinámicas, diversas, construidas a partir de los ingresos y la propiedad de los bienes pero también de la conciencia de sí, de interpretaciones, juicios, prejuicios, estatus y expectativas, del pasado y de las imágenes del futuro, de estereotipos y experiencias. Eso, que sabemos es propio de todas las clases sociales, es particularmente visible e ineludible al investigar sobre las clases medias.

Los trabajos presentados en este libro abordan ese desafío y esa complejidad. Algunos de ellos son resultado de investigaciones ya realizadas y otros son trabajos en elaboración y que plantean preguntas más que respuestas. Fueron expuestos en las *Primeras Jornadas Clases Medias en Chile y América Latina: los sujetos pendientes*, realizadas los días 20 y 21 de agosto de 2012 y organizadas por la Red de Estudios sobre Identidad y Clases Medias en Chile y América Latina, con el auspicio y patrocinio del Programa UREDES de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile y el Archivo Central Andrés Bello, que gentilmente abrió sus puertas al encuentro. En dichas Jornadas se compartieron y debatieron experiencias de investigación venidas de la historia, la antropología, la sociología, la psicología social, los estudios de género y los estudios culturales, en un diálogo abierto entre expositores, moderadores y asistentes. Este diálogo se dio, hay que decirlo, en medio de las protestas de los estudiantes del cercano Instituto Nacional y de la Casa Central de la Universidad de la cual el Archivo es parte, es decir, con una inesperada experiencia en terreno con el movimiento social por la educación pública, que ha sido descrito más de una vez como un movimiento liderado por estudiantes y maestros de clase media, tanto a nivel de la educación secundaria como de la superior.

Fue una algo complicada pero interesante coincidencia que las exposiciones se abrieran precisamente con la relación entre educación y clases medias, que ha sido definida como central a la hora de diferenciar a las clases medias de los sectores populares en términos de posibilidades de movilidad social o mantención de un estatus. Las investigaciones de Viviana Cariqueo y de María Teresa Rojas y Alejandra Falabella aquí recogidas se enfocan respectivamente en dos aristas importantes de esa relación: en primer lugar, el cambio de estatus de los profesores durante la dictadura militar y, en segundo término, lo que esperan las clases medias de la educación y sus diferencias con los sectores populares a la hora de definir

la elección de escuelas y de actividades extraescolares para sus hijos. El nivel de educación formal y particularmente el acceso a una educación de buena calidad, lo que involucra profesores y profesoras que reciban una formación y un salario digno, han sido centrales para la constitución de los grupos medios y sus aspiraciones.

Dichos trabajos introdujeron en las Jornadas lo que sería otra de las características que se profundizan en las investigaciones sobre las clases medias presentadas aquí, desde el punto de vista de las estructuras sociales y también de las características del consumo material y cultural: la importancia de las fronteras y los límites que establecen o se podrían establecer con otros grupos sociales. Si para los sectores más pobres de nuestra sociedad la lucha central es por la sobrevivencia, para quienes son parte (o perciben que son parte) de la clase media la tarea central parece ser mantenerse en ese estatus o consolidarlo, tarea que se asume como difícil y carente de apoyo, y actualmente dejada en manos más de la iniciativa y el esfuerzo individual y familiar que en un cambio de las condiciones generales: como bien apunta el trabajo de Figueroa e Ilarramendi y también el de Juan Pablo Velasco, los sectores medios tienen clara conciencia de las fuertes desigualdades presentes en la sociedad chilena, pero escasa fe en que esa situación estructural cambie. Sus propuestas teóricas y sus investigaciones en marcha desde el punto de vista de la desigualdad social y el *habitus* social son muy valiosas en el conocimiento de cómo los sujetos de clase media en Chile abordan el escenario de la desigualdad, en términos comparativos con otras realidades.

La tarea de diferenciarse de los sectores más pobres y también de los más ricos ha pasado también por estrategias de consumo y construcciones culturales complejas que, a inicios del siglo XXI, muestran un desarrollo ya centenario. La investigación de Diego Vilches sobre los orígenes del club deportivo Colo Colo profundiza en la apropiación allí realizada de la herencia mapuche, que al mismo tiempo buscaba oponerse a los clubes de fútbol de origen británico e identificados con la clase alta mientras invisibilizaba a los mapuches como sujetos, apelando al 'araucano' más como una figura heredada y del pasado que como a una realidad presente; en ese sentido, la investigación de Vilches confirma, al menos en parte, las tesis desarrolladas por Barr-Melej sobre una construcción intelectual de lo campesino y lo 'indígena' como fundamento de la nacionalidad, en contraposición al cosmopolitismo de las élites o el internacionalismo de izquierda.

A partir del estudio de las formas de consumo material y simbólico, conclusiones similares surgen de los trabajos de Silvia Lamadrid sobre la revista *Ritmo* en los años sesenta y

de Andrea Lizama sobre el uso de la tecnología en la actualidad: se advierten allí discursos y prácticas sociales que recogen elementos de la sociedad de masas, de admiración hacia las clases altas y del consumo conspicuo, pero a partir de un uso propio, donde los roles conservadores para hombres y mujeres se mezclan con ideas más modernas como la importancia de estudiar y trabajar para ambos sexos, en el texto de Lamadrid, y donde el uso de la tecnología como forma de estatus es más claro en la llamada clase media baja, y también como una herramienta útil para los hijos, es decir, para la movilidad social esperada, como revela el trabajo de Lizama. En esa misma línea, la investigación de Oscar Mac-Clure revela que la endogamia como forma de reproducción y mantención de estatus también ha estado presente en los grupos medios y, al parecer, particularmente en los grupos profesionales.

Finalmente, y desde la arena política, los trabajos de Mendizábal y Jara sobre, respectivamente, el nacimiento de la Democracia Cristiana y el discurso de la dictadura militar hacia los grupos medios revelan cómo han sido también un territorio de disputa política. La Democracia Cristiana se convertiría –según su propia propaganda– en el gran partido de la clase media a mediados del siglo XX, una afirmación que no nos parece claramente demostrada hasta hoy pero que sí da cuenta de una imagen social que identifica la moderación política y el reformismo con los sectores medios, es decir, con los individuos y grupos que estarían a favor del cambio social en términos de mayores oportunidades y más democracia, pero no necesariamente con un cambio radical de la sociedad: la cercanía de ese discurso con las tensiones entre no aspirar al ‘lujo’ de la clase alta pero distanciarse de la ‘barbarie’ indígena y pobre que se trata aquí en los textos ya mencionados, hace que la analogía entre partidos moderados pero críticos y las clases medias no sea sorprendente. La dictadura, por su parte, hizo un esfuerzo significativo por apelar a la sociedad chilena invisibilizando precisamente su carácter de sociedad de clases e ignorando la crisis del empleo público y el daño al estatus de los grupos medios que el trabajo ya mencionado de Cariqueo y también el de Sebastián Henríquez sobre los trabajadores de El Teniente destaca. En este último, el paso del grupo de los empleados de la oposición a la Unidad Popular a la oposición a la dictadura es significativo en términos de comprender el cambio de condiciones que vivieron los trabajadores no manuales, comprendidos dentro de los grupos medios: la seguridad y el estatus diferenciado obtenidos en décadas anteriores desaparecieron ante las reformas al Código Laboral y la represión y disolución de sus organizaciones, poniéndolos en un nuevo escenario de alianzas y oposiciones.

En perspectiva y transversalmente, estas investigaciones revelan una clase media frágil, que a menudo actúa pragmáticamente según las circunstancias y busca en la educación, el consumo conspicuo y las redes de pares los recursos necesarios para mantener su estatus, en la medida de que no se trata de grupos económicamente consolidados salvo en sus estratos superiores, y para los cuales la amenaza del rápido empobrecimiento es permanente. En dicho sentido y en términos comparativos con la realidad latinoamericana, la clase media chilena comparte con la de países vecinos varias características. En primer término, la percepción de precariedad y lucha constante, que la diferencia de las clases medias de países desarrollados, donde uno de los elementos de esa definición es justamente haber alcanzado cierta estabilidad económica que los diferencia de los sectores populares. En segundo término, una relación problemática con los sectores populares y la herencia indígena y mestiza en términos sociales y culturales: si bien no niega su existencia e incluso puede utilizarla ideológicamente, sí busca diferenciarse del mundo popular y sumarse a una modo de vida ‘blanco’, urbano y cosmopolita, donde al nivel de las prácticas concretas los modelos de comportamiento social y los cánones de belleza y refinamiento corresponden a los de la clases altas y ‘lo occidental’ en un sentido amplio. En dicho sentido, particularmente los nuevos integrantes de las clases medias (es decir, aquellas personas que son ‘primera generación con zapatos’, como se dijo en uno de los debates de las Jornadas) mantienen una relación compleja y ambivalente con los grupos medios ya consolidados y la clase alta, pues mientras se perciben diferentes a ellos en términos de consumo y pueden criticarlos, también la admiran y rechazan ser considerados parte de lo que la investigadora Emanuelle Barozet definió en las Jornadas como ‘clase media chatarra’: ajenos a la cultura libresca, asiduos al *mall* y a sus compras inútiles y habitantes de los edificios gigantescos y atestados de la ciudad. Asimismo, las discusiones y trabajos presentados en las Jornadas pusieron en cuestión el estereotipo de una clase media consumista y frívola, dado que –por ejemplo– sus niveles de endeudamiento tienen que ver más con la educación y la vivienda que con consumos suntuarios o injustificados.

Nuestras clases medias, por tanto, se perciben y autoperciben a menudo como un estatus precario, como una suerte de aspiración permanente donde las crisis económicas y políticas, la pérdida del empleo y las deudas son vividas como peligros constantes y directos, pero que a menudo no pueden dejar de asumirse si se quiere conservar o mejorar las posibilidades de bienestar. De allí, hipotéticamente, es que pueda postularse que su relación con los partidos y los proyectos políticos, con el consumo material y cultural e incluso con la

historia nacional y sus símbolos hayan estado fuertemente marcadas por la necesidad de proteger, sea individual o colectivamente, esa conquista inestable que significa ser clase media.

Por supuesto, las investigaciones expuestas aquí muestran rutas que deben seguir explorándose y acumulando conocimiento sobre estos sectores y grupos. En gran medida y sólo por entregar algunos ejemplos, están por elaborarse la historia de los colegios y gremios profesionales y su rol en la política, o del empleo no manual como forma mayoritaria de integración de las mujeres al trabajo remunerado: si la historia de las mujeres lavanderas, costureras y conductoras de tranvías ha sido importante para comprender los cambios de roles de las mujeres en las sociedades del siglo XX, también debería serlo la historia de las dependientas de tienda, secretarias, maestras y oficinistas. Asimismo, queda mucho por saber sobre los individuos y grupos de sectores medios en la militancia política, en la que a menudo no han participado *desde* una definición de clase: comprender ese borramiento de una identidad socioeconómica a la hora de construir una identidad política es un campo escasamente explorado por las ciencias sociales. Algo parecido, quizás, podría decirse de los sectores de pequeños y medianos comerciantes y empresarios: sus organizaciones, su voz pública y sus conflictos con la gran empresa han recibido la atención de algunos investigadores, pero no puede hablarse ni lejanamente de un campo agotado.

La enumeración de lo pendiente sería muy larga y rebasa el objetivo de estas páginas. Sin embargo, esperamos que las investigaciones aquí presentadas estimulen la continuación de un camino más amplio de investigación.

Vistas mesocráticas: apuntes sobre el estudio de las capas medias en América Latina

Patrick Barr-Meiej
Universidad de Ohio

Quisiera comenzar expresando mi gratitud a la Red de Estudios sobre las Clases Medias de la Universidad de Chile por darme la oportunidad de presentar algunos apuntes, y les felicito por una conferencia exitosa que, como hemos visto, ha constituido un gran espacio colaborativo y didáctico. Es un honor compartir esta sala con ustedes como un historiador de Chile tanto como hijo de una chilena que estudió en el Instituto Pedagógico de esta universidad destacada, durante la presidencia de Eduardo Frei Montalva. Mis amigos, familia y colegas, en Chile y en el extranjero, que me conocen bien, entienden el profundo afecto que tengo por este país y su historia.

Tomando en cuenta lo que hemos visto en la televisión y hemos leído en los diarios es muy apropiado celebrar una conferencia que aborda, desde varias perspectivas académicas, una multitud de temas asociados con la morfología, la historia y las experiencias actuales de las clases medias. Tanto el presidente de Chile como el de los Estados Unidos han hablado mucho acerca de los desafíos enfrentando a las clases medias en sus países, y ambos siguen formulando varias propuestas para, según ellos, apoyar y reforzar a las capas medias. Barack Obama y Sebastián Piñera (presidentes con diferentes perspectivas políticas, obviamente) se han referido repetidamente a los problemas de las clases medias que luchan para seguir ascendiendo socialmente o, al menos, evitar descender. Además, en Chile han sido jóvenes de la clase media quienes han liderado el movimiento universitario, tal como en los Estados Unidos el movimiento *Occupy* tiene su origen en la clase media. En general, no es una exageración decir que los discursos políticos en Chile, los Estados Unidos, en Europa y en otros rincones del mundo giran en torno a un sector del cual casi todos en las sociedades occidentales declaran ser parte.

El tema de las capas medias ha recibido poco interés académico en Chile y Latinoamérica, y hablaré un poco sobre este problema en breves momentos. Está igualmente claro que nuestros estudios y conferencias como esta, colectivamente tienen un papel clave en el desarrollo de un entendimiento más profundo y amplio de un sector social con una influencia inmensa en los sucesos y circunstancias del siglo XX.

En términos generales, además me parece muy claro lo siguiente: el estudio de cualquiera de los diferentes temas sociales, económicos, políticos y culturales en el contexto del último siglo necesariamente constituye, de una manera u otra, el esfuerzo (consciente o inconsciente) de estudiar algún aspecto del ascenso, el desarrollo y las actividades de las capas medias. Por ejemplo, abordar la historia de la educación pública es abordar el rol y el poder cultural de la clase media. El feminismo, la movilización de grupos estudiantiles, los ejércitos, el folklóre, la literatura, el teatro, el populismo de Juan Domingo Perón, Lázaro Cárdenas, Jacobo Arbenz y Getulio Vargas, el nacionalismo y las identidades nacionales, el indigenismo, el desarrollismo, etc., se entienden mejor cuando las categorías analíticas de “clase media” y “mesocracia” se toman en cuenta. Ahora bien, todo esto puede ser el caso, pero para nosotros existen ciertos desafíos: es difícil estudiar una capa social que no se puede definir fácilmente o en absoluto, pero estamos de acuerdo en que el carácter esquivo y elástico de la clase media es exactamente una razón detrás de nuestros intereses de estudiarla. Teóricamente, creo que nos ayudaría abrazar la noción del “tipo ideal” de Max Weber o tomar prestado de Ludwig Wittgenstein su concepto de “aire de familia” cuando pensamos acerca de quiénes constituyen y qué constituye una clase media o una mesocracia. Sabemos que la clase media existe y que es posible identificarla en un contexto (histórico, sociológico, etc.) u otro, pero de un cierto sentido el esfuerzo de estudiar una clase media se asemeja al desafío de estudiar la presencia de un agujero negro en el espacio: a veces sólo podemos medir ese sector social a través de observar los efectos que tiene en el espacio que lo rodea.

Como he sugerido, quisiera centrarme en el concepto de “clase” y también subrayar algunos aspectos metodológicos y analíticos que para mí fueron claves cuando estuve formulando mis investigaciones sobre las clases medias chilenas¹. Por lo tanto, quisiera ofrecer algunos apuntes generales sobre las clases medias y la trayectoria del estudio de los sectores mesocráticos, y además compartir algunas breves reflexiones sobre el concepto de “clase” como un marcador central y vital de las identidades y de los proyectos políticos-culturales.

¹ Véase Barr-Melej, *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001).

He dedicado mi carrera académica a la investigación de la historia social, política y cultural de Chile en el siglo XX, y por lo tanto voy a enfocarme en la historia de este país, pero sin perder una perspectiva más amplia de las capas medias como productos de la modernización occidental.

Cuando escribí mi libro sobre el surgimiento de la mesocracia chilena y sus proyectos reformistas, culturales y nacionalistas durante la primera mitad del siglo XX, pensé mucho sobre el concepto de “clase” y en el desarrollo de las identidades en Chile y Latinoamérica. Antes de hablar brevemente sobre ese proyecto de investigación, quisiera compartir la perspectiva de un historiador sobre la noción de “clase” para ayudar a explicar la forma en que abordé el tema de la clase media (y les tengo que pedir perdón de antemano por ser tan básico.) ¿Qué es “clase”? ¿Qué sentido ha tenido y aún tiene? Es evidente que Marx y la historiografía marxista ortodoxa ofrecen una conceptualización que no deja lugar a dudas: “clase” se basa en la realidad material –y aquí robo la cita de Martin Heidegger– del “ser en el mundo”. Desde la perspectiva marxista ortodoxa, que de alguna manera continúa siendo importante en nuestras conceptualizaciones, “clase” es el resultado directo de la experiencia socioeconómica vivida, enmarcada por modos y medios de producción. Así ha sido la perspectiva de una porción substantiva de la historiografía occidental, y por supuesto la de Chile y de América Latina, entre la Segunda Guerra Mundial y el *dénouement* de la guerra fría. A raíz de mis encuentros con las formulaciones de “clase” propuestos por algunos marxistas heterodoxos, me di cuenta en medio de mis investigaciones sobre la clase media chilena que la cultura y las identidades culturales han sido muy importantes en la creación y en el desarrollo de “clase”; no simplemente son expresiones o proyecciones de fenómenos socioeconómicos o una “base” material. Tal entendimiento obviamente no constituía algo revolucionario en el *milieu* académico occidental, pero comprendí que tal noción no había sido aplicada en una manera significativa en la historiografía chilena (sobre la clase media o en general) y hasta cierto punto tampoco en la historiografía latinoamericana.

En términos historiográficos, durante las décadas de 1980 y 1990 algunos historiadores norteamericanos –tales como Lynn Hunt, Florencia Mallon y otros– influidos por el giro lingüístico y el postestructuralismo (productos de los trabajos de Jacques Derrida, Michel Foucault y otros) empezaron desarrollar la “nueva historia cultural,” y junto con un círculo de intelectuales en la India dedicado al postcolonialismo, establecieron luego el cuadro teó-

rico de los estudios subalternos². Mallon en particular fue clave en la inyección de la *New Cultural History* en la historiografía norteamericana sobre América Latina. Hunt, Mallon y otros colocaron la cultura y conceptos culturales (o sea, el “conocimiento” tal como Foucault lo imaginaba, el discurso, la construcción y la deconstrucción, la “descripción densa” de Clifford Geertz, la hermenéutica, etc.) al centro de análisis, alejando la historiografía de la economía política y de la “historia social” tradicional marxista que habían sido propulsados por académicos latinoamericanistas desde los años 50 y que dominaban a la historiografía antes de la aparición de esta nueva historia cultural. Debido a su impulso postcolonial y subalterno, la nueva historia cultural se enfocaba en la agencia y los papeles políticos de los grupos subalternos en la política y en la construcción (y reconstrucción) de la nación, y por lo tanto las clases medias quedaban fuera de la línea de visión historiográfica.

Edward P. Thompson y Antonio Gramsci fueron de los primeros intelectuales marxistas que abordaban el tema de la cultura en la formación de las clases y figuran en el panteón de intelectuales que tuvieron gran influencia sobre los proveedores de la nueva historia cultural. He encontrado mucho valor en las obras de Thompson, el historiador de la clase trabajadora inglesa, y las de Gramsci, quien como bien sabemos fue el intelectual marxista italiano que en la cárcel escribió sobre cultura, política y poder. Los trabajos de ambos intelectuales aparecieron cada vez más en las anotaciones y las bibliografías de los historiadores, críticos literarios y otros a fines de los años 80. Casi cuatro décadas después de la publicación de su *The Making of the English Working Class* (1963), muchos entre nosotros hemos encontrado valor en la definición de clase articulada por Thompson. En varios sentidos, el libro de Thompson fue un adelantado para su época. Thompson nos pide pensar en la clase no como una “cosa” –o sea, como un producto de un tipo de proceso u otro– sino como el despliegue de un drama intenso y contingente de consciencia y cultura, señalando que “estoy convencido que no podemos entender la clase sin verla como una formación social y cultural...”³. Yo quisiera agregar que sigo convencido, a su vez, que no podemos entender las formaciones sociales y culturales sin abordar el tema de “clase.” Thompson se interesaba en la historia del

² Consúltense, Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution* (Berkeley: University of California Press, 1984); Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley: University of California Press, 1995); Ranajit Guha, *A Subaltern Studies Reader, 1986-1995* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997); Ileana Rodríguez y María Milagros López (eds.), *The Latin American Subaltern Studies Reader* (Durham: Duke University Press, 2001).

³ Thompson, *The Making of the English Working Class* (New York: Vintage Press, 1966 [2.ª edición]), 11.

bajo pueblo –de los trabajadores de Inglaterra industrial– pero su definición de “clase” nos ayuda a conceptualizar las ideas, las prácticas y los proyectos culturales de las clases medias.

Thompson, un historiador marxista heterodoxo en su época, fue una fuerza central en el rescate de la cultura de su posición historiográfica previa en las aldeas de lo epifenomenal y de la superestructura. Lo que hizo Thompson no fue debilitar el concepto marxista de clase, sino otorgarle más profundidad y darle mayores matices. Entendía Thompson que la “clase” también es una creación cultural –un proceso de conciencia, de experiencias y de conexiones culturales– además de ser la creación de la realidad material de la vida. Mientras tanto, la resucitación de los trabajos de Gramsci sobre la hegemonía y la cultura también ha sido seminal en la formación de la nueva historia cultural tal como los estudios subalternos⁴.

La reintroducción y vigorosa defensa que Erich Fromm hizo del joven Marx marcó un punto de quiebre en la historia del marxismo occidental, y junto con Thompson y otros marxistas occidentales impulsó el entendimiento que la cultura y las formaciones culturales tienen mucho que ver con la conciencia y con la “clase” –y no me refero solamente a los aspectos culturales y de la conciencia de la clase obrera–. Muchos intelectuales horrorizados por el estalinismo y por el totalitarismo de la Unión Soviética buscaron nuevas propuestas durante los años cincuenta y sesenta, y muchos de ellos abrazaron el “humanismo socialista” del joven Marx. Fromm señala que el marxismo es humanismo y que el humanismo socialista debe ser la base de normas éticas y del desarrollo espiritual más allá de un discurso dogmático que plantea que “lo bueno es lo que sirve a la revolución.” Así, Fromm subraya una dimensión moral y ética (o sea, *cultural*) del marxismo al reinsertar al joven Marx en la ecuación, tal como Thompson insertó la cultura en la formación y las expresiones de las clases. Fromm, quien rescató al Joven Marx a través de su traducción y comentarios sobre los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, también influyó al marxismo de Herbert Marcuse, cuya lectura del joven Marx le llevó a un camino que incluía una defensa humanista-socialista de la liberación, por ejemplo, la liberación sexual⁵. Es decir, Marcuse subrayaba la acción cultural (en otras palabras, el “ser cultural en el mundo”) continuando el énfasis en la cultura, las costumbres, y en la vida vivida que es evidente en los trabajos de Thompson y de Gramsci.

⁴ Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* (México: Ediciones Era, 1981).

⁵ Véase Fromm, *Marx's Concept of Man* (New York: Ungar, 1961) y Marcuse, *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society* (Boston: Beacon Press, 1964).

Influidos por Fromm, los marxistas ingleses de los años cincuenta formaron ‘la nueva izquierda’ y adoptaron el humanismo socialista para explorar las dimensiones éticas de Marx, como la moralidad y las formaciones culturales y psicológicas⁶. No es una gran sorpresa que Thompson fuera un importante líder en este movimiento, y que fuera criticado por otros marxistas por su aparente idealismo. Thompson, un marxista que detestaba a Stalin y la invasión de Hungría, creía que la moral y los valores (la cultura) eran centrales en el desarrollo de “clase” y, en general, en los argumentos socialistas, y que la moral y los valores no eran simplemente ficciones burguesas diseñadas para fortalecer la dominación de clase, como he señalado. Otros marxistas, especialmente Louis Althusser y los althusserianos, más influidos por el Marx “viejo”, criticaron duramente la propuestas culturales y el humanismo socialista de Thompson y de la ‘nueva izquierda’ inglesa. El compromiso althusseriano con el estructuralismo y el análisis estructural ponía los sistemas al centro del análisis marxista, negando así la subjetividad individual (y la cultura) en la forma como lo concebían los humanistas socialistas. Baste decir que Althusser fue profundamente antihumanista y atacó al humanismo socialista por ser una colección de charlatanerías filosóficas⁷.

En Chile durante las décadas de 1950 y 1960 (y también al comienzo de los años setenta) la historiografía marxista era fundamentalmente ortodoxa en su manera de conceptualizar “clase” y de entender la cultura en términos clasistas, y además no mostraba ni un atisbo de interés en la pequeña burguesía como un tema pertinente en (y de) la historia. Jorge Barría Serón, Julio César Jobet y Hernán Ramírez Necochea, tres de los historiadores más destacados de la época, fueron líderes en el desarrollo de la historiografía sobre la clase obrera y lograron transformar a la historiografía chilena después de más de un siglo de una historiografía romántica producida por y sobre la vieja elite (Diego Barros Arana, Francisco Encina, etc.)⁸. Los trabajos de Barría, Jobet y Ramírez se centraban en la lucha heroica de la clase obrera y en las organizaciones revolucionarias (partidos, sindicatos, etc.), y los tres tenían profundas sospechas acerca de la democracia burguesa, es decir, la expresión política del capitalismo. Esas sospechas tenían mucho que ver con sus opiniones negativas acerca

⁶ Véase Michael Kenny, *The First New Left: British Intellectuals After Stalin* (London: Lawrence & Wishart, 1995).

⁷ Véase Gregory Elliot, *Althusser: A Critical Reader* (Oxford: Blackwell, 1994).

⁸ Consúltense, por ejemplo, Barría Serón, *Los movimientos sociales de Chile desde 1910 hasta 1926* (Santiago: Editorial Universitaria, 1960) y *Breve historia del sindicalismo chileno* (Santiago: INSORA, 1967); Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1955); y Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile* (Santiago: Austral, 1965) e *Historia del imperialismo en Chile* (Santiago: Austral, 1960).

de una clase media (es decir, una clase basada en la pequeña burguesía y netamente liberal) aunque varios académicos marxistas (con vínculos con la Unidad Popular) tenían opiniones más favorables o tolerantes sobre el liberalismo de la clase media. Después del golpe militar, un influyente grupo de historiadores de izquierda encontró poca utilidad en continuar la producción de una historia política de grupos y proyectos derrotados. En los años 80 y 90, la historiografía chilena sobre el tema de clases tuvo una transición hacia la historia social de los sectores populares, pero tal como los historiadores marxistas de los años 50 y 60, historiadores, en términos generales, siguieron la tarea de escribir sobre el bajo pueblo⁹. La clase media aún permanecía fuera de la vista en términos historiográficos. Mientras tanto, el paradigma dependentista en América Latina también propuso dudas profundas acerca del liberalismo y la mesocracia en el desarrollo y el cambio social.

En la historiografía norteamericana sobre América Latina, las clases medias recibieron algún interés durante los años 50 y 60. El historiador Frederick Pike, por ejemplo, publicó un artículo en 1963 sobre las relaciones entre las clases en Chile entre 1850 y 1960 que menciona las actitudes y proclividades políticas de la clase media¹⁰. Sin embargo, la clase media aparece como una capa social sin sus propias formas y expresiones culturales, y además comparte con la elite una vista negativa hacia el bajo pueblo. Aparentemente, la clase media del siglo XIX y la clase media a principios del siglo XX son indistinguibles.

No estoy de acuerdo con lo anterior. Como indiqué, cuando abordé el tema de la clase media chilena me di cuenta que no era posible definir a la mesocracia sin manejar un concepto de clase basada en las ideas, las prácticas y las construcciones culturales tal como en las experiencias materiales de la vida. De hecho, Angel Rama nos dijo que clases con “maneras culturales” distintas luchan en el tablero de ajedrez de la historia¹¹. Mi libro, *Reforming Chile* (2001), aborda las interconexiones entre “clase,” la cultura la identidad a través de dos avenidas: 1) las construcción urbana y mesocrática de “lo rural”, y 2) el desarrollo del “estado docente” y de la instrucción pública. Ambos fueron vehículos de la política, el proyecto

⁹ Véanse Salazar, *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del Siglo XX* (Santiago: Ediciones Sur, 1985); Julio Pinto Vallejos, *Episodios de historia minera: estudios de historia social y económica de la minería chilena, siglos XVIII-XIX* (Santiago, Editorial Universitaria, 1997) y José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche* (Santiago: Ediciones Sur, 1985).

¹⁰ Frederick Pike, “Aspects of Class Relations in Chile, 1850-1960,” *Hispanic American Historical Review* 43:1 (1963), 14-33.

¹¹ Rama, *Literatura y clase social* (México, Folios Ediciones, 1983), 10.

cultural, y la imaginación nacional y nacionalista que fueron propulsados por políticos, profesionales e intelectuales de la clase media. Quisiera detenerme y reflexionar brevemente sobre un aspecto del libro.

A medida que la urbanización, la industrialización y la economía de exportación alteraban la vida y ritmos de la sociedad durante la República Parlamentaria controlada por la oligarquía (entre 1891 y 1925), muchos chilenos de las ciudades comenzaron a aferrarse a imágenes del campo y de los campesinos en su búsqueda de rasgos de la singularidad nacional y cultural. En particular, lo que podría llamarse el huaso típico se convirtió en un icono cultural y en un arquetipo de chilenidad a fines de la República Parlamentaria y hoy está entre las principales figuras y símbolos centrales de la identidad nacional de Chile. Es un héroe imaginado; la leyenda de un *cowboy* latinoamericano que fue conformando un todo en las páginas de la cultura impresa y en la cultura popular entre fines del siglo XIX y los años 40. Las representaciones nacionalistas de lo rural, incluyendo al huaso, surgieron más prominentemente en el género de ficción conocido como “criollismo” como un gesto discursivo y político-cultural para delinear y valorar lo chileno o lo criollo. Aunque se podría inicialmente suponer que tales representaciones de lo rural habrían surgido de la elite terrateniente, el criollismo fue un género impulsado principalmente por la clase media urbana que estaba dándose cuenta de su poder político y cultural durante las primeras décadas del siglo pasado. Atraídos por el idealismo e inspirados por autores naturalistas europeos como Zola, Maupassant, Daudet y Flaubert, los criollistas buscaban retratar la existencia cotidiana de sus compatriotas subalternos –su entorno, sus costumbres, forma de expresarse, trabajos, relaciones, tragedias y éxitos– para cambiar el rumbo de la cultura literaria chilena y alejarla del elemento aristocrático tan común en la ficción del siglo XIX y en la identidad nacional. Se volcaron hacia el campo y los campesinos que en los círculos urbanos de fines de siglo habían sido considerados esencialmente como gente de campo ordinaria e ignorante, y los transformaron en símbolos populares nacionales y nacionalistas como parte de un proyecto político-cultural fuertemente ligado al reformismo de clase media y al Partido Radical, en particular.

Los arquitectos del criollismo fueron un notable grupo de maestros, periodistas, burocratas y otros profesionales urbanos, que en su mayoría trabajaban en Santiago. En su calidad de escritores se convirtieron en los protagonistas de una ola posterior a 1900 de introspección nacional (parte de la cual tuvo que ver con el centenario de la independencia), lo que llevó a muchos a repensar la nación y a buscar los identificadores definitorios y cultu-

rales de la chilenidad. Tales introspecciones estaban cargadas con intenciones e implicancias políticas. En su mayoría comprometidos con el reformista Partido Radical o asociados con otros grupos políticos moderados, los criollistas buscaban democratizar los conceptos de “nación” y “cultura”, demostrando el valor de las tradiciones y estilo de vida de la clase baja, incorporando al “otro” campesino, incluyendo al huaso, en una visión más amplia e integradora de la patria que reflejara mucho de lo que el reformismo de clase media proponía y perseguía. Durante la República Portaliana (1833-1891) –una era de estabilidad constitucional y gobierno de la elite, instaurada por el hombre de negocios Diego Portales– y en los primeros años de la República Parlamentaria, un enfoque centrado principalmente en la clase alta y el patrón, sobre qué y quiénes constituían la nación orientó tanto la expresión artística como para la política. A su vez, los criollistas y sus aliados políticos trabajaban para quitar protagonismo a la figura del terrateniente y de la clase alta urbana tanto en la cultura literaria y en el ámbito político. Los cuentos y novelas del criollismo también establecieron un código de conducta claramente definido para terratenientes, trabajadores rurales y trabajadores urbanos al agudizarse la “cuestión social” durante la República Parlamentaria. Más concretamente, los campesinos trabajadores y tradicionalistas del criollismo representaban a los trabajadores ideales, los verdaderamente chilenos: sanos de cuerpo y mente, no infectados por impulsos revolucionarios extranjeros que amenazan a la cultura y a la nación. Esta imagen del huaso, por ejemplo, resultó atractiva y poderosa, tanto es así que, aunque el criollismo efectivamente sacó a la elite terrateniente del centro en la nueva narrativa de (y para) la nación y cultura chilena, durante la década de 1930, la misma elite también hizo suyas la imagería huasa, argumentando que el peón simbolizaba la benevolencia del patrón y las virtudes de las relaciones sociales tradicionales en el Chile “auténtico”: el campo.

Durante mis investigaciones encontré que algunas figuras importantes del criollismo y del Partido Radical, tal como el destacado autor y periodista Joaquín Edwards Bello, eran de familias aristocráticas y *adoptaban* una identidad y la política cultural de la mesocracia –o sea, signos entendidos y dominantes de la clase media urbana– durante las primeras décadas del siglo XX, cuando la clase media y su partido político principal formaron y lanzaron un proyecto nacional con una sensibilidad y un nacionalismo anti-elite, anti-revolucionario y netamente reformista. Es decir, los diversos participantes en el movimiento reformista-nacionalista compartieron una cosmología netamente mesocrática sin tener las mismas raíces socioeconómicas. Y los reformistas de la clase media pensaban sin duda que su visión cultu-

ral debería ser la visión cultural de la nación, de todos los chilenos, y usaron la formación de un “estado docente” para realizar esa visión.

Para concluir, quisiera compartir con ustedes unas memorias mías de cuando empezaba a estudiar el tema de la clase media chilena. En medio de la inmensa popularidad de la “nueva historia cultural” y de los estudios subalternos en los Estados Unidos durante los años 90, fue difícil (es decir, casi imposible) convencer a varios académicos dedicados al estudio del “otro subalterno” que la clase media (con una cierta cantidad de poder, no indígena y carente de “subalternidad”) poseía un significado histórico y constituía un campo historiográfico fértil. En Chile, las reacciones de varios académicos fueron parecidas, pero por diferentes razones. La nueva historia cultural aún no había llegado a Chile en 1995 y 1996, y la historia social (del bajo pueblo) seguía siendo el marco fundamental de la historiografía nacional. Por lo tanto, hablar de “construcciones” en Chile durante los años 90 fue algo más o menos raro, e incluso más raro fue imaginar que la clase media urbana manejaba un rol central en la democratización cultural-social del país, en el descenso de la oligarquía, en la creación de un espacio político para el surgimiento de la izquierda y en la construcción de la chilenidad durante la primera mitad del siglo XX. Pero como hemos visto a través de los trabajos de investigación presentados durante esta conferencia, el estudio de la clase media desde distintos ángulos disciplinarios, analíticos, metodológicos y teóricos constituye un campo intelectual fértil y fuerte en Chile.

I. Educación y clases medias

Estrategias educativas de las clases medias: opciones y dilemas¹

María Teresa Rojas Fabris y Alejandra Falabella Ambrosio
Universidad Alberto Hurtado–CEPPE

Las nuevas clases medias chilenas

Los estudios sobre la configuración actual de las clases medias en Chile reconocen que estas representan un grupo emergente, muy heterogéneo y con una tendencia a la vulnerabilidad económica y social producto de sus bajos ingresos (Torche, 2004; Barozet, 2008, 2011). Desde mediados de los años 80 la composición de las clases medias cambió drásticamente. Mientras que la figura del funcionario público laico y simpatizante de los partidos de centro izquierda fue la imagen estereotipada de la clase media de la segunda mitad del siglo XX, el siglo XXI ha construido un imaginario muy diferente. La clase media actual no es hija necesariamente de la educación pública; trabaja en el sector privado, no tiene tendencias políticas definidas en tanto clase y, a diferencia de la antigua clase media chilena, su composición es heterogénea y móvil. Las clases medias actuales son hijas de las familias pobres que, producto de la expansión económica de los últimos treinta años, han mejorado considerablemente sus condiciones culturales y materiales de vida. Sin embargo, sus ingresos distan considerablemente de las clases medias de los países desarrollados. Dado la profunda desigualdad de la sociedad chilena, la mediana del ingreso en Chile es muy baja, lo que deja a estos “grupos que están al medio” con una situación económica precaria que, frente a cualquier crisis, corren el riesgo de caer nuevamente en el círculo de la pobreza (Barozet, 2011). A ello se suma su invisibilidad para las políticas sociales, pues suelen quedar al margen de los subsidios, bonos o apoyos especiales de los programas estatales. Esto es especialmente evidente en el caso de la salud, la vivienda y la educación.

¹ Esta ponencia se inscribe en el proyecto de investigación que actualmente realizan las autoras: “Decisiones escolares de las clases medias en Chile”. El proyecto se inserta en la línea de Políticas educativas del CEPPE, Centro de Estudio de Políticas y Prácticas en Educación, 2012-2014.

Otra constatación de la literatura es que las nuevas clases medias son más educadas que sus padres. Han aumentado sus niveles de escolaridad e ingresan al mundo del trabajo con certificaciones laborales más avanzadas. Son, por lo mismo, un grupo que valora fuertemente la educación, pues ve en esta la estrategia clave de superación de la pobreza. Su fragilidad económica se compensa simbólicamente con su nivel de escolaridad. Sin embargo, a diferencia de las clases medias de antaño, no asisten a la escuela pública, salvo excepciones, y son más bien el público objetivo del sistema escolar particular subvencionado. Creen profundamente en la meritocracia (Torche, 2004) como un mecanismo de distinción individual cuyo soporte es solamente el esfuerzo personal. Son clases que perciben la desprotección del Estado y es justamente este aislamiento lo que las empodera como un grupo individualista, centrado en sus propios logros. Para la clase media chilena la educación sigue siendo el vehículo principal para potenciar los talentos individuales y lograr mejores condiciones de vida. Ello la lleva a gastar parte importante de sus ingresos en educación (Stillerman, 2010).

El fenómeno de las “nuevas clases medias” trasciende el caso chileno. Los casos de China y la India son emblemáticos al respecto (Wheary, 2010). En las últimas décadas segmentos importantes de la población mundial han logrado superar la línea de la pobreza y acceder a bienes y servicios que van más allá de la sobrevivencia. En América Latina, por ejemplo, las clases medias han aumentado su presencia a nivel social. Un estudio de la CEPAL se detiene en 10 países de la región y logra identificar, a partir de variables objetivas (ingreso, nivel de escolaridad, gasto), tres tipos de clases medias que coexisten en la actualidad: (1) *consistentes*, aquellos grupos conformados por familias donde la ocupación del proveedor es no manual y su ingreso es de 4 veces la línea de pobreza y el valor del percentil 95 como valor superior; (2) *inconsistente*, expresado en los grupos donde el trabajo del proveedor es manual pero el ingreso familiar sigue estando en el medio del ingreso nacional; (3) *precarias*, son los grupos de asalariados no manuales, pero con trabajo inestable, sin contrato ni seguridad previsional, en el límite con los hogares pobres (Franco, Hopenhayn y León, 2011).

Lo anterior expresa también la tensión identitaria de las nuevas clases medias. Según el citado estudio de la CEPAL, la fuente de identidad de estos nuevos grupos está en el acceso al consumo. El consumo es el vehículo para construir una imagen de lo que no quieren parecer, del “no pobre”, y participar de la vida social con una identidad diferente a las de las familias de origen. El problema central radica en que la capacidad de consumo de las clases medias no es equivalente a sus condiciones objetivas de vida. Están marcadas por la vulnerabilidad, pero al mismo tiempo tienen patrones de consumo que exceden sus ingresos

reales. Aquí sí se puede establecer una diferencia entre las clases medias tradicionales, ligadas a las familias de profesionales, herederas de las antiguas clases medias, respecto a las nuevas clases medias.

Las clases medias tradicionales valoran el acceso a la cultura y lo erigen como un rasgo diferenciador de los grupos medios emergentes que recién vienen saliendo de la pobreza (Barozet, 2011), mientras que las nuevas clases medias conviven con un sentimiento de “angustia”, pues sus ingresos son inseguros, pasan poco tiempo con sus hijos y tienen conciencia de que no pueden acceder a una educación de calidad (Tironi, 2010). Estas últimas no poseen una valoración de lo “público” como un bien que puedan definir con claridad. Por el contrario, las clases medias tradicionales valoran lo público como un bien deseable para el desarrollo ciudadano y democrático. Hay grupos que se declaran contra el consumo y critican el “sistema”. Es lo que algunos llaman la “clase media alta” (Barozet, 2011). Las clases emergentes no han construido un discurso político en torno al sistema o al Estado y suelen tomar distancia de cualquier reflexión que suponga salirse de su trayectoria individual y del valor del esfuerzo personal².

En síntesis, las nuevas clases medias son heterogéneas, frágiles y móviles. Conviven con el fantasma de caer en la pobreza, se sienten desprotegidas por el Estado y crean narrativas centradas en el valor del esfuerzo personal como explicación central de sus mejores condiciones de vida. En este escenario de riesgo, la educación es el vehículo privilegiado para construir un estatus más sólido y perdurable en el tiempo. De aquí lo relevante que resulta detenerse en el tipo de relación que establecen estos actores sociales con el sistema escolar. Esta relación es indicativa de la identidad de clase que han ido configurando y, al mismo tiempo, de los dilemas éticos y morales que deben enfrentar a diario para asegurar la movilidad social de sus propios hijos.

Las clases medias y su relación con la escuela

Algunas investigaciones internacionales, especialmente del ámbito inglés y francés, se han detenido en el análisis de las clases medias y su relación con la escuela como expresión de

² El estudio de Barozet (2011) se basó en encuestas y entrevistas grupales realizadas antes del año 2011. Es probable que las manifestaciones estudiantiles protagonizadas ese año hayan generado un impacto importante en las representaciones sobre lo “público” de todas las familias chilenas. En el marco de esta ponencia, lo planteamos sólo como una conjetura, y nos parece esperable que la demanda por una educación pública de calidad exprese que la valoración de lo “público” se ha resignificado al interior de la clase media actual.

la mercantilización de las relaciones sociales. Las clases medias, en la medida que son grupos sin patrimonio material heredado, depositan en la educación la responsabilidad de formarse y de construir un estatus y prestigio social que les permita acceder a mejores condiciones de vida. Elegir una escuela es, por tanto, una decisión estratégica, que requiere planificación y racionalidad. En Inglaterra y, en menor medida, en Francia, la elección del colegio (*school choice*) es un tema fundamental en las decisiones de las familias de clases medias. Elegir un colegio hoy es un trabajo arduo, que compromete recursos materiales, simbólicos y emocionales. Los estudios indican que la escuela del hijo es un tema que se conversa tempranamente; a veces, durante el embarazo (Bennet, 2012). Pero no sólo la elección es importante, sino además las estrategias de distinción que llevan a cabo los sujetos durante su estadía en los establecimientos. Las familias de clases medias de estos contextos no confían toda la educación de sus hijos a las escuelas. Por el contrario, saben que deben planificar y estructurar una serie de decisiones que refuercen la formación de sus hijos, asegurándoles así un estatus profesional y social satisfactorio. En este proceso las familias ponen en juego distintos imaginarios, como por ejemplo, el tipo de ciudadanía que cultivan y esperan traspasar a sus hijos; su noción de sujeto educado y, al mismo tiempo, exitoso social y económicamente; también construyen su identidad parental optando por estrategias de crianza que creen correctas para asegurar la movilidad social o éxito académico de sus hijos. Pero al mismo tiempo, sus decisiones expresan sus renunciaciones, pues la literatura muestra que muchos padres y madres saben que participan de un sistema escolar competitivo, que fomenta el individualismo y que no genera lazos sociales solidarios, pero consideran que no poseen alternativas (Van Zanten, 2003). La relación de las familias de clases medias con la escuela expresa, entre otras cosas, cuánto de continuidad o ruptura hay con sus propias historias educacionales.

Algunos sistemas escolares que fomentan la descentralización administrativa y curricular de las escuelas favorecen al mismo tiempo las dinámicas de elección parental o *school choice*. Incluso en sistemas fuertemente centralizados como el francés, que organiza el acceso a la educación en relación al barrio de las familias, se han estudiado las estrategias que utilizan las familias de clases medias para elegir escuelas más prestigiosas social y académicamente de aquellas que podrían encontrar en sus propios barrios. En este último caso, Van Zanten aprecia que coexisten dos tipos de argumentos muy extremos el uno del otro. Por una parte, las familias buscan escuelas que aseguren la distinción social respecto a otros de igual condición social o más pobres. Los sujetos movilizan redes, recursos y mucho esfuerzo para que sus hijos alcancen un determinado estatus a partir de su trayectoria escolar, cuyo fin radica en la mo-

vilidad social ascendente. En el otro extremo, Van Zanten sitúa a aquellas familias de clases medias, profesionales, progresistas y con más experiencia política que optan por la escuela pública de su barrio, pero a sabiendas que esa opción tiene costos académicos importantes. Eligen la escuela pública porque consideran que es un espacio de formación ciudadana que otorga experiencias inclusivas a sus hijos. Valoran la mixtura social de la escuela pública del barrio, pero adoptan una actitud vigilante dado que entienden que deben compensar de alguna manera las debilidades académicas de estas escuelas, expresadas fundamentalmente en la construcción de redes sociales de estatus y proyección profesional. Esta vigilancia termina segmentando a las clases sociales que se encuentran en el espacio escolar a través de estrategias extraescolares (Van Zanten, 2003).

En el contexto de países desarrollados, algunas investigaciones muestran que las familias de clases medias invierten tiempo y recursos en formar a sus hijos complementariamente a la escuela (Chin, 2004). Entre otras cosas, las prácticas de crianza de las clases medias son altamente estructuradas. Los padres ofrecen a sus hijos talleres o actividades que favorezcan su formación integral en términos intelectuales, artísticos y recreativos. Intencionan, además, sus redes sociales y estimulan la amistad con aquellos niños que les resultan “beneficiosos” para la formación social de los suyos. También intervienen en las actividades culturales de los hijos, incluso las de la escuela, incitándolos a elegir aquellas actividades que les parecen más adecuadas para la formación del “sujeto integral”. En este proceso las madres poseen un rol central, dado que construyen agendas de actividades de sus hijos destinadas a otorgarles oportunidades de aprendizaje diverso que traspasen la frontera cultural de la escuela (Reay, 1998). Una de las diferencias de las prácticas de crianza de las madres de clases medias respecto a las madres de clases trabajadoras de los contextos citados es justamente el nivel de estructuración de las actividades de los hijos. Ambas poseen altas expectativas en sus hijos, pero las primeras despliegan redes, recursos y mucha energía en ofrecer actividades que refuercen un imaginario de formación integral que está a la base del sujeto exitoso en materia social, académica y laboral (Roksa, 2011). Se trata, por lo mismo, de transferir ventajas sociales y culturales a sus hijos que les permitan tener trayectorias exitosas profesionalmente (Bennet, 2012).

Otros estudios afirman que las familias de las nuevas clases medias valoran con fuerza que el espacio escolar sea de contención y distinción identitaria. En la actualidad, a las clases medias les importa menos que la escuela sea normativa y jerárquica y mucho más que sea un espacio diferenciador. Los que tienen dinero, eligen escuelas privadas liberales; ello les

permite optar por formas más personalizadas de escolarización sin poner en riesgo el éxito académico. Los que tienen menos dinero, optan por escuelas que tengan ciertos niveles de integración social, valoran la “mezcla” social como un rasgo distintivo de la formación de la “persona”. Además, los hijos tienen un rol más protagónico: opinan y toman decisiones. Sin embargo, este tipo de padres vigila que las opciones de los hijos sean las “seguras” (Power, Whitty, 2002).

En este breve resumen de la investigación sobre el tema hay que subrayar que las clases medias europeas son distintas a las latinoamericanas y a la chilena en particular. Las europeas son profesionales, con elevados niveles de escolaridad y con ocupaciones variadas que van desde la producción de bienes y servicios hasta el trabajo asalariado no manual. Son la mayoría de la población y poseen una larga tradición de derechos civiles y sociales que les permite consolidar ciertos niveles de seguridad y confianza en su bienestar (es probable que la actual crisis europea ponga estos principios en cuestión). No son ricos y no son clase trabajadora y, en general, son blancos (al menos en los estudios analizados). Lo interesante para pensar el caso chileno es que se trata de actores sociales que reaccionan estratégicamente frente a las posibilidades que les otorga el sistema escolar. En la medida que creen que la educación es el bien que consolida su posición social, planifican y estructuran las trayectorias educativas de sus hijos para insertarlos en redes sociales de prestigio. Se juegan en ello su propio rol de padres, pues a mayor dedicación e inversión de recursos y tiempo en la educación de sus hijos, mejor evaluada es su calidad parental. Aquí una paradoja: aquellas familias que optan por escuelas públicas del barrio, anteponen a los intereses individuales de sus hijos una finalidad ciudadana que pugna por una sociedad más inclusiva, pero con el costo de poner en riesgo la inserción de los jóvenes a redes de prestigio social. Por el contrario, los que optan por escuelas selectivas social y étnicamente, renuncian a pensar en una sociedad más inclusiva, pero aseguran a sus hijos trayectorias académicas más prestigiosas. Por esta razón algunos extreman la paradoja y afirman que el dilema de las clases medias europeas actuales frente al sistema escolar está en optar por ser buenos ciudadanos o buenos padres (James, 2010).

En el contexto latinoamericano, Cecilia Veleda ha llevado a cabo estudios cualitativos con familias de clases medias en la provincia de Buenos Aires. Veleda identifica que el criterio fundamental que usan las clases medias para elegir escuelas es la búsqueda de seguridad social y “moral” para sus hijos (Veleda, 2003). Las clases medias altas, como las denomina la autora, son las únicas que demandan una escuela pública, inclusiva y mixta socialmente,

a pesar de que optan mayoritariamente por escuelas privadas. Se trata de un segmento minoritario de profesionales que posee un discurso políticamente elaborado sobre el valor del espacio público en la construcción de la integración social. Sin embargo, no están dispuestas, salvo algunas excepciones, a pagar el costo de enviar a sus hijos a escuelas públicas que ponen en riesgo el éxito económico y social de estos. Las coincidencias con el caso europeo están a la vista. Por otra parte, las clases medias “medias” y “bajas” generan, según Veleda, “circuitos de evitación”, lo que se expresa en el anhelo de que la escuela escogida sea segura y no exponga a sus hijos a situaciones de violencia. Para ello, un criterio de elección es que en la escuela no asistan niños de sectores marginales y/o de familias cuyas costumbres sociales sean “impropias”. Aquí un claro ejemplo de una identidad social que se construye desde la negación de la pobreza y desde la profunda necesidad de distinguirse socialmente de un imaginario moralmente decadente.

Los estudios que existen en Chile al respecto, si bien no se han centrado específicamente a las familias de clases medias, plantean que los mecanismos de elección de escuela están mediados por el capital cultural de las familias. A mayor capital cultural, las familias ponen en juego factores académicos, de estatus y tradición. A menor capital cultural, emerge el tema de la seguridad del establecimiento, la confianza y la certeza de que los hijos estarán en un ambiente social y moralmente protegido (Elacqua, 2006; Córdova, 2006; Hernández y Raczynski, 2010). No encontramos en la literatura nacional estudios sobre elección escolar y decisiones o prácticas de crianza específicas de las nuevas clases medias.

Algunas hipótesis para pensar la relación de las clases medias con la escuela en Chile

Los ejemplos internacionales junto a los estudios sobre clases medias en Chile nos permiten levantar algunas hipótesis para profundizar un campo de estudio en gestación. Esperamos que la investigación que estamos llevando a cabo otorgue más luces al respecto.

En primer lugar, las investigaciones realizadas en Chile afirman que las clases medias son heterogéneas y móviles. Dependiendo la variable con la que son analizadas (objetivas o subjetivas) cambian su composición. Proponemos que esta heterogeneidad de las clases medias también se expresa en la relación con la escuela. Es probable que un segmento importante busque abiertamente distinguirse socialmente y que, por lo mismo, genere “circuitos de evitación” respecto a los “otros más pobres”. Otros, quizás, favorecen la integración social,

pero con vigilancia y optan por escuelas que tengan ciertos niveles de mixtura social. Otros, por resultados académicos exitosos que garanticen acceso a la educación superior y becas. Lo relevante en términos de investigación es que en todos los casos se expresan formas más o menos diversas de construcción de la ciudadanía y de la relación del sujeto con lo social. Esta relación manifiesta la subjetividad de las clases sociales. Más allá de las variables objetivas que las delimitan, en la escuela las familias construyen un estatus y aseguran un itinerario que les parece conveniente. Cuánto de ciudadanía existe en sus decisiones y cuánto de interés individual, es algo que se expresa muy claramente en las formas que eligen las escuelas y especialmente en las decisiones que toman una vez que acceden a ellas.

En segundo lugar, un estudio que aborde la relación de las familias de clases medias con la escuela debe considerar que lo que esperan las familias del sistema escolar está mediado por variables socioeconómicas y culturales. Las familias toman decisiones a partir de sus propias biografías educacionales. En virtud de estas pueden pretender reproducir sus historias o bien cambiarlas abruptamente. De igual manera, el capital cultural que han heredado y construido condiciona las expectativas que depositan en las escuelas y, muy especialmente, las estrategias de crianza que movilizan para ofrecer mayores oportunidades educacionales y culturales a sus hijos. Aquí se incluyen sus ideologías, su visión de sociedad, su valoración de lo público y/o del esfuerzo individual, entre otras. Sin lugar a dudas el capital económico incide en su visión sobre la educación y las escuelas, pues, en el caso chileno, determina el segmento social que acoge la escuela. Sin embargo, hay que recordar que las clases medias invierten recursos importantes en la escolaridad de los hijos, lo que puede no coincidir con sus ingresos reales. Finalmente, la variable género también aparece como relevante en esta relación, pues la literatura indica que el rol estratégico de las madres hace distinciones importantes entre las clases medias y las clases trabajadoras.

En el marco de estos condicionamientos, las familias “calculan” y planifican su relación con la escuela. Lo que está en juego es su ‘proyecto de hijo’, de ‘padres’ y su proyecto de ciudadanía y sociedad. Están solas en ese proceso. En el caso chileno, no tienen una oferta pública donde educar a sus hijos.

En tercer lugar, y vinculado con el punto anterior, la relación con la escuela expresa los dilemas e incertidumbres de un grupo social que está en proceso de construcción identitaria. Las clases medias chilenas son frágiles y vulnerables. Habitan una existencia de riesgo e incertidumbre. Por tanto, la relación con la escuela también ilustra a un grupo social,

heterogéneo, por cierto, que proyecta sus certezas y temores en sus decisiones escolares. La profunda confianza en la meritocracia y el esfuerzo personal, se entremezcla con el anhelo de insertar a sus hijos en redes sociales de mayor prestigio y distinción social. Por lo mismo, la relación con la escuela se construye activamente, no es estática, pues las familias ponen en juego permanentemente si es el espacio indicado para sus hijos y se convierten en actores demandantes de lo que aprecian como buena educación.

Por estas tres razones, insistimos, se trata de una relación clave para comprender la construcción social de las clases medias en Chile.

Bibliografía

- Barozet, Emmanuelle; Espinoza, Vicente** (2008), *¿De qué hablamos cuando decimos “clase media”?* *Perspectivas sobre el caso chileno*, Serie En Foco, n° 142, Expansiva, UDP: Santiago.
- Barozet, Emmanuelle; Espinoza, Vicente** (2008), *¿Quiénes pertenecen a la clase media en Chile?* *Una aproximación metodológica*. Revista Ecuador Debate N° 74, Quito (pp. 103-12).
- Barozet, Emmanuelle; Fierro, Jaime** (2011), *Clase media en Chile, 1990-2011: algunas implicancias sociales y políticas*. Serie de Estudios Konrad Adenauer, N° 4, Chile 2011.
- Bennett, P.; Lutz, A.; Jayaram, L.** (Febrero, 2012) *Beyond the Schoolyard: The Role of Parenting Logics, Financial Resources, and Social Institutions in the Social Class Gap in Structured Activity Participation* Vol. 85, N°2 (pp. 131–157).
- Chin, T. Phillips, M.** (2004) *Social Reproduction and Child-Rearing Practices: Social Class, Children’s Agency, and the Summer Activity Gap*. *Sociology of Education*, Vol. 77, No. 3 (pp. 185-210).
- Córdova, Claudia** (2006) *Elección de escuela en sectores pobres de Chile*. Simposio: Políticas educacionales y gestión de sistemas escolares – PENS/EDU – 1
- Elacqua, Gregory; Schneider, Mark; Buckley, Jack.** *School Choice in Chile: Is It Class or the Classroom?* *Journal of Policy Analysis and Management*, Vol. 25, No. 3 (Summer, 2006), pp. 577-601.
- Franco, Rolando; Hopenhayn, Martín y León, Arturo** (Abril, 2011) *Crece y cambia la clase media en América Latina: una puesta al día* Revista Cepal 103 (pp: 7-26).

- Hernández, Macarena; Raczyński, Dagmar** (Agosto, 2010) *¿Cómo eligen escuela las familias chilenas de estratos medios y bajos? Información, representaciones sociales y segregación*. Asesorías para el Desarrollo.
- James, David. Reay, Diane. Crozier, Gill. Beedell, Phoebe. Hollingworth, Sumi. Jamieson, Fiona. Williams, Katya** (Julio 2010) *Neoliberal Policy and the Meaning of Counterintuitive Middle-class School Choices*. *Current Sociology*, Vol.58 No.4, Monograph 2 (pp. 623-641).
- Power, Sally; Whitty, Geoff** (2002) *Bernstein and the Middle Class*. *British Journal of Sociology of Education*, Vol. 23, No. 4 (pp. 595-606).
- Reay, Diane** (1998) *Engendering Social Reproduction: Mothers in the Educational Marketplace*. *British Journal of Sociology of Education*, Vol. 19, No. 2, (pp. 195-209).
- Roksa, J. Potter, D.** (2011) *Parenting and Academic Achievement: Intergenerational Transmission of Educational Advantage*. *Sociology of Education* Vol. 84, N°2 (pp. 299-321).
- Stillerman, Joel** (2010), “*The contested spaces of Chile’s middle classes*” *Political Power and Social Theory*, volumen 21, (pp. 209-238).
- Tironi, Eugenio** (2010), *Radiografía de una derrota o cómo Chile cambió sin que la Concertación se diera cuenta*. Santiago de Chile: Uqbar Editores.
- Torche, Florencia; Wormald, Guillermo** (2004), “*Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro*”. Santiago de Chile: CEPAL.
- Van Zanten, Agnes** (2003), “*Middle-class parents and social mix in French urban schools: reproduction and transformation of class relations in education*”. *International Studies in Sociology of Education*, 13, 2: 107-123.
- Veleda, Cecilia** (Agosto 2003), *Las clases medias y la elección de las escuelas en el conurbano bonaerense*. En: *Mercados Educativos y segregación social* (pp. 21-49). Centro de Implementación de Políticas Públicas Para la Equidad y el Crecimiento: Area de políticas educativas.
- Whery, Jennifer** (2010) *The Global Middle Class is Here: Now What?* *World Policy Journal*, Winter 2009/2010, (pp. 75-83).

Identidad social, condiciones laborales y docencia: el profesor de enseñanza media frente a la municipalización de la educación en Santiago, 1980-1990

Viviana Cariqueo
Universidad de Chile

Introducción

• Es posible afirmar que la docencia eclipsó durante la década de los ochenta con la introducción de un nuevo modelo educativo basado en un Estado subsidiario? Ante tal interrogante no son pocos los que la estiman como pertinente. Esto porque la municipalización –como los demás procesos introducidos por el régimen militar– supuso profundas transformaciones en la educación chilena y, dentro de ellas, no era de extrañar que los profesores también se enfrentaran a una nueva realidad no sólo en su vida profesional, sino también en la personal. Es por ello que se hace necesario establecer aquellos antecedentes que permiten establecer cuál fue el impacto de este proceso para el profesorado y, además, contribuir a la identificación de aquellos aspectos que reafirman que el profesor fue el ente más perjudicado dentro de la comunidad escolar tras la municipalización.

En función de lo anterior, se pretende establecer un análisis del profesorado secundario de Santiago frente al proceso de municipalización según su percepción, tratando de enfatizar en cómo este hecho afectó su constitución como grupo profesional perteneciente a la clase media, sus condiciones laborales, al dejar de ser empleados directos del Estado, y el desempeño de su profesión en las aulas. En base a lo anterior, el análisis se estructura en torno a tres ejes centrales. El primero de ellos se refiere al concepto de identidad social, el cual se considera como el producto de los dos ejes posteriores, pues involucra la reunión de los aspectos necesarios para esbozar un panorama frente a lo planteado anteriormente. El segundo eje se refiere a las condiciones laborales, esto entendiendo que la descentralización administrativa de la educación supuso importantes modificaciones contractuales que las afectaron. Por lo tanto, el análisis en torno a las modificaciones en las leyes laborales se convierte en un factor relevante al momento de establecer los cambios en el estatus jurídico, pero también cómo

estos actúan sobre la estabilidad económica de los profesores. Finalmente, el tercer eje se refiere al ejercicio de la docencia, tratando de establecer los aspectos en los que la enseñanza sirve con un indicador de transformación cultural. Pues en un contexto de dictadura –donde se restringió el libre pensamiento– el objetivo es presentar el ejercicio de la docencia a través de la definición del rol docente en su misión de formar, valorar y entregar conocimientos al alumnado.

El análisis, por lo tanto, opera en torno al estatus social, el cual se construye en función de los aspectos socioeconómicos y de la autopercepción del profesor. También deviene desde la obra del Estado al momento de reconocer que la clase media la constituyen los “funcionarios públicos”. En este sentido, la municipalización significó para el docente el abandono de esa condición, y por consiguiente, el abandono de un estatus social que se hallaba idealizado, ya que pertenecer a la clase media es no pertenecer a la clase obrera o a los pobres, pero tampoco a la clase alta o a “los ricos”.

Esto explica lo mucho que perturbó a los profesores su pérdida de estatus ya que, por un lado, se generó un deterioro de sus condiciones materiales necesarias para seguir sintiéndose perteneciente a la clase media, y por otro, las rebajas de su dignidad, que le hicieron cada vez más difícil defender su autoconstrucción simbólica relativa a su pertenencia a esa clase³.

La descentralización administrativa en la educación

El quiebre de la institucionalidad chilena ocurrida tras el Golpe de Estado de 1973 supuso el inicio de un periodo de profundas transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que se extendió hasta el año 1990. Estas transformaciones se llevaron a cabo fuera de la lógica constitucional y sin un Congreso que las regulase. Por lo tanto, como afirma Ruth Aedo, las medidas que se tomaron durante este periodo pueden definirse como arbitrarias y propias de un gobierno autoritario que no buscaba el apoyo popular. En efecto, estas se concretaban a través de decretos o circulares internas y de regulaciones oficiales sin ningún proceso previo de consulta y discusión⁴.

³ Adler, Lomnitz; Larissa g. c.Melnick, Ana. *Neoliberalismo y clase media: El caso de los profesores en Chile*. Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1998, p. 22.

⁴ Aedo-Richmond, Ruth. *La educación privada en Chile: Un estudio histórico-analítico desde el periodo colonial hasta 1990*. Santiago de Chile, RIL Editores, 2000, p. 207.

En este contexto, la educación fue una de las áreas intervenidas, respecto a la cual Aedo precisa que la arbitrariedad en la toma de decisiones respondía a un interés por imponer un inmediato y directo control sobre el sistema educacional. Frente a esto, se puede hablar de un control ideológico por parte del gobierno militar, el cual pensaba que la educación atravesaba por una crisis fundada en la pérdida de su rol formador, lo que dañaba la formación general y moral de los jóvenes. En efecto, “los contenidos de la enseñanza se desvirtuaba de su sana y noble intencionalidad, tratándose de introducir en sus mentes esquemas proselitistas, cuya finalidad última era destruir el pensamiento vernáculo, el sentido tradicional de nuestra educación y la referencia a contenidos nacionales que deben tener los actos de formación”⁵, como aseveraba el rector de la Universidad de Chile en 1979.

El sistema educacional, en todos sus niveles, experimentó una ocupación militar manifestada en una red de autoridades y representantes del gobierno fue establecida paralelamente, o que reemplazó al personal administrativo civil. De hecho, Aedo cita a Felicity Edholm⁶, quien afirma: “Un mecanismo dual de control fue establecido; el Ministerio de Educación retuvo el control sobre los aspectos administrativos y técnicos y el Comando de Institutos Militares sobre su ideología, disciplina y aspectos de seguridad. Supervisores militares por lo tanto, tenía el derecho de ir a los colegios, revisar los horarios, interrogar a los alumnos y profesores, despedir o suspender al personal y asistir sin previo aviso a los consejos de profesores”⁷.

Sin embargo, ese control posteriormente se tradujo en importantes transformaciones de orden administrativo cuando el resultado del estudio de una comisión delegada por el gobierno determinó la existencia de un sistema demasiado centralizado, una organización estructural débil, una articulación deficiente y una carencia de personal calificado en la administración educacional. En efecto, la educación estaba sumida en una profunda crisis administrativa y, por lo tanto, era necesaria la pronta intervención del gobierno.

⁵ Toro Dávila, Agustín. *Inauguración año académico 1979*. Discurso pronunciado por el señor rector Delegado de la Universidad de Chile, don Agustín Toro Dávila, en la ceremonia inaugural del Año académico 1979 el día 6 de abril en el salón de honor. En: Discursos del Rector, *Documentos Universitarios*, Universidad de Chile, 1979, p. 20.

⁶ En su libro *Education and Repression: Chile*.

⁷ Aedo-Richmond. Op. Cit., p. 217.

Hasta entonces la educación estaba a cargo del Ministerio de Educación, del cual dependían las escuelas y liceos públicos de Chile. Sin embargo, esta situación cambió después que dicha comisión detectara que precisamente este organismo cumplía un rol deficiente que a su criterio y hacia fines de la década de los setenta sólo dificultaba el buen funcionamiento de la administración de la educación. En efecto, el proceso de descentralización provocó que los establecimientos fiscales, tradicionalmente administrados por el Ministerio de Educación, fueran traspasados a las Municipalidades, lo que en términos financieros se tradujo en que el financiamiento estatal se cursaría a través de estas, limitando al Ministerio a las funciones normativa y supervisora de los aspectos netamente pedagógicos.

La descentralización administrativa de la educación escolar contempló no sólo la municipalización propiamente tal, sino también la ampliación de la participación del sector privado, al cual el Estado le garantizó una subvención fiscal equivalente a la que le otorgó a las escuelas municipales, y un marco muy flexible para operar⁸. En este sentido, la transformación de una concepción de “Estado Docente” a una de “Estado Subsidiario” no fue el resultado de una evolución progresiva o de un debate público, ni siquiera de la acumulación de insalvables contradicciones internas que llevaron a la ruptura y reemplazo de un paradigma educacional. Inequívocamente, el cambio del modelo educacional fue la consecuencia directa de un cambio radical, rupturista y forzoso de un proyecto de sociedad a otro: de una democracia liberal con un Estado intervencionista a un régimen dictatorial con una economía liberal.⁹

Precisamente es aquí donde se inscribe la problemática que afectó a los profesores pues, frente a este panorama de profundas transformaciones, se comenzó a tejer uno de los tantos problemas que conllevó el cambio del sistema educativo: la disparidad económica entre los municipios para afrontar la administración de los establecimientos educacionales. Esto trascendió hacia una disparidad de las remuneraciones dentro del profesorado, lo que implicó una diferencia contractual en la que las condiciones laborales quedarían sujetas a lo que el nuevo empleador determinara.

⁸ Espínola, Viola. *Descentralización del sistema escolar en Chile*. Santiago, CIDE, 1991, p. 3.

⁹ Neff Novella, Jorge. *El concepto de Estado subsidiario y la educación como bien de mercado: Un bosquejo de análisis político*. [En línea] <<http://firgoa.usc.es/drupal/node/10470>> [Consulta: 17 de agosto, 2012].

El desamparado del sistema municipalizado

Ruth Aedo define la municipalización como un modelo de limpieza impuesto por el gobierno militar, a través de un mecanismo de control hacia el profesorado chileno. Esto porque miles de profesores fueron instantáneamente despedidos sin ningún derecho de apelación; muchos de ellos incluso fueron apresados y posteriormente muertos, encarcelados o exiliados, por su conocida o sospechada vinculación con la coalición de la UP o los sindicatos.

Ante esta situación, la inseguridad pasó a ser parte de la vida de los profesores no sólo por las denuncias de sus colegas o alumnos, sino también por el hecho de que todo el profesorado fue instalado bajo contratos temporales sin contar cuántos años de servicio tenían. Además, todas las nuevas vacantes de los puestos del cuerpo docente fueron llenadas mediante un proceso de nombramiento por parte de la autoridad militar, en lugar de su competencia profesional¹⁰. Bajo esta premisa de inseguridad, el argumento de Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick se condice con ello al afirmar que “en un triángulo educacional formado por el administrador, el educando y el educador, el lado más débil es el del educador: el administrativo es el que manda sin apelación; el niño aporta al sistema la subvención que el Estado paga por él; el profesor, en cambio, significa un gasto y es reemplazable”.¹¹

Con las nuevas disposiciones que contemplaba la política laboral para el cuerpo docente, fue inevitable que se gestara la reconfiguración identitaria de este. Este hecho se entiende desde el concepto de *identidad social* pues, ante tal adverso panorama y con un futuro para nada prometedor con respecto a las ofertas laborales, los profesores pasaron a un estado de profunda y penosa dependencia. Precisamente Lomnitz y Melnick hacen énfasis en este aspecto a partir de la realización de entrevistas a profesores que vivieron este difícil proceso dentro de sus experiencias profesionales, mencionando que era tal la crisis generada por la baja empleabilidad que tuvieron que pedir favores a sus familiares para mantenerse económicamente. Este hecho claramente manifiesta sólo un aspecto de lo que tuvieron que enfrentar los docentes al ser despojados de la estabilidad que les había brindado el trabajo para el Estado. Pues, como se revisará más adelante, junto con las constantes modificaciones a las condiciones laborales promulgadas a través de decretos, también se manifiesta un despojo del estatus social que poseía la profesión.

¹⁰ Aedo-Richmond. Op. Cit., p. 206.

¹¹ Adler, Lomnitz, Larissa-Melnick, Ana. Op. Cit., p. 161.

Sin embargo, referente a lo anterior, se debe tener una visión crítica de esta discursividad que proviene de los profesores, pues hablar de percepciones es referirse a cómo el sujeto se identifica en función de los sucesos acaecidos en su propio contexto. Esto es mirar con otros ojos un hecho –la municipalización– que no estuvo exento de críticas en su época; es abordar el tema desde el propio protagonista a partir de una mirada que, en algunos aspectos, puede resultar más válida que hacerlo desde la reunión de bibliografías y fuentes. Sin embargo, el análisis debe ser cauteloso en tanto la discursividad de ellos se encuentra imbuida de subjetividades.

En ese sentido, y de acuerdo a lo recogido en la primera fase de la investigación, es posible apreciar la construcción de una leyenda rosa en torno a la época anterior al gobierno militar, la cual no se condice con la crisis en la educación que detectó la comisión delegada mencionada con anterioridad. Pero cabe preguntarse en términos metafóricos, ¿cómo se explica que los profesores se hayan posado sobre una nube algodonada y amable, mientras el resto del sistema educativo perecía en medio de la tormenta?

Uno de los autores que resulta contradictorio en este aspecto es José Ángel Cuevas, profesor de Filosofía titulado del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile que, al igual que Lomnitz y Melnick, recurre a entrevistas para trabajar la temática de los profesores a lo largo de la historia de la educación en Chile. Sin embargo, se enfoca en los años anteriores al Golpe y los correspondientes al gobierno militar, haciendo énfasis en el hecho que el profesor le fue vulnerada su dignidad, refiriéndose también a la inseguridad vivida durante esa época, pero no sólo desde un punto de vista laboral, sino también social. En este sentido, Cuevas afirma que la pérdida del estatus social se produce cuando el profesor deja de ser una autoridad socialmente respetada y cercana, sentenciando así que este fue atomizado junto con la educación pública.

En medio de esta discursividad reside la subjetividad como un elemento a considerar, por lo que aún es precipitado culpar al gobierno militar de esa pérdida del estatus social otorgado por la valoración del docente, tal como lo afirma Cuevas desde su propia experiencia. Ello aunque la hipótesis de la investigación se construya en torno a la afirmación de que el profesor es un desamparado a consecuencia de este nuevo sistema educativo impuesto en el gobierno militar. En este sentido, la opinión de Cuevas es un buen referente al momento de emplear la oralidad como metodología en el análisis final de la investigación, pero también

lleva a reflexionar en torno a cómo opera el contexto en la construcción identitaria de un grupo social (profesional para este caso).

La identidad social se entrecruza con la definición de estatus social, el cual a su vez se construye a partir de la evaluación de las tres dimensiones que yacen en el sujeto estudiado: el “profesor-persona”, “el profesor-trabajador” y el “profesor-profesional”. Esto aunque la primera dimensión es la que reúne a las demás hacia una esfera social donde existe una interrelación y una sujeción con la contingencia.

En base a esto y al abandono de ese idealizado estatus social a consecuencia de la municipalización, el análisis del estatus jurídico docente es un buen parámetro para evaluar los aspectos contractuales asociados al “profesor-trabajador”. Esto porque implica la regulación general de las condiciones de empleo en función de la promulgación de decretos asociadas a ella. Sin embargo, el rol docente también se asocia al estatus jurídico en tanto contribuye a la evaluación de la construcción identitaria al redefinirse en función al contexto educativo. Por ello es que el carácter del estatus jurídico es uno de los más fuertes intervinientes en la definición de la inserción social del sector docente.¹²

De hecho, si el estatus jurídico es ineficiente en cuanto a procurar el mejoramiento de las condiciones laborales, surge el rol de la organización docente, el cual también contribuye a esta definición de identidad social, en tanto sirve como indicador de la unión de los miembros por la defensa de intereses comunes. Además, la definición del rol de la organización –materializada en una entidad– establece su legitimidad ante sus miembros cuando determina los objetivos a cumplir que fundan su existencia.

En este aspecto, se hace necesario volver a lo que plantea Cuevas para demostrar lo que aconteció con la organización docente, pues afirma: “Los diecisiete años de dictadura militar significaron la completa destrucción de la vida gremial, comunitaria y profesional del magisterio. El Sute fue declarado ilegal y pasaron muchos años hasta que se creara la Agech. Todas las conquistas del profesorado fueron abolidas. La muerte llegó violenta hasta el ámbito del magisterio”.¹³ Por lo tanto, la reactivación de la acción promovida por el profesor, en busca de reconquistar lo que se había obtenido hasta antes del Golpe, corresponde a uno de los desafíos emprendidos a contar de los años noventa.

¹² Cerda, Ana María; Silva, María de la Luz; Núñez, Iván. *El Sistema Escolar y la profesión docente*. Santiago, Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, 1991, p. 74.

¹³ Cuevas, José Ángel. *Materiales para una memoria del profesorado*. Santiago, Ediciones Populares, 2002, p. 65.

De acuerdo a lo que se ha expuesto anteriormente, es posible precisar que la definición de la identidad social en los sujetos estudiados está condicionada por una serie de factores que no sólo involucra “las dimensiones pedagógicas”, las que permiten apreciar al “profesor-profesional”, sino también a aquellos que operan desde el sistema social en el cual se encuentran insertos. Entre ellos destacan las condiciones de empleo y trabajo, las formas de agrupación que eventualmente pueden darse los docentes; y las características del sistema de formación y perfeccionamiento existente¹⁴.

La inseguridad laboral

Patricio Rojas¹⁵ se refiere a la situación laboral comparada en torno a años previos al golpe militar. Pues se debe recordar que los profesores eran funcionarios estatales que estaban sujetos al Estatuto Administrativo. En cuanto al régimen salarial del profesorado era particular, pues si se regía por las normas generales del Estatuto Administrativo de los funcionarios públicos, este estaba reforzado por las Normas Especiales para el Magisterio. En efecto, la remuneración, además de incluir asignaciones de antigüedad (trienios) que prescribía el régimen salarial público, contemplaba asignaciones de zona y una compensación por trabajo desarrollado en zonas aisladas o lejanas. Sin embargo, uno de los primeros hechos que harían presagiar las posteriores modificaciones en los contratos de los profesores, sería la Escala Unica de Remuneraciones comenzó a regir en 1974. Atrás había quedado ese incentivo para el perfeccionamiento docente que permitía que a los profesores ser becados para estudiar en el extranjero mientras seguían gozando de un sueldo y los correspondientes aumentos trienales.

La Escala Salarial Uniforme establecía que el sueldo de un profesor no dependía de la calidad de éste ni de la asignatura enseñada, ni de las condiciones de trabajo en la escuela, ni de las condiciones de vida en la zona geográfica donde se encuentra la escuela¹⁶. De hecho, Rojas dice que la aplicación de esta escala se fundaba en que existiera un igualitarismo y hacer de la enseñanza una profesión. Sin embargo, esto fue bastante criticado pues, en pri-

¹⁴ Cerda, Ana María; Silva, María de la Luz; Núñez, Iván. *Op. Cit.*, p. 26.

¹⁵ PATRICIO ROJAS RAMOS, Ph. D. en Economía, MIT. Investigador del Centro de Estudios Públicos y profesor del Instituto de Economía de la Universidad Católica de Chile.

¹⁶ Rojas, Patricio. *Remuneraciones de los profesores en Chile*. Santiago, Centro de Estudios Públicos, Serie de Documentos de Trabajo n°278, Marzo, 1998, pp. 7-8.

mer lugar, la motivación de los profesores se vería afectada negativamente, ya que ellos no serían premiados financieramente por rendimiento superior, ni castigados financieramente por rendimiento inadecuado. En segundo lugar, la escala salarial uniforme iría en desmedro tanto de formar como de conseguir profesores calificados en asignaturas consideradas de mayor dificultad académica¹⁷.

Ante esto, la defensa de las autoridades era que: “Algunos creen que el reconocimiento social sube paralelamente al índice de sueldos. Es indudable que la remuneración razonable es un factor del problema, pero no es el único, ni siquiera el más importante. En ciertas profesiones –la de militar, la de juez, la de maestro–, quienes la ejercen abandonan una legítima expectativa de enriquecimiento, para servir abnegada y desinteresadamente a la sociedad. Esta debe premiar con su mejor consideración tal actitud. Y el Estado intervendrá para que semejante reconocimiento y consideración sean una indiscutible realidad, conforme con lo que ha dispuesto S.E. el Presidente de la República en su última directiva sobre educación”¹⁸.

Posteriormente, se comenzó a aplicar a los educadores el Decreto Ley N°2.345, de octubre de 1978, que facultaba al Ministerio del Interior para remover funcionarios públicos por necesidades de racionalización; y el Decreto Ley N° 3.357 de mayo de 1980 que modificaba la Ley de Carrera Docente, facultando al Ministerio de Educación para rebajar la jornada de trabajo y trasladar profesores¹⁹.

Con los cambios sustanciales devenidos del traspaso de la administración del sistema escolar a los municipios, los profesores pasaron a ser dependientes laboralmente de ellos. A pesar de que los profesores fueron traspasados a estos organismos, no eran reconocidos contractualmente como funcionarios municipales, sino como “trabajadores”, en una relación privada con el empleador municipal, regida por la legislación vigente entonces para el campo de la economía privada²⁰. Esto, a partir la introducción de una nueva política laboral que proponía la creación de un libre mercado de trabajo docente, en el que la carrera y el monto de los salarios docentes dependieran principalmente de las calificaciones y del rendimiento

¹⁷ *Ibíd.*, p. 8.

¹⁸ Vial, Gonzalo. *Rol del educador en la sociedad*. En: Enfoques Educativos, N°4, Santiago, Facultad de Educación. Universidad de Chile, 1979, p. 3.

¹⁹ Rojas. *Op. Cit.*, pp. 11-12.

²⁰ Cox, Cristián. (Ed.) *Políticas educacionales en el cambio de siglo: La reforma del sistema escolar de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2005, p. 475.

de maestros/as y profesores/as y en que las remuneraciones fueran decididas a nivel comunal.²¹

Rojas señala que la municipalización significó para los docentes la inamovilidad traducida en la imposibilidad de estar sujetos a la escala de ascenso y de calificaciones. Adicionalmente, los docentes municipalizados perdieron la asignación de título; la seguridad del pago de sus remuneraciones durante los periodos vacacionales; la estructura de escalafones con sus correspondientes grados en la EUR, y la norma horaria de 30 horas cronológicas semanales²². La aplicación de la Escala Salarial Uniforme significó una disminución significativa de las remuneraciones. Por otra parte, al mismo tiempo que bajaban las remuneraciones, aumentaban las situaciones arbitrarias como los despidos durante el periodo de vacaciones con el objeto de reducir los costos fijos. Frente a esta inseguridad laboral que rondaba entre los profesores, se manifiesta en la modificación de sus rutinas, pues al apreciar la precarización de las remuneraciones, optaron por diversificar sus trabajos. Esto es constatable dentro de las entrevistas realizadas por Lomnitz y Melnick, en las que los profesores afirman que optaron por tener más de un empleo para conservar en cierta medida la estabilidad económica que había sido vulnerada. De hecho, fue tal dicha necesidad que no necesariamente se dedicaron a trabajar solamente en colegios. Incluso algunos simplemente dejaron de ejercer, dedicándose a otras actividades.

La pérdida de la *mística* de ser profesor

Con la precarización de las condiciones laborales, como se ha señalado anteriormente, los profesores debieron adoptar una decisión en torno a continuar ejerciendo en la docencia. Por lo tanto, es aquí donde se establece una encrucijada entre la vocación y la rentabilidad económica, lo cual significaba seguir ejerciendo pese a los inconvenientes dentro de la profesión o bien dejarla para conseguir un trabajo con mejores contratos laborales.

Con respecto a aquellos que efectivamente decidieron continuar ejerciendo como docentes, no sólo debieron enfrentar los problemas que ya se han revisado, sino también aquellos asociados propiamente a la enseñanza. Pues, como se ha señalado anteriormente, la crítica que devenía del gobierno militar se había situado en torno a los contenidos de ella, denunciando que se había vuelto partidista. Por lo tanto, para asegurar un control ideológico sobre

²¹ Ídem.

²² Rojas, *Op. Cit.*, p. 13.

los planes y programas de los colegios, muchos libros ofensivos a la sensibilidad militar fueron removidos de éstos y quemados. Cursos en ciencias sociales y filosofía fueron terminados o reorientados hacia valores y creencias que eran promovidas por el nuevo régimen, tales como patriotismo, virtudes militares, respeto por los héroes militares y por la unidad nacional. Todo resto de *marxismo-leninismo* debió ser acabado incluyendo las nuevas ideas que representaban a la sociedad. En efecto, el régimen militar deseaba despolitizar las escuelas en Chile en términos de la clase de actividad política y actitudes que eran asociadas con los años de Frei Montalva y Allende²³.

Con estos hechos queda manifiesto que los profesores fueron apartados de las decisiones en torno a las políticas educacionales, lo cual demuestra que sólo comenzaron a ser considerados como trabajadores. Frente a esto, se puede afirmar que existió una pérdida de la mística de ser profesor que no sólo posee vertientes económicas sino también sociales. En este sentido, no es extraño que en los docentes que fueron entrevistados por Lomnitz y Melnick se advierta una cierta frustración ante la profesión. Pero también desde la esfera social se advierte que ese respeto hacia ella, al cual se refiere el profesor Cuevas, se perdió. Esto actualmente se expresa en la poca valoración que posee la profesión, debido a que los problemas asociados a las condiciones laborales no han tenido una mejora notoria desde el retorno a la Democracia.

Conclusiones

Al terminar este texto se hace necesario señalar que la descentralización en la educación escolar se fundamentó en la crisis administrativa que estaba sumida. Por lo tanto, de esta situación deviene el paso de un Estado docente hacia uno subsidiario que pretendía implantar un nuevo sistema educativo. Sin embargo, a pesar de que sus objetivos apuntaban a solucionar los problemas en la educación, generó otros entre los cuales se inscribe la problemática que se ha abordado en el presente artículo.

La municipalización significó para muchos de los profesores que se desempeñaban antiguamente en el sector fiscal, una experiencia traumática. Esto no sólo por la pérdida de su idealizado estatus social de funcionario público, sino porque el proceso en sí tuvo un desarrollo bastante apresurado. En efecto, esto se aprecia en que hasta el momento, la in-

²³ Aedo. Op. Cit., p. 207

vestigación no ha logrado establecer el periodo exacto en que se llevó a cabo el traspaso de colegios y liceos a los gobiernos locales (municipios).

Lo que sí se puede concluir con mayor certeza es que este hecho tuvo implicancias dentro de lo laboral y profesional del profesor. Por un lado se advierte que existió una precarización de sus condiciones laborales a partir de las pérdidas de las conquistas logradas en esta materia hasta antes del Golpe Militar, y por el otro, la frustración en torno al ejercicio de la profesión debido a esto mismo junto con la reconfiguración del rol docente asociado ahora a ser un mero “trabajador”. Esto último se refiere a que el profesor dejó de ser considerado en la toma de decisiones en torno a las políticas educacionales sino más bien, a obedecerlas.

Sin embargo, aún quedan aspectos por determinar dentro de la investigación en torno a los aspectos laborales y profesionales, lo cual obliga a postergar al análisis final en torno a la identidad social de este grupo de profesionales. Sólo se puede establecer preliminarmente, que la idea del “desamparado” o bien, del “olvidado” de este nuevo sistema educativo, como se plantea en la hipótesis, hasta el momento tiene cabida como un argumento válido.

Si bien estos problemas que se han presentado anteriormente, se desarrollaron en un contexto algo distante y diferente al de nosotros, es posible apreciar que aún se manifiesta cuando los profesores marchan por sus derechos perdidos durante el régimen militar. Por lo tanto, esto conlleva finalmente a concluir que el retorno de la Democracia, no significó el retorno de la dignidad de los profesores. Aquella dignidad que aún, a más de dos décadas del fin de ese periodo, no se ha recuperado.

Bibliografía

Adler Lomnitz, Larissa-Melnick, Ana. *Neoliberalismo y clase media: El caso de los profesores en Chile.* Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1998.

Aedo-Richmond, Ruth. *La educación privada en Chile: Un estudio histórico-analítico desde el periodo colonial hasta 1990.* Santiago de Chile, RIL Editores, 2000.

Cerda, Ana María; Silva, María de la Luz; Núñez, Iván. *El Sistema Escolar y la profesión docente.* Santiago, Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, 1991.

- Cox, Cristián (Ed.)** *Políticas educacionales en el cambio de siglo: La reforma del sistema escolar de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2005, p. 475.
- Cuevas, José Ángel.** *Materiales para una memoria del profesorado*, Santiago de Chile, Ediciones Populares, 2002.
- Espínola, Viola.** *La descentralización de la educación en Chile: Continuidad y cambio de un proceso de modernización*, Santiago, CIDE, 1991.
- González, Pablo.** *Financiamiento de la educación en Chile*. [En línea] Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME) <http://www.archivochile.cl/edu/doc_analit/est_doc_analit00009.pdf> [Consulta: 12 de agosto, 2012].
- Neff Novella, Jorge.** *El concepto de Estado subsidiario y la educación como bien de mercado: Un bosquejo de análisis político* [En línea] <<http://firgoa.usc.es/drupal/node/10470>> [Consulta: 17 de agosto, 2012].
- Rojas, Patricio.** *Remuneraciones de los profesores en Chile*. Santiago, Centro de Estudios Públicos, Serie de Documentos de Trabajo n° 278, marzo, 1998.
- Valdés, Federico,** *Evaluación del proceso de traspaso de establecimientos educacionales a las municipalidades*. Tesis. Depto. De Ingeniería industrial, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile, Santiago, 1985.

II. Movimientos sociales, política y clases medias

Orígenes de la Falange Nacional en el Movimiento de la Juventud Conservadora y su constitución como nuevo referente político (1935-1938)

María Antonieta Mendizábal
Universidad de Chile

Introducción

El presente trabajo analiza la conformación del Movimiento de la Juventud Conservadora, su escisión del Partido Conservador y posterior formación de la Falange Nacional. Entre las causas que motivaron la inclusión de jóvenes provenientes de los movimientos de acción cristiana en el seno del Partido Conservador incidieron no sólo consideraciones doctrinarias, sino principalmente una acertada (aunque tardía) lectura de la coyuntura política y la necesidad de modernizar el partido por parte de un sector de la dirigencia conservadora. La constitución de la Falange como grupo autónomo al interior de la estructura partidaria y su separación de las filas conservadoras en 1938 se debió, por otro lado, a la naturaleza disímil de ambas agrupaciones y de los sectores sociales a quiénes dirigían su acción política. El divorcio entre conservadores y falangistas marcó el inicio del fin de la tienda pelucona y el surgimiento de un nuevo partido de las clases medias.

I. El cambio de siglo y el nuevo escenario político

Las primeras décadas del siglo XX estuvieron marcadas por profundas transformaciones del sistema político. En este nuevo orden de relaciones, surgió una alternativa de centro que, décadas más tarde, se transformó en uno de los principales partidos políticos. Su ingreso como actor relevante se produjo a fines de los años cincuenta y se consolidó primero con la elección de Eduardo Frei Montalva como senador en 1957 y luego como Presidente de la República en 1964. A diferencia del centro radical laico, el Partido Demócrata Cristiano (PDC) construyó su propuesta política sobre las ideas del socialcristianismo, las que levantó como una alternativa a las salidas de derecha e izquierda. De un centro abierto a las alianzas políticas se pasó al *camino propio* de los demócratacristianos, el que contribuyó a rigidizar el

sistema político incapaz de dar respuestas a las demandas sociales. ¿Qué explica las características que adquirió ese nuevo centro político?

La praxis política de la Democracia Cristiana se entiende en el marco de lo que fueron sus propios orígenes en el seno del Partido Conservador (PCC) durante los años treinta. Los hondos problemas sociales de principios del siglo XX dieron paso a la conformación de un movimiento social y obrero, capaz de organizarse y articularse en torno a propuestas de país. Frente a la emergencia de alternativas de izquierda²⁴, los viejos partidos debieron modificar sus discursos y estrategias. En esos análisis tuvieron gran peso los acontecimientos mundiales²⁵, el estallido de la crisis económica en 1930 y el periodo de inestabilidad política que se inició con la caída de Alessandri en 1924²⁶. En ese escenario, algunos dirigentes conservadores apostaron por renovar el aire de la tienda *pelucona*²⁷ mediante la inclusión en sus filas de un grupo de jóvenes, militantes de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), que había participado activamente en las protestas que terminaron con el gobierno de Carlos Ibáñez en 1931.

El ingreso de los anecistas y la formación del Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora (MNJC) permitieron al partido de los pelucones, durante un corto periodo, mantener una posición de liderazgo en el nuevo sistema. Sin embargo, pese a los buenos resultados, el nuevo movimiento terminó por escindirse de las filas conservadoras para formar un nuevo partido que con el tiempo sería uno de los principales representantes de los nacientes grupos medios, aquellos que llegando incluso a desplegar su acción con eficacia entre los sectores populares.

²⁴ Hacia 1933 las tendencias de izquierda parecían caminar hacia la consolidación de sus posiciones. Marmaduke Grove, el líder de la República Socialista, había obtenido una alta votación en las elecciones de 1933, hecho que permitió la formación del Partido Socialista ese mismo año. A ello se sumaron las elecciones parlamentarias de 1937 y la elección de 6 diputados comunistas.

²⁵ Guerra de 1914 y el estallido de una ola revolucionaria en Europa, el triunfo de la Revolución Bolchevique en 1917, la emergencia de un bloque comunista liderado por la Unión Soviética.

²⁶ Al mismo tiempo que la caída de Alessandri marcó el inicio de un periodo de inestabilidad política (hasta llegar incluso a la instauración de una República Socialista en 1932), fue la representación más clara de la crisis del parlamentarismo, iniciada en 1907 tras los acontecimientos de la Escuela Santa María de Iquique. El gran impacto provocado por la masacre hizo evidente entonces la necesidad de dar una solución a la *cuestión social*.

²⁷ La denominación de *pelucones* fue usada desde el siglo XIX para designar a los militantes del Partido Conservador, en oposición a los *pipiolo*s de tendencias liberales. (N. de la E.)

II. Los conservadores y la formación del Movimiento de la Juventud Conservadora

Terminada la dictadura de Ibáñez en 1931, los conservadores debieron hacerse cargo de tres problemas: la ampliación de las corrientes de izquierda, la idea cada vez más extendida de que el Estado debía tener una mayor injerencia en la economía del país y el desorden interno en el que quedaron sus filas tras las represalias de Ibáñez²⁸. Para ninguno de ellos los conservadores tenían respuesta, como tampoco para la crisis social y económica que se arrastraba hacía años. Esa falta terminó cobrándose en las urnas en 1932 cuando su votación bajó en casi tres puntos respecto de las elecciones anteriores²⁹. De ello dio cuenta un molesto Rafael Luis Gumucio, importante representante del conservadurismo, al "... asegurar que en las últimas elecciones cayeron a las urnas menos, mucho menos, de cincuenta mil votos católicos. ¡Cincuenta mil católicos en un total de trescientos veintitrés mil votantes! ¡Menos del 16% del electorado nacional!"³⁰. Esta *desoladora realidad* obligaba al Partido Conservador a pensar en 'otra' base de poder. En algún cartucho de *futuro*. Y ese cartucho –el último– era nada más y nada menos que la quintaesencia de su ideario: el "orden socialcristiano"³¹,

²⁸ Al respecto, J. Rojas señala que "aparte del control que ejerció el gobierno sobre las actividades políticas y sociales, hubo una acción mucho más directa y visible de represión: la persecución en la forma de detenciones, relegaciones y exilio. Esta acción gubernativa fue, sin duda, una de las que perduró como característica del periodo, provocando importantes efectos en torno a la figura de Ibáñez(...) Según su criterio, ellos (los políticos de carrera) no perseguían el bien de la nación, sino su propio beneficio. Eran los responsables de la crisis del sistema, junto con los grupos revolucionarios. Al preocuparse sólo de la figuración pública, del ejercicio de sus influencias y de profitar de cargos remunerados, habían olvidado sus deberes, haciendo ineficiente la capacidad del Estado para resolver los problemas del país". Rojas, J. *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*. DIBAM, Santiago, 1993, pp.34-35.

²⁹ En las elecciones parlamentarias de 1925, los conservadores habían obtenido un 19,83% de los votos, mientras que en 1932 alcanzaron un 16,93%. Esta votación volvió a subir en 1937 cuando el PCC obtuvo 20,72%. Moulian, T. y Torres, I., *Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha entre 1938 y 1946*. FLACSO, Chile, 1987, p.45.

³⁰ Gumucio, Rafael L. *El deber político*. Imprenta Chile, Santiago, 1933, p.12.

³¹ Salazar, G. *Historia Contemporánea de Chile. Estado Legitimidad y ciudadanía*. Editorial LOM, Santiago, 1999, p. 230. El orden socialcristiano, defendido por los jóvenes de la ANEC, se postulaba como una tercera posición, situada entre el capitalismo liberal y el socialismo. Esta tercera vía estaba contenida en las Encíclicas de la Iglesia. Defendían la necesidad de reformas impulsadas desde el Estado para solucionar los problemas sociales y promover la colaboración entre los distintos estamentos de la sociedad. "La tarea del gobernantes es buscar el bien común. El bien común no emerge por sí solo del ejercicio de la libertad de los individuos. Cada uno sigue su propio interés. Hay que respetar la inclinación egoísta, porque si se suprime la libre iniciativa y la propiedad individual y hereditaria, desaparece una palanca esencial del mecanismo económico. Pero ese respeto debe ser simultáneo con la desconfianza, a causa de la debilidad del hombre, que no se mueve de ordinario por fines altruistas. La gestión del bien común no es por lo tanto pasiva y estática; al contrario

que –según Moulian y Torres– desde sus inicios había convivido contradictoriamente con el liberalismo individualista defendido por los pelucones.

Pese a que el Vaticano había establecido hacía mucho las pautas de acción del mundo católico respecto de los problemas sociales provocados por la industrialización³², los conservadores chilenos solo consideraron seriamente la doctrina social de la Iglesia cuando se vieron en la necesidad de interactuar con otros sectores de la sociedad para mantener una posición de poder. Esa era la situación en 1933 cuando Gumucio apelaba a la necesidad de revitalizar el viejo partido afirmando que “... la triste verdad es que no contamos con qué hacer un movimiento popular: en los campos y en los pequeños pueblos hay fuerzas proletarias católicas de cierta relativa consideración; pero, en las grandes ciudades, la masa proletaria es o indiferente en materia religiosa o está tomada por el extremismo izquierdista”³³. Este rezago de los conservadores tendría su explicación, a juicio de Moulian y Torres, en el hecho de que la oligarquía chilena de las primeras décadas del siglo XX se había construido sobre las enormes riquezas provenientes del salitre, más preocupada en imitar las modas parisinas que de considerar los problemas sociales. Sólo cuando esa masa proletaria se hizo visible, la derecha se organizó en torno a una coalición política que consideraba la necesidad de cambios en la estructura económica del país. De esa lectura surgió un liderazgo como el de Arturo Alessandri que, a poco andar, se reveló demasiado populista y estatista como para no despertar las sospechas de liberales y conservadores, los que terminaron por abandonarlo hasta buscar su caída en 1924³⁴.

Los acontecimientos que siguieron a la caída de Alessandri evidenciaron la necesidad de convenir soluciones a la crisis social y económica. El autoritarismo de Ibáñez y la persecución a políticos (incluidos algunos conservadores) terminaron por dar el puntapié final en esta dirección. Así, la convención conservadora de 1932 concluyó sobre la necesidad de trabajar por la armonización entre capital y trabajo, pese al encendido discurso de su presidente

tiene que ser dinámica, diligente, activa (...) Hay que evitar que la libertad de los unos impida la de los otros. Aún más, hay que lograr que la actividad de cada uno se ejerza conforme y en colaboración con el bien de todos”. Silva Bascuñán. Una experiencia social cristiana. CESOC, Santiago, 2008, p. 21.

³² Encíclica *Rerum Novarum* en 1891 y Encíclica *Quadragesimo Anno* de 1931.

³³ Gumucio, R. Op. cit., p.16.

³⁴ Moulian y Torres sustentan esta idea y agregan que la estrategia de Alessandri estaba “destinada a reforzar la autonomía del líder, a forjarse una base plebiscitaria, sostenida sobre el apoyo de una masa por él convocada, más que por el apoyo institucional de los partidos y de los grupos dirigentes”. Op. cit., pp. 33 y 34.

Héctor Rodríguez de la Sotta³⁵. Esta necesidad estaba condicionada, principalmente, por la emergencia de partidos de izquierda electoralmente competitivos. Un año antes, Ricardo Boizard declaraba en una conferencia dictada en la Asamblea de su partido que era conservador “...porque en mí existe un amor fuerte y poderoso al principio del orden, a la armonía social, y, en consecuencia, a la marcha sistematizada, regularizada, integralizada, del organismo colectivo”³⁶. Y era precisamente ese orden el que se encontraba en crisis durante los años veinte y que en los treinta buscaba reinstalarse en una sociedad convulsionada por transformaciones económicas, sociales y políticas. Los conservadores constataban con amargura que “hoy no tenemos ni mayoría en la opinión, ni mayoría en el Congreso, ni posibilidad de formar combinación con mayo ría para la defensa religiosa. El país ha avanzado de tal modo hacia la izquierda, que el partido radical, que antes era el más extremo, sin cambiar de ideas ni tendencias, ha pasado a ser el partido de centro”³⁷. Era entonces necesario volver a convocar la acción de los católicos y para ello los conservadores debían ponerse de acuerdo sobre su rol en esas transformaciones.

Las dificultades estaban en cómo enfrentar programáticamente los cambios del orden social. Parafraseando a Waldo Frank (pensador norteamericano) Boizard comparaba la sociedad a un cadáver que todavía tenía “numerosísimos elementos de vida, pero decimos que ha llegado la muerte porque ya nada obedece en ese cuerpo al orden fisiológico. Sobrevive la carne, pero se ha paralizado el sistema”. Había llegado “el momento de hacer algo con este cadáver pestilente”. Y ese algo no era colocar a la sociedad *una máscara estatal en su rostro*, como lo postulaban los socialistas. Ni tampoco destruir *su organización* ni *despedazar el sistema* para “sobre las ruinas de su polvo, (reconstruir) la nueva sociedad” como defendían

³⁵ “Libertad sí; pero dentro del orden. Democracia también, pero igualdad de posibilidades y no de derechos. No puede tener los mismos derechos políticos el capaz que el incapaz; el sabio que el ignorante; el virtuoso que el vicioso; el inteligente que el necio... La democracia así entendida es absurda: es la aristocracia del descamisado... Cuán absurdo es el sufragio universal, la mayor imbecilidad que han inventado los hombres... (*Debemos*) luchar por el sufragio restringido... a los capaces y en la medida de su capacidad... por el gobierno fuerte de los capaces dentro de la ley... Los comunistas no deben ser ni electores ni elegidos... (*En cuanto a*) las clases modestas de la sociedad... que son las de mayor número... (*se debe*) tomar para este caso la representación gremial. Se reservaría una cuota importante de los asientos de las instituciones políticas a los gremios profesionales de los ciudadanos sin derecho a voto”. Discurso de Héctor Rodríguez de la Sotta, presidente del Partido Conservador, en la Convención de 1932 en Salazar. Op. cit., p.228.

³⁶ Boizard, Ricardo; *Hacia el ideal político de una Juventud*. Conferencia dictada en la Asamblea Conservadora. Imprenta Nascimento, Santiago, 1931, pp. 6-8.

³⁷ Gumucio, R. Op. cit., pp. 16 y 17.

los revolucionarios³⁸. ¿Cuál era la propuesta conservadora para hacer que *ese trozo de carne* volviera a ser *sistema*?

Para Gumucio y otros dirigentes conservadores había que modernizar el partido y “expandir su atracción en los medios populares”.³⁹ Era necesario crear las condiciones para la ampliación de las ideas conservadoras en aquellos terrenos donde los *extremismos izquierdistas* emergían con fuerza. Y el medio más adecuado era acercar lo que había sido la bandera de lucha de los conservadores desde su creación, es decir la defensa del orden católico⁴⁰. El mecanismo ideado por Gumucio fue acercarse a los jóvenes que desde la ANEC y los círculos de estudio habían desplegado una importante acción política de oposición a la dictadura de Ibáñez. También la Iglesia se hizo parte de los problemas que afectaban a su mayor representante político y a través del arzobispo Campillo, pidió expresamente al sacerdote Larson en 1934, que “guiara a los jóvenes católicos a las filas conservadoras”⁴¹. Era en ese nuevo movimiento católico, que desde su acción levantaba la doctrina socialcristiana como bandera de lucha, que se encontraba la savia que requerían los conservadores para posicionarse nuevamente como liderazgo político. Con todo, existía una fuerte reticencia entre los ancistas a incorporarse en las filas del Partido Conservador pese a que era el único referente político de los católicos.⁴² Silva Bascuñán explica que los jóvenes ancistas, entre los que destacaban figuras como Bernardo Leighton, Manuel Garretón Walker y Eduardo Frei Montalva, “despreciaban la máquina electoral conservadora... veían al partido siempre dispuesto a evitar

³⁸ Boizard, R. Op. cit., pp. 6-8.

³⁹ Grayson, G.; *El Partido Demócrata Cristiano chileno*. Ediciones Francisco de Aguirre, Santiago, 1968, p. 106.

⁴⁰ Para Moulian y Torres “la derecha, que retornó al poder en 1933 (...) era una fuerza defensiva, sin proyecciones de largo plazo y obsesionada por la amenaza popular. Era también una fuerza corporativa, que no tenía capacidad de plantearse en el terreno de los intereses generales y universales; por lo tanto, que no tuvo capacidad, en el terreno político, de proyectar una imagen nacional. La única fuerza ideológica de esa derecha residía en la vinculación de parte de ella con el catolicismo tradicional, como ética y como concepción de mundo, y con la Iglesia como aparato cultural y político”. Moulian y Torres. Op. cit., pp. 38 y 39.

⁴¹ Grayson, G. Op. cit., p.107.

⁴² Uno de los principales impulsores de Acción Católica (organismo creado por la Iglesia para combatir al socialismo y al comunismo), el sacerdote Fernando Vives, era contrario a la incorporación de los ancistas al PCC e incluso sostenía que debían quedar libres para crear otro partido. La controversia se zanjó mediante una consulta que realizó la Iglesia chilena al Vaticano. La respuesta llegó en junio de 1934, a través de una carta del cardenal Pacelli, futuro Pío XII, en la que establecía la libertad de los católicos para optar por cualquier partido político. Silva Bascuñán. Op. cit., p. 38.

las luchas, miedoso del combate, buscando combinaciones y dando apoyo a otros hombres y a otras fuerzas políticas antes quienes se comportaban como el pariente venido a menos⁴³.

Los cálculos sobre la posibilidad de que finalmente se creara otro partido de confesión católica⁴⁴, eran los que preocupaban a Gumucio cuando alertaba sobre el peligro de que

“si existiera ese otro partido (católico), se irían a él los jóvenes a quienes se convenza en contra del Partido Conservador. Y, militando en ese otro partido, trabajarían por los intereses católicos en el terreno político. En tal caso, fuera del inconveniente de la división de las fuerzas católicas; el daño de tal propaganda iría sólo en contra el Partido Conservador: le quitaría elementos a este partido, sin producir la abstención de los católicos (...) Y, no existiendo ese otro partido, la propaganda en contra del Partido Conservador no da otro resultado práctico que el de producir la abstención de los católicos⁴⁵.”

Por su parte, Silva Bascuñán también constataba que “algunos jóvenes... rechazan actualmente al Partido Conservador, y se mantienen alejados de él”. Pero difería con Gumucio, pues “los intentos de organizar una colectividad distinta al Partido Conservador han fracasado hasta ahora y todo induce a creer que fracasarán... porque no pueden imponerse sobre éste que tiene una larga tradición impregnada de campañas en favor de la idea cristiana y que está establecido y organizado en todos los rincones de la República”. De todas formas destacaba que “es altamente beneficioso para la Iglesia y para la Patria, lograr la unión política de toda la juventud católica en torno al Partido Conservador⁴⁶.”

Finalmente, y pese a las reticencias de sacerdotes como Larson o Vives, los anecistas se afiliaron al PCC. En esta decisión influyó el mandato expreso del Episcopado a los jóvenes católicos, la labor desarrollada por dirigentes como Gumucio y Horacio Walter y la necesidad de contar con una tienda política propia⁴⁷. En este sentido, el ingreso de Leighton al

⁴³ Silva Bascuñán. Op. cit., pp. 19 y 20.

⁴⁴ De acuerdo a Huneeus “es importante reconocer que los jóvenes católicos que fundaron el PDC (...) estaban creando un nuevo movimiento fuera del Partido Conservador, que hasta entonces había sido el partido de los católicos”. Carlos Huneeus; *Un partido político muy institucionalizado: la Democracia Cristiana en Chile* en Mainwaring, S. y Scully T.; *La Democracia Cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*. Fondo de Cultura Económica, México, 2010, p.182.

⁴⁵ Gumucio, R. Op. cit., p. 4.

⁴⁶ Bascuñán. Op. cit., p. 43.

⁴⁷ Según Alejandro Bascuñán, uno de los factores que influyó en la decisión de parte de esa juventud de ingresar al terreno formal de la política fue la expulsión de Montero de la presidencia el 4 de junio de 1932, momento en el que “los jóvenes de entonces comprobaron de modo convincente su falta de influencia política, porque ni su amor al sistema constitucional,

Comité de Propaganda Conservadora marcó un precedente y para 1933 varios ancistas participaban del comité⁴⁸. Ese mismo año se creó el Centro de Estudiantes Conservadores que, a través de su periódico, *Lircay*, aclaró que “perseguía tres metas: el ingreso de los jóvenes católicos en el Partido Conservador; la fiel observancia de la doctrina de la Iglesia; y un ataque al sufrimiento y la miseria que afligían al país”⁴⁹. Sin embargo, el Centro era algo más que una oficina de reclutamiento y esto se evidenciaba en la provisión existente acerca del ingreso: no era necesario convertirse en conservador para afiliarse a la Juventud, regla que más tarde generó grandes controversias.

El Centro fue el encargado de organizar una convención para octubre de 1935. Leighton, Sánchez y Tomic viajaron durante ese año a once ciudades del sur promoviendo la convención, creando nuevas bases de la Juventud y sondeando “las ideas de los jóvenes líderes provinciales en lo referente a la dirección del Centro”⁵⁰. A la convención concurrieron dos mil delegados de todo el país y en ella se constituyó el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora. La masividad del evento contrastaba con la baja convocatoria que hasta entonces concitaba la tienda pelucona. En los discursos inaugurales de la convención, los dirigentes juveniles dieron cuenta de su balance sobre la política chilena. Se trataba de:

“una generación cansada de liberalismo individualista, cansada de ver cómo se juega con los destinos de la patria, cansada de ver el espectáculo doloroso del pueblo que vive en la miseria, cansada de una baja política, de puesto público o de corrupción electoral, se organiza, crece y se levanta”.

Esta juventud se proponía *luchar por la justicia social* y estaba *decidida a imponerse*: “ni extremismos de izquierda, ni menos de derechas podrán desviarla en su camino”⁵¹. Rescataban que su acción se enmarcara en el Partido Conservador, “bajo cuya vieja y renovada

ni su veneración por el virtuoso Presidente, fueron capaces de mantenerlo en el poder ni devolverlo al ejercicio del mando que le fuera inicuaamente arrebatado”. *Ibíd.*, p. 15.

⁴⁸ Bernardo Leighton, uno de los líderes de la juventud católica universitaria, ya había ingresado en 1931 a la Asamblea de Propaganda Conservadora, creando desde allí lo que años después sería el núcleo del Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora (MNJC).

⁴⁹ Grayson. *Op. cit.*, p. 119.

⁵⁰ Grayson. *Op. cit.*, pp. 119-120, 129.

⁵¹ Discurso de Eduardo Frei por la radio de “El Diario Ilustrado”. Publicado en *El Diario Ilustrado*, viernes 11 de octubre de 1935, p. 16.

tienda queremos realizar nosotros la interpretación chilena del ciudadano cristiano”⁵². Los conservadores habían logrado finalmente encontrar una fórmula que prometía reposicionarlos en la arena política y recuperar su viejo liderazgo. En su discurso en la asamblea inaugural, Horacio Walker subrayaba que “ante los estragos del materialismo individualista y del materialismo marxista, levantamos como bandera el espiritualismo católico”⁵³. En la concentración fueron aprobados los estatutos de la Juventud Conservadora, los que fueron ratificados por la Junta Ejecutiva del PCC. El artículo primero establecía la creación de “...una organización general de la juventud conservadora de Chile, dependiente de la Junta Ejecutiva del Partido Conservador, cuyo objeto es la formación de los jóvenes que a ella pertenezcan y la difusión de los ideales del Partido Conservador, por medio del estudio, la acción y la propaganda en centros organizados”. En lo demás, “la acción política de los jóvenes debería “efectuarse dentro de los organismos oficiales del Partido Conservador”⁵⁴.

Al clausurar la convención, Eduardo Frei subrayó el carácter distintivo de la nueva juventud, su carácter autónomo y los ánimos renovadores que imprimían al viejo partido:

“Esta juventud que tenía un pensamiento llegó hasta el Partido lealmente. Llegó hasta los jefes y les expuso clara, nítidamente su manera de pensar, sin reticencias, sin medias tintas. Ella tenía una mentalidad nueva, ansias incontenibles. Y fue recibida en estas condiciones. Ni una sola de sus ideas fue despreciada. Era un aporte. El Partido Conservador supo comprender la hora que vivía y el sople renovador no le cogió de sorpresa, antes bien formó una sola fuerza en que se aúnan la experiencia con la intrepidez, donde se conserva lo sustancial, donde se corta fría y duramente si es preciso lo caduco”⁵⁵.

Los conservadores habían dado un gran paso hacia la modernización de su orgánica, orientando su estructura a la nueva realidad social. Durante el año siguiente, los principales dirigentes del MNJC se abocaron a la consolidación del movimiento y para ello se trasladaron hacia las provincias.⁵⁶ Ese mismo año el Movimiento tomó el nombre de Falange

⁵² Discurso de Bernardo Leighton, presidente del comité organizador en la asamblea inaugural de la Convención de la juventud conservadora. Publicado por *El Diario Ilustrado*, sábado 12 de octubre de 1935, p. 18.

⁵³ Discurso de Horacio Walker Larraín, presidente del Partido Conservador, pronunciado en la asamblea inaugural de la Convención de la Juventud Conservadora. *El Diario Ilustrado*, sábado 12 de octubre de 1935, p. 17.

⁵⁴ Convención Ordinaria del Partido Conservador. Concepción, del 30 al 31 de octubre de 1937. Imprenta El Imparcial, Santiago, 1937, pp. 7 y 8.

⁵⁵ Bascuñán. Op. cit., p. 47.

⁵⁶ “Mientras Frei se hallaba ocupado en Iquique, Tomic y Juan de Dios Carmona trabajaban en Antofagasta. Ricardo Valenzuela que había abandonado recientemente el Partido Popular Corporativo, llevaba la bandera del Movimiento a

Nacional, una vez que Ignacio Palma fue elegido presidente de la organización⁵⁷. El trabajo organizativo desplegado durante 1936 dio sus frutos y para 1937 la Juventud “se convirtió en una entidad diferenciada del Partido Conservador”⁵⁸.

De acuerdo a Grayson, cuatro hechos marcaron su consolidación como fuerza política autónoma: el nombramiento de Leighton como ministro del Trabajo, la elección de Manuel Garretón como diputado, el éxito masivo de su convención de ese año que logró reunir más de 10 mil militantes en el Teatro Caupolicán y la transformación del Movimiento en Falange. Con el éxito de la convención, los falangistas “sintieron probada su capacidad de movilización, así como con las elecciones de marzo habían demostrado su capacidad de convocatoria”⁵⁹. También ese año otros seis diputados se sumaron extraoficialmente al Movimiento. Para entonces corrían los rumores sobre supuestas fricciones entre el Partido y su Juventud, los que Horacio Walker se encargó de acallar durante la convención. Y aunque esta terminó con *tono conciliador*, lo cierto es que “el movimiento ya no era un puñado de estudiantes, dedicados a dar a los conservadores un revestimiento juvenil. La Juventud era ahora ella misma una fuerte fuerza política”⁶⁰.

Ese año se abrió también la competencia para la elecciones presidenciales de 1938, y el 12 de diciembre de 1937 la Juventud propuso una quina de candidatos, abriendo oficialmente el proceso decisional de la derecha⁶¹. Ninguno de los candidatos propuestos era militante conservador. Esta fue la respuesta de los falangistas frente una posible candidatura de Gustavo

Rengo; Sánchez y Garretón concentraron sus esfuerzos en Santiago; Ricardo Boizard organizó un Centro de la Juventud en Talca; y Leopoldo Sabelle reclutaba miembros en Malleco. Otros, como Leighton y Palma viajaban de uno a otro extremo del país para difundir el movimiento. Como varios Centros de la Juventud Conservadora echaban raíces, se hizo visible una estructura organizativa”. Grayson, op. cit., p.135.

⁵⁷ La militarización del movimiento se decidió por los permanentes choques entre fascistas y juventud social cristiana. Pese a que el plan era ambicioso, nunca logró concretarse cabalmente en la realidad. Grayson indica que “Los uniformes desaparecieron tan rápido como habían aparecido. El emblema, una flecha roja cruzada por dos barras, representa en único rastro de la filtración de la Falange en el militarismo”. *Ibíd.*, p. 147.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 139.

⁵⁹ Moulán y Torres. Op. cit., p. 70.

⁶⁰ Grayson. Op. cit., p. 144.

⁶¹ “La Juventud presentó los nombres de cinco figuras, cinco altamente respetados políticos, a quienes consideraban capaces de conducir a la derecha en las próximas elecciones presidenciales. Por encima de todo, estos hombres habían demostrado perspectivas progresistas en lo referente a la cuestión social. Ellos eran Jorge Matte Gormaz, Máximo Valdés Fontecilla, Guillermo Edwards Matte, Jaime Larráin García Moreno y Francisco Garcés Gana. Al presentar a este grupo, las tensas relaciones entre los dos grupos se manifestaron a la vista de todo el mundo”. *Ibíd.*, p. 149.

Ross, el ministro de Hacienda que “representaba el ideal del liberalismo manchesteriano de raíz individualista, en vez del ideario socialcristiano de raíz comunitaria”⁶². La Falange apostaba a una candidatura que convocara en torno a un proyecto nacional⁶³, pero los resultados de las parlamentarias de ese año habían dado a los conservadores una visión triunfalista del proceso electoral que se iniciaba. En efecto, la derecha había logrado el control del congreso hasta el año 1941, independiente de cuáles fueran los resultados de las presidenciales.

La coyuntura propició argumentos para los sectores que desde el interior del PCC miraban con cada vez más recelo el éxito político de la Falange. Al interior del partido se habían conformado nuevos grupos: Acción Política, dirigida por Lindor Pérez y Elías Errázuriz, y la Juventud Conservadora, liderada por Sergio Fernández. Ambas agrupaciones tenían como principal objetivo desplazar a la Falange de las filas conservadoras. Rafael Luis Gumucio escribió: “La estrella ascendente de la Juventud Falangista era considerada como un peligro que pronto tomaría posesión del partido. Las ideas sociales proclamadas con valiente claridad, sonaban como notas escandalosas en los oídos acostumbrados al individualismo”⁶⁴.

Finalmente, los partidos de derecha acordaron realizar una convención, fijada el 23 de abril de 1938, para nombrar a su candidato. Liberales y demócratas establecieron los porcentajes de representación de la convención: 420 votos para liberales y conservadores, 140 votos para los demócratas y 350 votos para los independientes. La Juventud sólo recibió 15 votos de los conservadores. Ross fue elegido con el apoyo de 1.285 votos de los 1.319 delegados⁶⁵. La baja representación de la Juventud se explicaba por los ataques lanzados en contra de Ross y las muestras de independencia de los falangistas. Ese mismo día la Convención Nacional de derechas proclamó oficialmente a Gustavo Ross como candidato presidencial. Cuatro días más tarde, la directiva de la Falange Nacional enviaba una carta a los presidentes provincia-

⁶² Moulian y Torres. Op. cit., p. 69.

⁶³ En la declaración oficial presentada con motivo de la quina presidencial y firmada por el presidente de la Falange, Ignacio Palma, la Juventud estimaba, entre otros puntos, que “deseaba que el problema presidencial fuese planteado en “términos de una solución nacional que evitara una lucha que podía ser enormemente perjudicial para el país; que debía buscarse que el candidato de la derecha constituyera una “garantía de cierta paz social” para que las necesarias transformaciones se realizaran en un ambiente de “armonía social” y para que el futuro presidente respetara “la dignidad humana de amigos y adversarios y los derechos legítimos de todos los chilenos”. Moulian y Torres. Op. cit., p. 70.

⁶⁴ Citado por Grayson. Op. cit., p. 153.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 152.

les dando "... a los falangistas libertad para adoptar personalmente ante el hecho electoral la posición que, en conciencia, estime más conveniente para el país"⁶⁶.

Las diferencias entre la Falange y el Partido Conservador se habían hecho manifiestas antes de la coyuntura electoral, más precisamente desde el inicio del periodo parlamentario. En una carta fechada 15 de diciembre de 1937, la bancada conservadora se dirigía a su presidente, Horacio Walker Larraín, indicando que:

"desde la iniciación del actual periodo legislativo se ha destacado la actitud insólita de un grupo de colegas que llegaron a la Cámara, como representantes del Partido Conservador, y que en el seno de ella, se declaran representantes de la Falange Nacional y de la Juventud Conservadora. Frente a esta actitud, el grueso de la representación parlamentaria del Partido ha agotado, desde que se hicieron presentes las primeras diferencias, sus recursos amistosos para obtener que ella llegara a encuadrarse dentro de las normas, principios y disciplinas tradicionales del Partido, sin coartarles su acción ideológica"⁶⁷.

Los falangistas habían cruzado la barrera que los conservadores podían soportar. Según los mismos diputados "... nada hubiéramos hecho si las actividades del grupo indicado se hubieran mantenido, exclusivamente, en el terreno ideológico, pero, como estas actividades han salido de este terreno y han entrado, francamente en el terreno de la actuación política, como grupo independiente, frente al poder ejecutivo..."⁶⁸.

Algunos días después de la carta que dejaba en libertad de acción a los falangistas, jóvenes del Partido Conservador lanzaron un manifiesto dirigido a la Juventud Conservadora "solicitando su adhesión al principio de respeto a la autoridad, compeliéndola a reconocer filas dentro de la jerarquía del Partido, para mantener la tradición centenaria de esta histórica colectividad política"⁶⁹. La polémica abierta por la Falange fue adquiriendo proporciones mayores en los días y meses que siguieron a la elección de Gustavo Ross como presidenciable de las derechas. Sergio Fernández, líder de la recién formada Juventud Conservadora, soli-

⁶⁶ Convención Ordinaria del Partido Conservador. Concepción, del 30 al 31 de octubre de 1937. Op. cit., p. 3.

⁶⁷ Carta de los diputados conservadores al Presidente del Partido Conservador, Horacio Walker Larraín. Santiago, 15 de diciembre de 1937. La misiva fue firmada por Arturo Gardeweg, Alfredo A. Cerda, Joaquín Prieto, Hernán Somavía, Luis Silva, Carlos Estévez, Gustavo Loyola, Rafael Cifuentes, Ramón Luis Arrau, Sergio Fernández Larraín, Fernando Aldunate, Juan Canessa, Julio Pereira, Carlos Errázuriz, Fernández Vara, Leoncio Toro, Rafael Yrarrázaval y Joaquín Walker.

⁶⁸ Ídem.

⁶⁹ Convención Ordinaria del Partido Conservador. Concepción, del 30 al 31 de octubre de 1937. Op. cit., p. 4.

citaba la “sumisión a las legítimas autoridades del partido”. En su presentación ante la Junta Ejecutiva, firmada por un Comité Provisorio de la Juventud Conservadora⁷⁰, Fernández destacaba que en los inicios del MNJC “los dirigentes del partido vieron con simpatía esta iniciativa y le prestaron su más decidido apoyo”. Y, pese a que era “indudable que la obra del movimiento ha sido beneficiosa por la propaganda que ha realizado, por su penetración en las clases medias y obrera y porque ha contribuido eficazmente a alejar a la juventud del naciismo”, constataba que sus actitudes habían dado pie al divorcio entre los jóvenes y quienes dirigían y controlaban el partido. La presentación de Fernández subrayaba la falta de disciplina de los miembros de la Falange, pues en cuestiones de “política inmediata, como son las elecciones, la juventud quedaba sometida a los acuerdos de los organismos oficiales del partido”⁷¹. Según el Comité, la decisión de la Falange de hacer pública una quina de posibles candidatos estaba todavía dentro del derecho innegable de los conservadores de manifestarse, mientras no existiera una resolución final. Para él “... en la práctica, la quina no tuvo otro efecto que el de que se intensificara la campaña que ya venían haciendo algunos dirigentes de la juventud en contra del que entonces parecía el más posible candidato de las derechas con lo que se proporcionaba a la Izquierda, armas que la prensa de oposición se ha apresurado en aprovechar”⁷².

En su texto, Fernández señalaba cuatro aspectos del rumbo errado que la Falange había impreso al MNJC: en primer lugar, un errado concepto de autonomía, pues si bien “por su naturaleza esta organización es independiente de las autonomías comunales, departamentales y provinciales que reconocen los estatutos generales del Partido Conservador, y depende solamente de la Junta Ejecutiva de dicho partido” era, precisamente esa dependencia de la Junta que destruía cualquier idea de autonomía. También señalaba la “inclusión de elementos extraños al partido”, pues la Falange, al decir de Fernández, consideraba que al Movimiento podían ingresar tanto conservadores como no conservadores, lo que a su juicio violaba los artículos 1º y 2º de su estatuto fundamental, “que establece como requisito indispensable para pertenecer a la Juventud Conservadora el acatar como autoridad máxima la Junta Ejecutiva del Partido Conservador”. En tercer lugar, Fernández apuntaba la peligrosidad de “la constante tendencia de la directiva del Movimiento, a mantener contacto con las

⁷⁰ Este Comité provisorio estaba compuesto por Sergio Fernández como presidente, además de Ricardo Silva González, José Barros Casanueva, Enrique Cañas Flores, Jorge Lyon Edwards, José Luis López Ureta y Gregorio Lizana.

⁷¹ Convención Ordinaria del Partido Conservador. Concepción, del 30 al 31 de octubre de 1937. Op. cit., pp. 6-8.

⁷² *Ibidem*, p. 9.

fuerzas antagónicas del Partido y especialmente con los elementos de izquierda”. Por último, señalaba la peligrosidad del concepto de orden social cristiano que manejaba la Falange y que Mario Góngora había explicitado en un discurso en la segunda concentración de la Juventud Conservadora, bajo el título “Bases espirituales del orden nuevo”. Para Fernández ese trabajo “está lleno de ideas atentatorias a los principios fundamentales del orden social cristiano”⁷³, ya que “la doctrina católica sostiene al efecto que la Iglesia y el Estado, son dos sociedades perfectas, cada cual en su género, ya que ambas tienden, no a un fin particular, sino al fin general del hombre, que es la felicidad”⁷⁴.

Fernández apuntaba a los problemas ocurridos en el Congreso a propósito de las diferencias entre falangistas y el resto de la bancada conservadora en diciembre de 1937 y que se habían trasladado a los municipios, “lo cual indica un principio de disgregación de nuestro partido... que nos ha compelido a hacer un llamado a toda la Juventud Conservadora de Chile a reconocer filas dentro de la jerarquía del Partido, para mantener...la tradición centenaria de nuestra colectividad política”. Fernández concluía con una lapidaria sentencia a la Falange: “el momento es preciso para proceder... al reajuste de la Juventud Conservadora”, ya que su “directiva está desorganizada” y “el confusionismo reina en sus filas”. Sobre la opción de la directiva falangista de dejar a sus militantes en libertad de acción, Fernández minimizaba sus efectos, pues de acuerdo a sus cálculos “el 90% de la Juventud de la Falange es conservadora antes que falangista, y en cuanto al 10% restante –que no es conservadora– no ha estado, ni está, ni estará jamás con el Partido, y en su mayor parte no tiene los requisitos de ciudadano elector”⁷⁵. Fernández contaba con el respaldo de una buena parte del partido.

Finalmente, la Junta Ejecutiva adoptó como resolución que “... todo organismo del Partido, colectivamente, y todo conservador, particularmente, están en la obligación estricta de prestar apoyo al candidato proclamado”. Para la Junta “no sólo se ha contrariado la disciplina del Partido, sino que también se ha contrariado el espíritu, el pensamiento de la

⁷³ Algunos de los puntos destacados por Fernández, a propósito del discurso de Mario Góngora, eran: la afirmación sobre la propiedad colectiva (“... la época presente tiende, indiscutiblemente a dar al derecho de propiedad una forma y un sentido colectivo en su ejercicio y aún en su misma raíz”). Sobre esto Fernández respondía: “Grave error, porque la propiedad está en el fondo de todo o casi todos los problemas políticos, sociales y morales, porque el derecho de propiedad repercute en el orden espiritual, regula las costumbres, en base de la libertad y garantía del orden”. También destacaba la propuesta de Góngora de un Estado laico cristiano, pues “el principio de la Unión de la Iglesia y del Estado constituye una de las bases más sólidas de la doctrina católica”. *Ibidem*, p. 36.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 39.

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 15-18.

casi totalidad de los jóvenes conservadores de Chile, amantes de esta hermosa tradición de respeto a la autoridad, orgullo del conservantismo”⁷⁶. Se agregaba que “los miembros de la Juventud Conservadora no pueden actuar, sino, individualmente y están sujetos como los demás soldados conservadores, a las disposiciones de los Estatutos del Partido... que rigen la referida organización de la cual forma parte y es obvio dada la falta total de experiencia política de sus componentes”. Se señalaba como conclusión “que por lo expuesto y atendida la situación equívoca en que aparecen colocados los dirigentes de la denominada Juventud Conservadora y especialmente algunos que son depositarios de la confianza del Partido... se hace necesaria la inmediata reorganización de esta entidad”⁷⁷. Se dispuso una comisión de cinco personas que debían hacerse cargo de ejecutar esta resolución y luego someterla a la aprobación de la Junta. La comisión debería, además, oír a los representantes de la Juventud. A partir de ello la ruptura fue inevitable. Los falangistas rechazaron la reorganización impuesta y terminaron separándose de sus filas a fines de 1938.

III. Escisión de la Falange y formación de una nueva alternativa de centro

La Falange había demostrado no sólo ser una fuerza autónoma, sino también una fuerza política con la que se hacía necesario negociar. Según Ignacio Walker “para esa fecha (1938) la Falange Nacional había logrado suficiente independencia y madurez para formar un partido, cuya declaración de principios ya había sido bosquejada en la Segunda Convención de la Juventud Conservadora en octubre de 1937”⁷⁸. La apuesta de los falangistas se había basado en un tipo de organización completamente distinta a la lógica pelucona del siglo XIX, que había formado partido entre miembros de la elite, sin necesidad de interactuar con otros actores⁷⁹. La Falange se construyó de acuerdo a una adecuada lectura del momento, que obligaba a centrar la acción política en sectores más amplios de la sociedad. Levantó las ideas del

⁷⁶ Ibidem, p.11.

⁷⁷ Convención Ordinaria del Partido Conservador. Concepción, del 30 al 31 de octubre de 1937. Op. cit., p. 53.

⁷⁸ Mainwaring y Scully, Op. cit., p. 228.

⁷⁹ “Durante todo el siglo XIX Chile permaneció como economía fundamentalmente rural. Es cierto que el país dependía de un enclave minero (cobre y, más tarde, salitre) para gran parte de sus divisas y de los ingresos para el presupuesto nacional; pero los vínculos estrechos que unían a los elementos mineros con las élites terratenientes, más la carencia de una base industrial separada, dejaron a Chile, en el mejor de los casos, de acuerdo con Moore, con una burguesía débil”. Valenzuela, A. *Orígenes y características del sistema de partidos en Chile: proposición para un gobierno*, en Revista de Estudios Públicos n° 58, p. 28.

socialcristianismo en oposición a las salidas de izquierda, al mismo tiempo que construía un proyecto alternativo al liberalismo de la derecha. El crecimiento de los partidos de izquierda, electoralmente competitivos, había modificado el escenario político al brindar respuestas a la crisis social, mientras que los viejos partidos habían quedado atrás sin comprender que esas modificaciones terminarían afectando su propia posición de liderazgo. Durante los años en que la Falange se albergó en el Partido Conservador, este se nutrió de los nuevos impulsos, recuperando posiciones políticas que se reflejaron en un aumento de su votación. Sin duda, durante ese periodo la Falange se desarrolló “como una fuerza modernizante de la Derecha más tradicional incorporando a las ideologías chilenas el pensamiento social y político católico moderno y abundando en una ideología nacionalista y populista de más anchas raíces históricas. Con este bagaje doctrinal, el partido apela, y en gran parte consigue, una base social multiclasiista. Su principal objetivo político es imponer, a través del juego democrático, un modelo de economía y sociedad que, sin ser netamente capitalista, sea antimarxista”⁸⁰.

Para algunos autores las diferencias doctrinarias y divergencias en torno a la cuestión social fueron las que terminaron con la *frágil unidad* de conservadores y falangistas. Sin embargo, estas distinciones estaban presentes desde los inicios y no fueron impedimento para su unión. Para los conservadores el trabajo de la Juventud debía ganar terreno ahí donde ellos no lo habían logrado. El objetivo era convertirse en una alternativa de poder entre las clases medias y trabajadoras. En este sentido, la estrategia de los falangistas rindió frutos asombrosos, pero el temor a traicionar sus propios orígenes hizo que los conservadores se aferraran a sus ideas más fundamentales, evidenciando en ese acto su incapacidad para comprender a esas grandes mayorías que inauguraban el siglo XX. Y si bien no terminaron siendo absorbidos por el nuevo centro cristiano, perdieron su papel protagónico. El divorcio entre falangistas y el partido marcó el inicio del fin de la tienda conservadora⁸¹.

⁸⁰ López Pintor, Rafael, *Los partidos de centro y la alternativa autoritaria; el caso de la DC en Chile*. Revista de Sociología n° 7, 1977, p. 138.

⁸¹ “El surgimiento de la Democracia Cristiana... minó la capacidad de la izquierda para hacer mayores conquistas en los elementos más católicos de la clase obrera. Pero también minó a los partidos de derecha. La grave pérdida de apoyo que sufrieron los históricos partidos Liberal y Conservador, a comienzos de los años 60, los indujo a fusionarse en un partido nuevo: el Partido Nacional, junto con otros pequeños grupos nacionalistas. Con la unión de estos partidos... se dio prioridad a los asuntos de clase, así la Democracia Cristiana consiguió un mayor monopolio de los católicos observantes”. Valenzuela, A., Op. cit., p. 17.

El nuevo partido político cosechó pobres resultados electorales tras su escisión de las filas conservadoras. En los años que siguieron fueron cimentando su fórmula del *camino propio*, evitando caer en cualquiera de los dos polos del sistema político hasta constituirse, ellos mismos, en una alternativa intermedia. Su apuesta en los años cincuenta fue ampliar su base de apoyo disputando el electorado que, por origen de clase, debía necesariamente pender hacia la izquierda, pero sin transar con los otros partidos políticos. Como resultado el sistema político en su conjunto fue tensándose al rigidizar sus posiciones y obligar a definiciones radicales entre las alternativas propuestas.

Bibliografía

- Agulhon, M. y varios autores;** *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*. Fundación Mario Góngora, Santiago, 1992.
- Boizard, Ricardo;** *Hacia el ideal político de una Juventud. Conferencia dictada en la Asamblea Conservadora*. Imprenta Nascimento, Santiago, 1931.
- Carta de los diputados conservadores al Presidente del Partido Conservador, Horacio Walker Larraín.** Santiago, 15 de diciembre de 1937.
- Diario Ilustrado.** Artículos publicados en octubre de 1935 con motivo de la convención de la Juventud Conservadora.
- Fariña, Carmen;** *Notas sobre el pensamiento corporativo de la Juventud Conservadora a través del periódico Lircay (1934-1940)*. Revista de Ciencia Política, vol. IX, n° 1, 1987.
- Garretón, Manuel;** *Nuestro concepto de la política*. Ediciones Lircay, Santiago, 1937.
- Gazmuri, C., Arancibia, P. y Góngora A.;** *Eduardo Frei Montalva (1911-1982)*. Fondo de Cultura Económica, Chile, 1996.
- Grayson, George;** *El Partido Demócrata Cristiano chileno*. Editorial Francisco de Aguirre, Santiago, 1968.
- Gumucio, Rafael L.;** *El deber político*. Imprenta Chile, Santiago, 1933.
- López Pintor, Rafael,** *Los partidos de centro y la alternativa autoritaria; el caso de la DC en Chile*. Revista de Sociología n° 7, 1977.

- Mainwaring, Scott y Scully, Timothy;** *La Democracia Cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral.* Fondo de Cultura Económica, México, 2010.
- Moulian, Tomás y Torres, Isabel;** *Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha entre 1938 y 1946.* FLACSO, Chile, 1987.
- Partido Conservador;** *Convención ordinaria del Partido Conservador, Concepción, 30 al 31 de octubre de 1937.* Imprenta El Imparcial, Santiago, 1937.
- Rojas, J.,** *la dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931).* DIBAM, Santiago, 1993.
- Salazar, Gabriel;** *Historia Contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad y ciudadanía.* LOM, Santiago, 1999.
- Sepúlveda Almarza, Alberto;** *Los años de la Patria Joven: la política chilena entre 1938-1970.* CESOC, Chile, 1996.
- Silva Bascuñán;** *Una experiencia social cristiana (formación de la Falange).* CESOC, Santiago, 2008.
- Valenzuela, A. y Valenzuela, S.;** *Los orígenes de la democracia. Reflexiones teóricas sobre el caso de Chile* en Revista de Estudios Públicos n°12. Disponible en http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_1198.html
- Valenzuela, Arturo;** *Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile* en Revista de Estudios Públicos n°58. Disponible en http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_1163.html

“Una nación de propietarios, no de proletarios”.

La retórica intelectual de la dictadura chilena sobre las clases sociales y la clase media.

Isabel Jara Hinojosa
Universidad de Chile

Acallar las clases sociales para fetichizar la nación

Como lo hicieron otras, la dictadura chilena (1973-1990) echó mano del “culto a la nación” para legitimar discursivamente la reorganización de clases sociales que implicó. Sus reformas económicas, laborales y sociales modificaron profundamente las pautas de la estratificación social chilena. Las habituales modalidades de ascenso social, dependientes del Estado y de la acción colectiva, pasaron a depender de la acción privada, individual o familiar. La eliminación de la representación y organización de las clases, además del traspaso de la fuerza productiva hacia las actividades comercial-exportadoras y financieras, transformó las modalidades de distribución del poder y privilegios (Silva, 2005: 27-34).

Para legitimar tan profunda reestructuración de clases, la dictadura renegó de la existencia misma de las clases, denunció la lucha de clases como disolvente de la unidad nacional y combatió la memoria de la clase obrera. El antimarxismo de los imaginarios militar, nacionalista, corporativista y neoliberal suministraron la teoría y la retórica para ello⁸². De forma que el discurso sobre clases sociales estuvo siempre subordinado y acallado por el “culto a la nación”, oscilando –en la reflexión intelectual– entre una retórica⁸³ más explícita y otra latente bajo los principios del nuevo modelo social.

⁸² Pese a la mayor indecisión ideológica de los primeros años y al intento del Dictador por desconocer el peso ideológico de los civiles: “Somos nacionalistas ciento por ciento. Primero la patria. El nuevo Gobierno no es corporativista, ni demócratacristiano ni socialdemócrata. Se puede decir que de todas las líneas hemos tomado la mejor, pero no pretendemos tampoco crear un nuevo sistema. Iremos resolviendo los problemas que se nos presenten, según nuestros lineamientos”. Tal fue la respuesta de Pinochet a la pregunta “¿Cuáles son los principios doctrinarios?”. *Qué Pasa* n° 127, 09 de septiembre de 1973, p. 7.

⁸³ En una definición simplemente operativa, la retórica se trata de las formas de uso del lenguaje –significantes o soportes–, según un objetivo persuasivo o estético, aparte del comunicativo. En suma, capacidad de servirse del lenguaje para convencer (Marchese y Forradellas, 1989:348-349)

Retórica manifiesta.

Al nivel de la declaración pública, se expresó abierta y repetidamente que, dado que “la unidad nacional” era el objetivo máspreciado del nuevo gobierno, se rechazaba “toda concepción que suponga y fomente un antagonismo irreductible entre las clases sociales” (Declaración de Principios, 1974: 18). Esta última concepción pertenecía a los marxistas, en primer lugar, pero también a aquellos que, considerándose demócratas, “impulsaron la demagogia y la lucha de clases, abriendo las puertas a la tragedia de 1970” (El Presidente Augusto Pinochet..., 1975: 32). Para desconocer las clases sociales desde una perspectiva histórica, se invocó que Chile tenía “una larga tradición de organización social, que se remonta a su origen hispánico” y que era imperioso “restituir a los Municipios el papel trascendental e insustituible que les corresponde como vehículo de organización social” (Declaración de Principios, 1974: 29). Para desterrarlas del debate cultural, se argumentaba que se debía velar porque “la cultura jamás sirva de pretexto para atentar contra la tradición, unidad e identidad patrias” (Objetivo Nacional del Gobierno de Chile, 1975: 47). Para suplantar el modelo social clasista se propuso “una sociedad tecnificada, en que la palabra de los que saben prevalezca por sobre las consignas, y de una sociedad de verdadera participación, en que la voz del pueblo organizado emerja sin desfiguraciones partidistas y sin mezquindades que la empobrezcan. Nuestra democracia será entonces orgánica, social y de participación” (Declaración de Principios, 1974: 32).

Por su parte, la argumentación desarrollada a nivel doctrinario no generó un acuerdo total sobre un ‘qué hacer’ con las clases sociales: si desconocerlas, validar su existencia o reclamar la identificación con alguna. Es verdad que la heterogeneidad ideológica del régimen, la indefinición programática de los primeros años y los compromisos con los diversos grupos sociales de apoyo⁸⁴ no facilitaron las definiciones. Más bien fomentó la polémica o la imprecisión.

Por ejemplo, el nacionalista Arturo Fontaine Aldunate representó a los que repudiaban la existencia de clases, más por estorbo a la unidad nacional que por razones socioeconómicas:

⁸⁴ Tales como industriales, pequeños y medianos agricultores, comerciantes, colegios profesionales y algunos sectores trabajadores (Manzano, 2005: 107).

“El nacionalismo no es “desarrollista”, en el sentido de que adapte sus pensamientos y estrategias al solo propósito de desarrollo. En cuanto a este último, es un postulado de la justicia social al mismo tiempo que un imperativo de la existencia del país, y habrá de constituir una finalidad; pero nada está más lejos de los nacionalistas que imaginar un solo modelo de expansión nacional o un paquete uniforme de conquistas materiales a tantos dólares per cápita, como escalas obligadas del crecimiento nacional” (...) “Aparte de insistir en que el nacionalismo afirma y defiende a la globalidad de la nación y que es por tanto fundamentalmente anticlasista, debe agregarse que se trata de una creatura política del siglo XX” (Aldunate, 1974: 242-243).

En cambio, el sacerdote Osvaldo Lira representó a quienes, con los argumentos del tradicionalismo corporativista, hablaban de estamentos en vez de clases y repudiaban la lucha de clases pero defendían la desigualdad de clases:

“... deberán existir dentro del Estado no sólo de nombre sino efectivamente toda una amplia gama de sociedades subalternas que pueden ser tanto de índole existencial como de naturaleza funcional u operativa. Las que pertenecen a la primera clase son la familia, el municipio y la región, mientras que las que representan a la clase profesional u operativa son los gremios y corporaciones en el sentido amplísimo de la palabras, o todavía, lo que los tradicionalistas españoles denominan *estamentos sociales*.” (...) “Y es evidente que la lucha de clases en sí considerada, así como el resultado que teóricamente se persigue por medio de ella, es decir, la supresión misma de las clases, debe ser considerada en su totalidad como una pura y simple abominación. Hoy día, en que se esgrimen diversos tipos de argumentos –cada cual más estúpido– contra la existencia misma de las clases, estamos obligados gravemente a proclamar la obligatoriedad y la imprescindibilidad de su existencia. La cuestión es que al concepto de clase social se le conceda una significación cualitativa o funcional, y no una aceptación económica o meramente crematística, como se suele hacer hoy día, contrariando declaradamente las indicaciones expresas de Pío XI en la *Quadragesimo Anno*. Las clases sociales no podrán faltar nunca en una sociedad civil bien organizada, y si se les suprime en nombre de quién sabe qué propósitos inconfesables, se corre el riesgo de suprimir la propia nacionalidad” (Lira, 1974: 32-22).

Claramente, según el Padre Lira, las clases –asimilados a estamentos en su teoría– eran uno de los fundamentos y no de los disgregadores de la nación. Lo peligroso era la lucha, en vez del concierto, de esas corporaciones. Pero, como es sabido, estos razonamientos no prevalecieron ni teórica ni divulgativamente, como tampoco prevalecieron los postulados

corporativistas en la nueva economía y sociedad. El corporativismo, al igual que el nacionalismo, se adaptó al modelo libremercadista.

En efecto, como gran ideólogo del régimen y discípulo del Padre Lira, Jaime Guzmán consolidó y divulgó la filosofía anticlasista desde un Tomismo matizado, reconociendo las clases pero abominando de la lucha entre ellas. Por ejemplo, a sus alumnos de Derecho enseñaba la teoría tomista de la sociedad⁸⁵ a la vez que desacreditaba la marxista arguyendo, entre otras cosas, que “se ha perdido la vigencia de la clasificación de las clases según los medios de producción, porque hoy existen infinitas clases socioeconómicas”. Para él, el marxismo era “una filosofía atea y una herejía cristiana. Contradice total e íntegramente al Cristianismo y trata de invertir sus valores. Los males de la sociedad vienen del pecado original...Marx reemplaza el pecado original por la sociedad de clases” (Rojas, Achurra, Dusailant, 1996: 75).

Así, considerando que el antimarxismo predispuso a la dictadura contra las clases, su reconocimiento explícito tendió a ocurrir en la polémica ideológica. Frecuentemente, para denostar la lucha de clases y, ocasionalmente, para discutir su existencia o su posible fundamentación del régimen. De manera que sólo esta disquisición teórica las convocó abiertamente, ya como factor negativo, efectivo o positivo de la nación.

Naturalmente, tratándose de un discurso intelectual, dominaron las explicaciones lógicas, las demostraciones filosóficas, históricas, jurídicas o sociológicas y el subtexto del análisis profesional, todos los cuales aportaron un tono de certeza e irrefutabilidad. Sin embargo, también se aprovechó la afirmación no verificada pero posible, típica de la perorata ideológica o del ejercicio ensayístico. Sin ir más lejos, declararse anti-clasista en defensa de la nación, identificar las clases contemporáneas con los estamentos de Antiguo Régimen o patrocinarlas como “sociedades subalternas funcionales” se sustentaba más en sobreentendidos teóricos que en evidencia documentada⁸⁶. La dialéctica de la inferencia y la analogía, propia del argumento centrado en el conocimiento, encubrió tales presunciones.

⁸⁵ Aunque no compartía ya el acento corporativista que Lira imprimía a las sociedades intermedias tomasinas. Como decía a sus alumnos entre 1981-1991: “La falacia de José Antonio de que los gremios son entidades naturales que unen mientras los partidos son agrupaciones artificiales que dividen, sigue siendo invocada para propiciar un régimen corporativo, en que las autoridades políticas se generen a partir de los gremios y no del sufragio universal. En Chile la hemos escuchado últimamente con majadería”. (Rojas, Achurra, Dusailant, 1996: 142).

⁸⁶ Sobreentendidos generalmente provenientes del Tomismo y del Tradicionalismo español, que influyó tanto en la filosofía conservadora como en la historiografía hispanista de Chile (Jara, 2006).

Retórica oculta

Fuera de su presencia manifiesta en declaraciones o reflexiones teóricas, un eco de las clases sociales también se oyó –más débil y lejano– cuando el general Pinochet aludió a los empresarios y trabajadores en sus discursos públicos. Efectivamente, no los abordó como clases sino que como actores sociales a quienes se les establecían nuevos papeles, con escasas adjetivaciones: casi no las hubo para los empresarios, a quienes se llamó a “anteponer los fines colectivos a los propios” para insertarse “en las políticas del gobierno”. Dentro esta supeditación a las tareas generales, se los perfiló con cierta independencia por cuanto manejaban los medios para cumplirlas. En cambio, a los trabajadores se les calificó en ciertas ocasiones, pero sin adjetivos especiales sino que con los mismos destinados a otros actores (“capacidad, hombría, patriotismo, honestidad”). Eso sí, se les achacó haber sido “engañados” en el pasado, pero que en el presente habrían condiciones para que retomaran el deber que les correspondía, lo cual no suponía una participación activa sino que el acatamiento de los fines gubernamentales. Con todo, no se los invocaba con apremio ya que las amenazas se reservaban para los “malos chilenos” (los políticos) y para los “no-chilenos” (marxistas) (Munizaga, 1983: 49-51). Lógicamente, ni empresarios ni trabajadores aparecieron como expresión de contradicciones o desigualdad social pues el gobierno sólo diferenciaba (discursivamente) a los chilenos según su patriotismo y no según su clase y porque, sutilmente, se justificaba la desigualdad al decir después que el éxito económico era un bien social que “chorreaba” riqueza hacia los pobres.

Por otra parte, el eco de las clases sociales resonó cuando se explicó algunos de los fundamentos morales, sociales y económicos del nuevo régimen. En primer lugar, su huella puede rastrearse en el silenciamiento de la diferencia social mediante argumentos asentados en el campo –aparentemente incontestable– de la ética, la tradición y la necesidad. La restauración de una “antropología” cristiana mediante la combinación de tales elementos, incluso constitucionalmente establecida, exigiría el olvido de la desigualdad social:

“La nueva Constitución Política fortalecerá y destacará el imperio de los valores esenciales de la chilenidad y cuidará de preservar la identidad histórico-cultural de la Patria... La estructura constitucional descansará en la concepción humanista cristiana del hombre y de la sociedad, que es la que responde al íntimo sentir de nuestro pueblo, y según la cual la dignidad del ser humano, su libertad y derechos fundamentales, son anteriores al ordenamiento jurídico, el que debe prestarles segura y eficaz protección. La Constitución deberá

propender a una efectiva integración de todas las fuerzas vitales de la Nación, a fin de que, inspiradas en un sentido de unidad y solidaridad nacionales, *por encima de rencores, intereses y divisiones*, contribuyan al desarrollo y progreso de la comunidad” (Metas y Objetivos, 1976: 9-10)⁸⁷

Ciertamente, historia, religión e identidad constituían el terreno de lo esencial y genuino (espacio simbólico donde esperaba enraizar el régimen), frente al artificial y postizo de las divisiones y pugnas sociales (el lugar de los marxistas y la oposición), las cuales adquirirían ribetes casi inmorales ya que carcomía la unión y la solidaridad.

En tercer lugar, fue común el uso de alegorías valóricas y sentimentales que buscaban el olvido de las identidades de clase reivindicando la emoción y la vivencia más cercana de la familia. De allí que la metáfora de la sociedad como familia (y la exaltación de la familia tradicional) fuera una estrategia habitual en las declaraciones públicas a todo nivel:

“Una familia nacional debe estar animada por el respeto recíproco, por el afecto sincero y operante que lleva la ayuda fraterna y constante, a la responsabilidad por el débil y desvalido, al esfuerzo tenaz y sacrificado para que todos tengan paz, seguridad, salud y bienestar. Ningún chileno puede quedar indiferente ante la pobreza o el subdesarrollo que afecta a muchos hermanos nuestros; en una familia, cuando sufre uno de sus miembros, todos sufren y se preocupan de él. En una familia todos cooperan con su aporte personal al bien de todos. Cada uno tiene algo que aportar; cada uno tiene derecho al bienestar y a la felicidad; cada uno tiene el deber de obtenerla para los demás” (Ministerio del Interior, 1974: 5).

Pareciera que no sólo se equiparaba el país al hogar – en una suerte de argumento ligado al *pathos*⁸⁸– sino que a un cuerpo casi orgánico donde cada miembro debía cumplir su función sin poner en peligro la salud de la totalidad. No resulta extraño, pues, que, en vez del país dividido de la Unidad Popular (1970-1973), de la supuesta concepción social atomizante del liberalismo y de la concepción social cismática del marxismo, se perfilara una noción de comunidad orgánica en la que pulsaba la concepción social corporativista antes mencionada.

⁸⁷ Preparado por los profesores Eduardo Soto y Gustavo Fiamma. La redacción original provino de la Comisión de Reforma Constitucional, formada por Enrique Ortúzar Escobar, Pdte., Sergio Diez Urzúa, Enrique Evans de la Cuadra, Jaime Guzmán Errázuriz, Gustavo Lorca Rojas, Jorge Ovalle Quiroz, Alejandro Silva Bacuña y Rafael Eyzaguirre Echeverría, secretario. Cursivas mías.

⁸⁸ Uno de los modos persuasivos de la retórica aristoteliana, que interpela al oyente con elementos fundamentalmente emocionales, generando efectos dramáticos, sentimientos de piedad o temor (Marchese y Forradellas, 1989: 313).

Naturalmente, para que su llamado penetrara la sensibilidad de la población chilena al punto de que pasara por alto la represión, la deposición de sus demandas gremiales y la reestructuración de clases, el Gobierno debía (además de hacerse temer) ligarse a un fin incontrarrestable, de orden moral a la vez que jurídico. Debía argüir un tipo de raciocinio ligado al *ethos*⁸⁹, que sustituyera la persecución política vivida por un grupo y la cesantía o desprotección social vivida por la mayoría, por la enunciación de un valor superior, oída y leída por todos. Es más, debía argüir un tipo de raciocinio que identificara el *ethos* del régimen con un valor en sí mismo. Y esto lo permitió la continua apelación al bien común:

“El fin del Estado es el bien común general... El bien común, pues, no es el bien del Estado. Tampoco es el bien de la mayoría, y mucho menos es el de una minoría... El bien común se orienta a posibilitar la obtención de los bienes individuales de los hombres, pero no de algunos de estos, sea mayoría o minoría, sino de todos y cada uno de ellos. De ahí que el bien común sea un objetivo que nunca pueda alcanzarse plenamente, como tampoco puede lograrse la perfección personal absoluta. Pero señala al Estado una meta hacia la cual debe acercarse en la mayor medida en que las circunstancias lo permitan. Constituye un permanente desafío para el Estado, en orden a tender constantemente hacia el objetivo perseguido, aunque su estable plenitud se escape siempre por la imperfección humana” (Metas y Objetivos, 1976: 20-21).

Articulada con las anteriores, compareció la retórica de las ideas neoliberales del régimen, afincadas en torno a los principios de subsidiariedad y propiedad privada, apelando no sólo a la razón sino también al efecto sensitivo (incluso visual) de las palabras:

“El respeto al principio de subsidiariedad representa la clave de la vigencia de una sociedad auténticamente libertaria. Casi podría decirse que es el barómetro principal para medir el grado de libertad de una estructura social... El estatismo en general, en cambio, una sociedad gris, uniforme, sometida y sin horizontes (...) El respeto al principio de subsidiariedad supone la aceptación del derecho de propiedad privada y de la libre iniciativa en el campo económico...” (...) “... corresponde arbitrar los medios para que el derecho de propiedad privada sea una realidad para todos los chilenos, favoreciendo su efectiva difusión en todos los estratos sociales. Se trata de hacer de Chile una nación de propietarios y no de proletarios” (Declaración de Principios, 1974: 13; Metas y Objetivos, 1976: 22-23).

⁸⁹ Modo retórico aristoteliano, de carácter moral y afectivo, en un grado moderado de emoción, que generalmente apunta a la identidad propia del hablante (Marchese y Forradellas, 1989:154)

El color “gris” y el efecto de chatura y monotonía implícito en las palabras “uniformidad, sometimiento y sin horizontes”, aportaban impresión sensible al discurso antiestatista. Por contraposición, la sociedad liberal se insinuaba como una paleta colorida y podía “sentirse” como la libertad. Aunque el postulado mismo perteneciera sin duda al *logos*⁹⁰, y aunque abordara el fundamento económico del nuevo orden social, curiosamente se acompañaba de significantes que lo virtualizaban en el terreno de la percepción sensorial.

En fin, una retórica oculta de las clases palpó en la exposición de los preceptos éticos, sociales y económicos del gobierno, enriqueciendo sutilmente sus enunciados lógicos con recursos emocionales e incluso sensuales.

Amansar las clases populares, sub-representar la clase alta y “desproletarizar” la clase media.

Aparentemente, fue más clara la retórica oculta sobre las clases populares que sobre las otras, al menos en su discurso cultural. Esto, por su insistente reivindicación del folclor, que conectaba indirectamente con la cultura popular tradicional⁹¹. Pero esto no solo significó el rescate de una herencia campesina depurada, sino que la omisión de la memoria obrera. El silenciamiento de ésta fue coherente con el antimarxismo pero también con el empequeñecimiento práctico y simbólico de la clase trabajadora en general, por efecto de las reformas económicas y laborales. Y es que si bien no decayó su peso en el empleo, sí decayó su participación en rubros productivos tradicionales en favor del sector terciario, además del crecimiento del empleo precario e informal. También aumentó su distancia salarial con las otras clases, así como la brecha interna por efecto de su diversidad. De allí que, fuera de compartir determinadas demandas, se debilitó su (auto)reconocimiento de clase (Manzano, 2005: 217-218).

Las clases altas aparecieron de soslayo, de preferencia cuando la historiografía oficial las evocaba vagamente al hablar de los antiguos grupos dirigentes (a los que nacionalistas y militares agregaban algún héroe mesocrático o popular) o cuando la literatura conservadora evocaba patrones protectores. Esta sub-representación cultural, irónicamente, fue quizás una compensación por la sobre-representación económica y social de la elite como resultado de

⁹⁰ Modo retórico que apunta al mensaje mismo con argumentos de orden racional, especialmente de semejanza y deductivos.

⁹¹ Y como se promovió un folclor despojado de picardía, de ligazón con el sujeto real y de cualquier enlace con la perspectiva clasista, el sujeto popular implícitamente previsto era uno “caballero” y sin identidad de clase. (Donoso, 2008: 125).

las reformas estructurales. Encabezaba por un empresariado crecido en cantidad y transformado en su composición y liderazgo (que pasaba de los industriales nacionales a los propietarios de instituciones financieras y exportadores) en conjunto las clases altas ostentaban mayor capacidad de acumulación (Manzano, 2005:207-208). Entonces, tal vez resultaba innecesario o incómodo orientar un discurso cultural hacia el grupo de poder que compartía con la jerarquía militar los beneficios del nuevo régimen político.

Por último, tanto o más imprecisa fue la invocación de las clases medias, tan espinosas para el populismo pro-“roto chileno” como para el conservantismo pro-élite. Posiblemente, no era fácil representar a una clase heterogénea, tan afectada por las políticas gubernamentales y en plena recomposición, pero, cuando se hacía, solía destacarse su respetabilidad, trabajo y defensa de la propiedad privada⁹².

No hay que olvidar que, dentro de la clase media asalariada, el sector más golpeado fue el tradicional sector público, como también el vinculado a fomento o producción. Se generaron nuevos empleos en el área privada, especialmente en el campo financiero y comercial, que pudieron aprovechar los profesionales y técnicos más calificados. Por su parte, la clase media independiente continuó su decadencia en áreas productivas, de transporte, de servicios personales y comerciales, pero el viejo comercio minorista fue singularmente perjudicado con la apertura de mercados y de grandes centros comerciales. En suma, por su pérdida de filiación estatal y su estancamiento relativo en el empleo, los grupos medios experimentaron una alteración profunda en sus tradicionales formas de movilidad social –educación gratuita, carrera laboral en el servicio público y participación política-, y el agotamiento de sus tradicionales surtidores de identidad (Manzano, 2005: 187-188). Siendo ya de orígenes distintos, su diversificación laboral y simbólica fue mayor (Silva, 2005: 35-54).

En correlato a este desdibujamiento sociológico, económico y de efectividad política, la clase media resultó igualmente débil dentro o fuera del discurso cultural. Sólo compareció en algunos análisis retrospectivos o en las eternas discusiones sobre la identidad chilena. Por ejemplo, las teorizaciones históricas del nacionalista Sergio Miranda Carrington pudieron representar a quienes vinculaban al nacionalismo europeo con las clases medias y, así, extendían dicho vínculo, sutil e indirectamente, al régimen:

⁹² Especialmente en la literatura denunciativa de la UP, como, por ejemplo, Donoso, Teresa, *La epopeya de las ollas vacías*. EBGM, 1974.

“Es lícito hablar de una influencia clasista en el fascismo, puesto que en él era patente el vigoroso impulso de las clases medias no resignadas a soportar el predominio político de los poseedores del dinero ni a dejarse absorber en el resentimiento proletario. El fascismo italiano, como la casi totalidad del nacionalismo europeo, es un movimiento no proletario ni oligárquico, sino de clases medias con conciencia histórica que, por lo mismo, no buscaban el exterminio sino la dignificación e incorporación de las otras, principalmente tras el logro de grandes objetivos nacionales e internacionales” (Miranda, 1974: 91).

¿Será que algunos intelectuales del gobierno esperaban una proximidad especial con la clase media? No puede asegurarse pero tampoco puede negarse que, dentro del silenciamiento general de las clases sociales, hubo algunos esfuerzos puntuales por reivindicar la identidad mesocrática de la patria. No en vano autores como Enrique Lafourcade (no un intelectual orgánico pero sí un simpatizante inicial⁹³) discutieron el arquetipo del “roto chileno”. En 1976, este escribió que el roto “no es la esencia del chileno. Nunca lo ha sido. Quizás ya sea tiempo de buscar otro arquetipo humano, un campesino fuerte, sereno, cortés y limpio; un obrero con todos sus dientes, con camisa blanca, con zapatos. Somos más clase media que lumpen proletariat. Clase media de más altos o de más bajos ingresos, pero clase media con trabajo estable, con residencia permanente, con valores éticos, políticos, sociales” (Lafourcade, 1976: p.3).

Con que, si bien la retórica de la clase media resultó peculiarmente ocluida, de todos modos contó con intelectuales preocupados por situar a la dictadura a equidistancia del burgués y del obrero. Por otra parte, tal vez la utopía prometida de “una nación de propietarios, no de proletarios”, suponía desplazar simbólicamente a la clase media desde el polo del trabajo hacia el polo del capital.

Conclusión provisional

Todo gobierno suele argumentar que administra en favor de todos, aunque sus políticas beneficien a unos grupos sobre otros. Para mantener dicho mito, la retórica intelectual de la dictadura chilena no sólo eludió la identificación explícita con una clase social, sino que elu-

⁹³ Fue amigo personal, entre otros, de Enrique Campos Menéndez, primer Asesor Cultural de la Junta de Gobierno y director de la Biblioteca Nacional, pero su libro *El gran taimado* (1984) molestó al gobierno y fue requisado (García, 2012: 52).

dió el tema mismo de las clases, salvo para desacreditar los axiomas marxistas. Sin embargo, no logró borrar sus presupuestos sobre ellas.

Así pues, sometidos por el “culto a la nación”, esos evasivos supuestos afloraron abiertamente en las deliberaciones teóricas a la vez que operaron soterradamente en la exposición de los principios del nuevo modelo. En el primer caso, para criticar la lucha de clases y para desterrar su influencia como fuentes de identidad. En el segundo caso, para hacer más convincentes los preceptos éticos, sociales o económicos del gobierno mediante el expediente afectivo y sensible. Esta retórica oculta movilizó recursos para apaciguar a las clases populares y desligarla de la clase obrera, para sub-representar a la clase alta y para transferir las lealtades de la clase media desde el mundo del trabajo hacia el del propietario.

Probablemente, la retórica sobre las clases fue nebulosa y dispersa no sólo porque el anti-marxismo obligaba a desconocerlas sino por la variedad de intereses de grupo y de clase que su constructo ideológico debió contentar. También puede haberlo sido por los cambios generados en las clases sociales por la desprotección del mercado laboral y la privatización del sistema de pensiones, de salud, vivienda y educación, cuyos resultados no estaban claros. No se hacía fácil representar unas clases cuyas bases, articulaciones, identidades y estatus estaban siendo modificados de raíz. Menos lo era representar una clase media en plena reconstrucción sobre las ruinas de la administración pública, de la industria y del pequeño comercio nacional, y encabezada por fracciones emergentes del mundo financiero y exportador.

En un experimento tan radical, que deconstruía el orden social vigente en Chile por medio siglo y recomponía la correlación de clases alterada durante la Unidad Popular, se requería una fachada de estabilidad, control y solidez. Por ello, pese al silencio conveniente sobre las clases sociales, la retórica intelectual restante descansó en la alocución metódica y nomotética, el tono razonado y las demostraciones lógicas, sin dejar por ello de colorear lo axiomático o analítico con alusiones estéticas. El enunciado sin prueba y el comprobado quedaban así sutilmente equiparados a la vez que fortalecidos por el sentimiento y la sensibilidad. En cualquier caso, lo más seguro es que esta retórica intelectual fue la fracción residual de un gran e intencionado silencio.

Fuentes y bibliografía

Fuentes documentales:

García, Javier, “*Enrique Lafourcade: el silencio y la soledad del gran agitador de la literatura nacional*”, La Tercera, 8 de abril de 2012, p.52.

Gobierno de Chile. *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*. Santiago: DINACOS, Imp. Esparza y Compañía, 1974.

_____ *El Presidente Augusto Pinochet y la Junta de Gobierno ante la conjura anti-chilena*. Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975.

_____ “**Metas y Objetivos fundamentales para la nueva Constitución de la Republica**” en *Actas constitucionales. Antecedentes y textos actualizados al 20 de marzo de 1977*. Separata del anuario de derecho administrativo. vol. 1 (1975-1976). Ediciones Revista de Derecho Público, Santiago, 1976.

_____ **Objetivo Nacional de Chile: diciembre 1975**. Santiago: Impresora Fildelfia, 1975.

Lafourcade, Enrique, “*No al roto chileno*” en Revista del Domingo de El Mercurio, 18 de enero de 1976, p.3.

Lira, Osvaldo, “*Nación y nacionalismo*” en Arce, Alberto y Enrique Campos Menéndez (comps.), *Pensamiento Nacionalista*. Santiago, ENGM, 1974, pp. 19-66.

Ministerio del Interior. Oficina Nacional de Emergencia/Consejería Nacional de Desarrollo Social. *Las organizaciones comunitarias y la restauración nacional (orientaciones y normas para los funcionarios de terreno de la Consejería Nacional de Desarrollo Social)*, Editora Gabriela Mistral, 1974.

Miranda, Sergio, “**Raíces ideológicas del nacionalismo europeo**” en **Arce, Alberto y Enrique Campos Menéndez (comps.)**, *Pensamiento Nacionalista*. Santiago, ENGM, 1974, pp. 67-142.

Rojas, Gonzalo, Marcela Achurra y Patricio Dussailant (eds), *Derecho político. Apuntes de las clases del profesor Jaime Guzmán Errázuriz*. Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1996.

Bibliografía:

- Donoso, Karen**, *La batalla del folklore*. Tesis para optar al grado académico de Licenciada en Historia. Universidad de Santiago, Santiago, 2008.
- Jara, Isabel**, *De Franco a Pinochet. El proyecto cultural franquista en Chile, 1936-1980*. Colección Teoría 16, Programa de Magíster en Teoría e Historia del Arte, Facultad de Artes Universidad de Chile, 2006.
- Manzano, Liliana**, *Clases y estratos sociales en Chile. Análisis de sus transformaciones durante la dictadura militar*. Santiago, Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, 2005.
- Marchese, Angelo y Joaquín Forradellas**, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona, Editorial Ariel, 1989.
- Munizaga, Giselle**, *El discurso público de Pinochet. Un análisis semiológico*. CLACSO, Buenos Aires, 1983.
- Silva, Betariz**, *La clase media en Chile después de las transformaciones estructurales: una aproximación cualitativa a través del análisis de clase*. Tesis para optar al grado de Socióloga. Santiago, Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, 2005.

Empleados y obreros de El Teniente entre la Unidad Popular y la dictadura militar. Aproximaciones sobre el comportamiento político sindical al interior de la Gran Minería del Cobre (1971-1983)

Sebastián Henríquez Pérez
Programa de Magíster en Historia
Universidad de Chile

La formación del sindicalismo en la Gran Minería del Cobre

El sindicalismo fue una vía de integración social para los trabajadores al consenso del Estado de compromiso que imperó en Chile desde los años treinta hasta el Golpe de Estado de 1973. En la medida en que la negociación sindical se mostró efectiva, la sindicalización fue en aumento, en conjunto con la movilización de estos sectores. Sobre esto, podemos dar cuenta que la afiliación sindical se quintuplicó entre 1930 y 1950, pasando de 50 mil a 300 mil trabajadores sindicalizados⁹⁴. Interpretar esta alza explosiva de afiliados nos hace considerar a los sindicatos como tipos populares de organización, en tanto se posicionaron como asociaciones necesarias y útiles para los trabajadores.

En 1949 se constituye la Confederación de Trabajadores del Cobre⁹⁵, que agrupaba a obreros y empleados de la Gran Minería del Cobre⁹⁶. La movilización sindical protagonizada por la CTC tuvo por objetivo lograr mejoras salariales en relación a los acuerdos entre las mineras norteamericanas y el Estado. En este contexto podemos entender la aprobación en el Parlamento del “Estatuto de los Trabajadores del Cobre” en 1955. Esta medida le otorgó

⁹⁴ Jorge Rojas Flores, Los trabajadores Chilenos, desde la colonia hasta 1973, p. 72. En: www.archivochile.com/Ideas_Autores/rojasf/rojasf0004.pdf

⁹⁵ Desde ahora CTC.

⁹⁶ Para los años 50, la Gran Minería del Cobre comprendía a los yacimientos de “El Teniente”, propiedad de la Kennecott Corporation; Chiquicamata, Potrerillos y El Salvador, todas de propiedad de la Anaconda Copper Comany. Ambas compañías eran norteamericanas. Desde ahora GMC.

un nuevo estatus a este sector, ya que: 1) Reconoció a la CTC como interlocutora legal entre empresas y Estado; 2) Se estableció un sistema de negociación permanente y regular, diferenciado por empresa, cada 15 meses; 3) La huelga era legal si las Juntas de Conciliación, arbitradas por el Ministerio del Trabajo, fracasaban, con lo que el Estado empezó a tener participación directa en todos los conflictos laborales de la GMC. Como afirma Oscar Mac-Clure: “El Estatuto contribuyó a crear condiciones para hacer de la organización sindical en el cobre la más poderosa del país en comparación a las de los trabajadores de otras actividades económicas”⁹⁷.

De esta forma y hacia la década de 1960, tenemos un movimiento sindical fortalecido en términos orgánicos, con estructuras nacionales como la CTC y la CUT; con un progresivo aumento de la sindicalización; legitimado en términos institucionales y efectivo en lo reivindicativo. En este contexto, la CTC fue un actor protagonista: se ubicó en una actividad extractiva estratégica para la economía nacional. Esta característica le otorgó una potente centralidad política si consideramos la fuerte filiación partidista que poseían los trabajadores afiliados. Esta militancia fue mayoritariamente de izquierda, pero la agudización del conflicto político y social a partir de la segunda mitad de los 60 produjo la entrada del Partido Demócrata Cristiano al sindicalismo del cobre.

La huelga de abril-junio de 1973

La movilización social tuvo un progresivo aumento desde el inicio del gobierno demócratacristiano. Los sindicatos protagonizaron este fenómeno, si consideramos el número de huelgas por año que hay en 1964 (1.026 huelgas) en comparación con 1972 (3.037). En la GMC, la movilización sindical vivió su punto más alto bajo la administración de Frei Montalva (1964-1970), registrándose entre 1966 a 1970 la cifra de 242 paros parciales, ocurriendo la mayoría de ellos en El Teniente. Esto tenía una lógica política, en tanto la representación sindical era mayoritariamente opositora al gobierno demócratacristiano⁹⁸. En la elección de directiva de la CTC en 1967, de un total de 11 elegidos, 9 eran de oposición (8 socialistas y 1 comunista), 1 independiente y 1 demócratacristiano. Luego, en la elección de 1969, de un total de 13 elegidos, 12 eran de oposición (7 socialistas, 4 comunistas, 1

⁹⁷ Oscar Mac-Clure, *Sindicalismo en el cobre, nacionalización y autoritarismo*, Universidad Católica de Lovaina, 1985, p. 16.

⁹⁸ Crisóstomo Pizarro, *La Huelga Obrera en Chile: 1890 – 1973*, Santiago, Ediciones SUR, 1986, p. 169.

radical), 1 independiente y 1 demócratacristiano⁹⁹. El contexto estuvo determinado por el alto nivel de politización de estos sectores, reforzado por la discusión y materialización de la llamada “chilenización del cobre”, pero cuando analizamos las huelgas que tuvieron como base “pliegos de peticiones”, los puntos de éstos no eran mayoritariamente políticos¹⁰⁰. Las demandas se referían a temas salariales, modificaciones en las formas de trabajo y/o problemas con los directivos. Dado este escenario, surgen las siguientes preguntas: el sindicalismo de la GMC ¿Comprendió la movilización como un instrumento para lograr mejoras salariales? ¿Cuál era la relación entre partidos y sindicatos? ¿Los primeros fueron meros instrumentos de los segundos para conseguir leyes que los beneficien económicamente? Y en este sentido ¿Podríamos hablar del sindicalismo del cobre como un actor propiamente político?. Las respuestas a estas preguntas las podemos encontrar revisando dos coyunturas que tuvieron a los sindicatos del cobre como actores protagónicos de la vida política nacional.

La huelga de abril de 1973 bajo el gobierno de la Unidad Popular tuvo un carácter muy particular. En primer lugar porque ocurrió bajo un gobierno que había declarado en forma explícita su decisión de favorecer los intereses de los trabajadores y de avanzar en la construcción de una sociedad socialista. Sumado a lo anterior, hay que considerar que la movilización surgió al interior de una empresa que había sido nacionalizada dos años antes, pasando de manos norteamericanas a propiedad estatal. Finalmente, es necesario considerar que a nivel sindical existía una fuerza mayoritariamente oficialista en sus directivas¹⁰¹.

En un comienzo las razones de la huelga fueron estrictamente salariales. La movilización estalló por un desacuerdo sobre la interpretación de la ley de remuneraciones para la GMC de ese año. Según los trabajadores de El Teniente, el reajuste planteado por el gobierno debía considerar también los convenios colectivos internos. El gobierno argumentaba que la situación económica del país no iba acorde a las exigencias de un doble reajuste. Si los trabajadores querían un segundo reajuste, este se debía adecuar a metas de productividad por zona. Este argumento se contextualizaba en la llamada “Batalla por la Producción”, que buscaba controlar la inflación y acabar con el desabastecimiento. Los dirigentes de El

⁹⁹ Jorge Barriá, “Organización y políticas laborales en la Gran Minería del Cobre”, en Ricardo French-Davis y Ernesto Tironi (eds), *El cobre en el desarrollo nacional*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1974. Citado en: Mac-Clure, Op. Cit., p. 36.

¹⁰⁰ Los “pliegos de peticiones” eran petitorios estructurados por los sindicatos en base a demandas estrictamente reivindicativas.

¹⁰¹ Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, *La Caída de Allende y la Huelga de El Teniente*, Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, 1986, p. 11-12

Teniente no dieron su brazo a torcer, y luego de varias negociaciones, la huelga estalló el 18 de abril de 1973.

La coyuntura fue aprovechada por la oposición al gobierno mediante dos formas: forzando y estirando el conflicto mediante la intransigencia de sus dirigentes sindicales y estableciendo redes de solidaridad con los huelguistas, integrando a la movilización diversos colegios profesionales, universitarios y otros sectores sociale¹⁰². De esta forma, la huelga de El Teniente se transformó en un choque de la fuerza social de la izquierda en contra de la oposición al gobierno, la que era bastante heterogénea en cuanto a la forma de enfrentarse a éste. Hubo sectores que desplegaron una estrategia desestabilizadora pro-golpista como el Partido Nacional, y en mayor medida Patria y Libertad; pero también existió un sector más moderado que siguió siendo una oposición institucional al gobierno, como la Democracia Cristiana.

En la medida en que las semanas transcurrieron, el permanente rechazo a las fórmulas propuestas por el gobierno, dejó a los huelguistas abiertamente posicionados frente a la opinión pública y sus compañeros, como actores políticos de la oposición. Esto terminó por aislar a este grupo de dirigentes, ya que el sindicalismo oficialista pudo reordenarse y retomar la iniciativa política. Se logró sacar de la dirigencia sindical a los opositores y se realizaron multitudinarios actos de apoyo al gobierno en la ciudad de Rancagua. El 29 de junio la huelga acabó, con la aceptación de los trabajadores de una fórmula enviada por Allende, que comprendía la entrega de bonos mensuales por productividad, con un piso mínimo de 3000 E° de paga. Pero el objetivo de la oposición ya se había cumplido. El complejo clima de polarización política y movilización social, en conjunto con la crisis económica, generó un clima de ingobernabilidad que le dio la razón, a manera de profecía autocumplida, a los golpistas. Ese mismo 29 de junio se produjo un intento –si no ensayo---de golpe de Estado, conocido como el “tanquetazo”, que logró ser neutralizado por el Comandante en Jefe del Ejército Carlos Prats. Pero este hecho significó el inicio del fortalecimiento definitivo del golpismo al interior de las FFAA, que terminaría con el apoyo del general Pinochet al golpe de Estado en contra del gobierno tres meses después.

¹⁰² “El apoyo social a los huelguistas provino principalmente de los colegios profesionales (médicos, abogados, ingenieros) y de los gremios empresariales. El Partido Demócrata Cristiano consiguió movilizar grupos de empleados públicos y privados, campesinos y obreros. Las fuerzas que brindaron un apoyo más resuelto a los huelguistas fueron las mismas que habían protagonizado el parto de octubre de 1972” Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, Op. Cit., p. 34

Las explicaciones de esta división entre los trabajadores de El Teniente son diversas. Para efectos de este escrito, lo que nos interesa se resume en la siguiente afirmación: un grupo relevante de trabajadores de El Teniente fue protagonista de una movilización que logró posicionarse como variable importante en un marco más amplio relacionado con la estrategia desestabilizadora de la oposición al gobierno.

En el balance final, la huelga fue sumamente compleja para el gobierno, ya que representaba un antagonismo con los trabajadores de un sector estratégico de la economía, y que luego de la nacionalización de la GMC, debería haberse consolidado como una base de apoyo para el gobierno. Pero su inesperada actuación como agentes movilizadores altamente conflictivos, precipitando violentos enfrentamientos urbanos, quema de locales, toma de radios para dar a conocer sus posiciones frente al gobierno y marchas hacia la capital, no estaba en los cálculos de la Unidad Popular.

Las causas del hecho son diversas. Algunas se explican por la larga tradición sindical de luchas reivindicativas, en donde ser la oposición al gobierno constituía más que una actitud política, una cultura identitaria al interior del sindicalismo de la GMC. Esto va de la mano con el “peticionismo economicista” de estos trabajadores. No estamos afirmando en ningún caso que ocurrió así para la totalidad de los trabajadores miembros de la CTC, ni siquiera para una mayoría, pero sí lo fue para un sector lo suficientemente fuerte para lograr posicionar sus demandas en un conflicto político que superaba con creces lo meramente reivindicativo. Entonces, ¿qué sectores de trabajadores se plegaron a la huelga de El Teniente de abril-junio de 1973? Si revisamos los sindicatos que se plegaron al paro, podemos encontrar una división importante entre trabajadores y empleados. Sobre esto, el estudio realizado por Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro enfatiza: “Los trabajadores de la empresa se encontraron organizados en nueve sindicatos. Cinco de ellos (profesionales) estaban constituidos por empleados: Sewell y Minas, Caletones, Coya y Pangal, Rancagua y Santiago. Los otros cuatro eran obreros (sindicatos industriales), con base en las mismas secciones, salvo en el caso de Santiago, donde sólo había empleados. A la huelga se incorporaron todos los sindicatos profesionales, con excepción del de la capital, y el industrial de Sewell y Minas. Los sindicatos obreros de Caletones, Coya y Pangal y Rancagua resolvieron no sumarse al paro, al percibir sus dirigentes y bases, mayoritariamente de izquierda, la gravedad que esta huelga podía revestir para el gobierno”¹⁰³.

¹⁰³ Ibid, p. 20

De esta forma, al interior de la organización sindical de una misma empresa tenemos posiciones políticas que se contradicen. ¿Cómo podemos entender esta diferencia? Existe la posibilidad de dar luces sobre el problema a través del concepto de “aristocracia obrera” de Hobsbawm. Pero si consideramos que una parte constitutiva de este concepto es la poca disposición a la movilización por parte de esta supuesta “aristocracia obrera” (que vendrían a ser los empleados de El Teniente) el concepto no nos resulta lo suficientemente explicativo¹⁰⁴. La conflictividad y la disposición a la movilización de los trabajadores de El Teniente fue clara. Si consideramos la cantidad de días no trabajados a un nivel diferenciado por mineral, entre 1955 y 1969, El Teniente suma 1.676 días. Chuquicamata y el Salvador en conjunto suman 1.617 días. El Teniente suma más de la mitad de días no trabajados entre 1955 y 1969¹⁰⁵. De esta forma, la disposición a la huelga es mucho más alta en El Teniente, sumando las movilizaciones de empleados y obreros. Entonces la explicación del fenómeno no tiene salida por una aplicación conceptual aristocratizante a los empleados.

Con todo, existían diferencias históricas entre obreros y empleados de El Teniente en relación a los niveles de ingreso. Los directivos y empleados gozaban de un estatus distinto, que a nivel interno se expresó también en las demandas de los trabajadores, como por ejemplo en la reivindicación de un trato justo por parte de los capataces hacia los obreros, punto que siempre estuvo presente en los “pliegos de peticiones”, como ya fue mencionado más arriba. El problema es que hacia afuera, a nivel de yacimiento, nunca estas diferencias de estatus se habían manifestado como divergencias políticas tan agudas como lo fue el caso de la huelga de abril-junio de 1973.

Los efectos de los cambios estructurales bajo la Dictadura

Con el objetivo de buscar respuestas a estas preguntas, procedimos a investigar otro momento en el que El Teniente en particular, y la CTC en general, tuvo un comportamiento político protagónico para el movimiento sindical, como lo fueron las convocatorias a las Jornadas de Protesta de mayo 1983. Pero el contexto era radicalmente distinto.

¹⁰⁴ Para revisar el uso del concepto historiográfico: Eric Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios sobre la clase obrera*, Barcelona, Editorial Crítica, 1979 y para revisar el uso político del concepto: Salvador Allende, *Salvador Allende, su pensamiento político*, Quimantú, Santiago de Chile, 1971. Intervención del 7 de febrero de 1970 en el Consultivo Nacional de la Confederación de Trabajadores del Cobre.

¹⁰⁵ Oscar Mac-Clure, Op. Cit., p. 16

Chile estaba pronto a cumplir una década bajo una férrea Dictadura. La represión a los partidos de izquierda y al movimiento popular en general había sido cruda e implacable. El exilio, la tortura, las ejecuciones y los detenidos desaparecidos se contaban en números gruesos al interior de este sector político y en sus bases sociales. Económicamente, la dictadura abandonó el modelo industrializador para abrirse al mercado internacional. Este proceso desindustrializador, producido por la masiva importación de bienes de consumo, desestructuró el sindicalismo manufacturero, que había sido actor importante en el periodo pre-73.

La aplicación del Plan Laboral por parte de la dictadura a partir de 1979 fue un mecanismo de gran importancia para entender este proceso. El objetivo del plan era flexibilizar las relaciones laborales y debilitar al movimiento sindical. Esto tuvo graves consecuencias para los trabajadores del cobre, que estaban acostumbrados a un trato privilegiado por parte de la legislación laboral. Entre las medidas del plan destacaron la derogación del estatuto de trabajadores del cobre, el fin de la sindicalización obligatoria, el fin a la necesidad de autorización gubernamental para despedir colectivamente a más de 10 trabajadores y la supresión del salario mínimo para menores de 21 años y mayores de 65 años. Siguiendo la reflexión de Guillermo Campero, el Plan Laboral del Ministro José Piñera mercantilizó las relaciones de trabajo, sometiéndolas a las reglas de un supuesto libre mercado en el cual las partes concurren teóricamente en “igualdad de condiciones” ignorando la asimetría inherente a una relación entre capital y trabajo. “La relación de trabajo [perdió] prácticamente su carácter de relación especial [...] para convertirse en una relación mercantil común”¹⁰⁶.

Las reformas laborales de la dictadura también perjudicaron las condiciones salariales y laborales de la GMC, a pesar que importantes dirigentes de este sector eran cercanos al gobierno. En relación al sueldo base, éste bajó significativamente para darle espacio a los bonos por productividad, que se convirtieron en la parte más importante del sueldo. En El Teniente, el sueldo base para diciembre de 1980 era un 61% del sueldo base de 1974. La variación de los salarios reales en el mismo yacimiento entre 1974 y enero de 1979 disminuyó en un 10, 8%. En 1971 el número de trabajadores de toda la GMC era de 26.127, en 1982 era bastante parecida, con 26.269 trabajadores. De esta forma, con casi la misma cantidad de trabajadores, la productividad subió de 20,3 toneladas de cobre fino por trabajador en 1972, a 39,3 toneladas de cobre fino por trabajador en 1982¹⁰⁷. Es así que podemos afirmar que la

¹⁰⁶ Guillermo Campero y José A. Valenzuela, *El movimiento sindical en el régimen militar chileno: 1973 – 1981*, Santiago, ILET, 1984, p. 308.

¹⁰⁷ Oscar Mac-Clure, *Op. Cit.*, p. 101

tasa de ganancia de la GMC subió a costa de un alza en la explotación de los trabajadores en general. Esto tuvo un consecuencia inesperada: las importantes diferencias económicas y de estatus, entre empleados y obreros registradas hacia fines del gobierno de la Unidad Popular, se fueron acortando, en un escenario en donde ambos actores compartían un enemigo económico-político en común: la dictadura y su Plan Laboral.

Desde el anuncio de este plan, la oposición a la dictadura se negó a su concreción. El problema era que el contexto políticamente represivo, sumado a un campo sindical en descomposición, hacía muy difícil la estructuración de un movimiento sindical unificado para enfrentar a Pinochet. En 1979 surgen las primeras voces en contra del Plan Laboral por parte de la CTC, en conjunto con la ANEF, “El grupo de los 10” y otras organizaciones sindicales. En julio de ese mismo año, la CTC hizo explícita su posición sobre las políticas de la Dictadura: “Los decretos [del Plan Laboral] eliminan derechos que fueron conquistados a través de luchas sindicales. Es un retroceso de 30 años”¹⁰⁸. En un ampliado realizado el 11 y 12 de julio concluyó “que la no consideración de un Estatuto del Cobre en las nuevas normas era ruptura del compromiso constitucional que el país contrajo cuando se nacionalizó el cobre 1971”¹⁰⁹.

Las Jornadas de Protesta de mayo de 1983

Hacia 1983 la situación política cambió. Una crisis económica mundial y la destrucción de numerosos puestos de trabajo, debido al proceso de desindustrialización en marcha¹¹⁰, debilitó la imagen de fortaleza económica construida por la Dictadura. El trinomio represión-autoritarismo-crisis económica logró activar nuevamente la movilización sindical en la GMC. De esta forma, en el Congreso realizado en Punta de Tralca¹¹¹ en abril de 1983 se estipuló la realización, entre otras formas de manifestación, de un Paro Nacional el 11 de mayo de ese año. Los objetivos del paro ya no eran reivindicaciones políticas en particular y se apreció una gran unidad de objetivos entre todos los sectores trabajadores. En palabras del presidente del consejo de la CTC, Rodolfo Seguel, el llamado a movilizaciones ya no se

¹⁰⁸ Declaración de la CTC del 6 de julio de 1979

¹⁰⁹ Guillermo Campero, Op. Cit., p.316

¹¹⁰ Patricio Meller, *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1996, p. 184.

¹¹¹ Localidad costera cercana a la ciudad de Santiago, que bajo el auspicio de la Iglesia Católica fue uno de los centros de reunión de las organizaciones opositoras a la dictadura militar. (Nota de la Editora).

realizaba por la modificación de algún contrato o alguna ley, el problema era de fondo “se trata de un sistema completo, económico social, cultural y político que nos tiene envueltos y comprimidos”¹¹².

El llamado a paro se morigeró días antes del 11 de mayo, transformándose a una “convocatoria de protesta”, debido al temor que generaba en la oposición una respuesta represiva generalizada por parte del gobierno. El paro fue un éxito, en tanto fue la primera manifestación pública de rechazo a la dictadura con respaldo de diversas organizaciones sociales, de pobladores y partidos políticos de oposición. Como afirma Ricardo Yocolevzky, las jornadas de protesta se irían repitiendo de forma mensual y marcarán el inicio del fin de la dictadura y la activación de la transición política¹¹³.

¿Cómo se da un comportamiento político de unidad sindical en un contexto represivo y de descomposición de este sector, debido a las reformas laborales impulsadas por la Dictadura? ¿Qué factores incidieron en esto? ¿Bajo qué concepto de análisis podemos entender estas diferencias al interior de la misma clase trabajadora?

El objetivo final de este escrito es dar una salida al problema realizando una extensión del concepto de clase media hacia franjas de la clase trabajadora. Comprendemos la clase media como un conjunto de grupos sociales que poseen condiciones materiales, rasgos culturales y comportamientos políticos que tienen un poco de burgueses y un poco de proletarios. Son grupos contradictorios, y que según su situación en la estructura de clases en general, pueden asociarse a proyectos políticos burgueses o populares. Siguiendo al sociólogo Erik Olin Wright, la clase media en sociedades capitalistas debería entenderse principalmente, en términos del concepto de “posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase”. Así pues, la clase media dentro del capitalismo está constituida ante todo por esas posiciones que están simultáneamente en la clase capitalista y en la clase obrera.

De esta forma, podemos entender las diferencias entre empleados y obreros al interior de la GMC. Dependiendo de su estatus salarial, contractual y de poder al interior de la producción, los directivos y profesionales se posicionaron políticamente. En este sentido, como explicación posible, podríamos afirmar que el estatus que poseían los empleados de El Teniente bajo el gobierno de la Unidad Popular estaba muy diferenciado del de los obreros,

¹¹² *El Mercurio*, Viernes 22 de abril de 1983.

¹¹³ Ricardo Yocolevzky, Chile: *Partidos políticos, democracia y dictadura, 1970 – 1990*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 154

lo que redundó en que significaran al gobierno de la Unidad Popular como una amenaza a sus intereses como sector social específico. Es más, la nacionalización del cobre llevó a dirigentes políticos de partidos de izquierda a ocupar cargos gerenciales, lo cual también pudo haber sido percibido por parte de los empleados como una amenaza a su carrera profesional al interior de las empresas cupríferas. Estas variables podrían haber incidido en su comportamiento político en oposición a los sindicatos obreros y al gobierno de la Unidad Popular.

Estas condiciones en la estructura de clases cambiaron notoriamente hacia comienzos de los ochenta. Las diferencias entre empleados y obreros se redujeron. Ambos grupos fueron precarizados de forma similar por las reformas laborales de la Dictadura. En este sentido, ambos grupos tenían como enemigo común al patrón y al gobierno, que en este caso eran el mismo actor. Bajo un contexto de cierre institucional propio de una Dictadura, la CTC se enfocó en unificarse en función a demandas comunes, que ahora eran materialmente posibles, ya que las condiciones estructurales habían cambiado para empleados y obreros de forma parecida. En esta misma línea, Olin Wright reflexiona sobre los empleados y directivos: “Concebir a los directivos como una posición contradictoria dentro de las relaciones de clase que combina prácticas capitalistas y obreras dirige inmediatamente nuestra atención hacia las formas en que los directivos, estando ligados a intereses capitalistas, quedan excluidos de la clase capitalista. Este concepto también aclara por qué es mucho más probable que los encargados y los supervisores de bajo nivel sean atraídos hacia coaliciones con la clase obrera, mientras que es mucho más probable que los directivos y ejecutivos se pongan constantemente del lado de la clase capitalista”¹¹⁴. De esta forma, Olin Wright nos invita a hacer un exhaustivo análisis de la historia y de las condiciones estructurales de la clase media, ya que en ellas podemos encontrar una base de interpretación para comprender su comportamiento político, que a simple vista nos puede parecer contradictorio.

En conclusión, se hace necesario expandir el concepto de clase media hacia la clase trabajadora, entendiendo que la matriz actual de la estructura social, que se origina a partir de comienzos de los ochenta, difumina las divisiones clasistas de la llamada “matriz política clásica” anterior a 1973. En definitiva, el llamado es a historiar estos conceptos para entender a estos sectores.

Bibliografía

¹¹⁴ Erik Olin Wright, “Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases” p. 109. En: J. Cabraña y A. de Francisco (Ed.), *Teorías Sociales Contemporáneas*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, p. 109

- Rafael Agacino, Cristián González y Jorge Rojas**, *Capital Transnacional y Trabajo, El desarrollo minero en Chile*, Santiago, LOM – PET, 1998.
- Jorge Barría**, “**Organización y políticas laborales en la Gran Minería del Cobre**”, en **Ricardo French-Davis y Ernesto Tironi (eds)**, *El cobre en el desarrollo nacional*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1974.
- Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro**, *La Caída de Allende y la Huelga de El Teniente*, Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, 1986.
- J. Cabraña y A. de Francisco (Ed.)**, *Teorías Sociales Contemporáneas*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993.
- Oscar Mac-Clure**, *Sindicalismo en el cobre, nacionalización y autoritarismo*, Universidad Católica de Lovaina, 1985.
- Guillermo Campero y José A. Valenzuela**, *El movimiento sindical en el régimen militar chileno: 1973 – 1981*, Santiago, ILET, 1984.
- Luis Corvalán Márquez**, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2001.
- Crisóstomo Pizarro**, *La Huelga Obrera en Chile: 1890 – 1973*, Santiago, Ediciones SUR, 1986.
- Víctor Farías**, *La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*. Santiago, CEP, 2000.
- Eric Hobsbawm**, *Trabajadores. Estudios sobre la clase obrera*, Barcelona, Editorial Crítica, 1979.
- Patricio Meller**, *Un siglo de economía política chilena (1890 – 1990)*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1996.
- Tomás Moulian**, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, Santiago, LOM, 2006.
- Erik Olin Wright**, *Clases*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- Jorge Rojas Flores**, *Los trabajadores Chilenos, desde la colonia hasta 1973*, p. 72. En: www.archivochile.com/Ideas_Autores/rojasfj/rojasfj0004.pdf .

Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile, v. 3, Economía: mercados, empresarios y trabajadores*, Santiago, LOM, 2002.

Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, Rolando Álvarez y Julio Pinto Vallejo, *Su revolución contra nuestra revolución, Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, volumen 1, Santiago, LOM, 2006.

Ricardo Yocolevzky, *Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura, 1970 – 1990*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002

Diarios y Revistas

Análisis, mayo de 1983

El Mercurio, marzo, abril y mayo de 1983

El Rancagüino, marzo, abril y mayo de 1983

Acerca de la desigualdad social: repertorios culturales de evaluación, límites simbólicos y sociales.

Una aproximación desde lo situacional y lo experiencial en Santiago de Chile

Nincen Figueroa y Pilar Illarramendi
Universidad Diego Portales

Antecedentes de investigación

¿Cómo hace un país que ha mostrado un crecimiento significativo en materias económicas de la región y aun así posee una de las tasas más altas de desigualdad social? ¿Cuáles son los beneficios para los chilenos de vivir un país perteneciente a la OECD si cada tanto deben ‘apretarse el cinturón’ o ‘ponerle el hombro’ a la situación para ‘salir adelante’? Resulta difícil no plantearse algunas preguntas cuando observamos que en Chile posterior a la caída de la dictadura militar ha evidenciado un crecimiento significativo en materia económica, impulsado por políticas de gobierno que apuntaban hacia un fortalecimiento del Estado en materia de reducción de la pobreza y de la brecha entre ricos y pobres. En efecto, se conformó una agenda durante los gobiernos de la Concertación (Ominami, 2010) que se ha visto reflejada en un aumento promedio anual de un 4,1% del PIB per cápita (Schmidt-Hebbel, 2006). Asimismo, el escenario actual presenta una disminución de las personas en situación de extrema pobreza y pobreza desde los años noventa hasta la actualidad, alcanzando cifras que varían desde un 13,0% hasta un 3,7% en la primera situación y de un 38,6% a un 15,1% en la segunda (CASEN, 2009). Sin embargo, estas cifras macroeconómicas no se conciben con una distribución de los ingresos de la población más equitativa, la cual según Contreras (1999, véase también en Cademartori, 2003) es una de las más desiguales del mundo. Asimismo y en perspectiva histórica Larrañaga y Valenzuela (2011), señalan una estabilidad en la desigualdad social, que se observa en que el año 1990 el país poseía un coeficiente Gini de 0,56, el cual se presenta inalterado a 2003.

En ese sentido es pertinente la pregunta acerca de cómo se legitima, tolera, justifica o a cómo se convive con una distribución de ingresos en la cual el ingreso autónomo del 10% de los hogares con menores ingresos es superado en 46 veces por el 10% superior, siendo Chile el cuarto país más desigual de la región más desigual del mundo. Más aún, si se excluye al 10% más rico, la desigualdad chilena se reduce transformándose en el país más igualitario de Latinoamérica (Torche, 2005).

Los niveles de distribución presentados anteriormente se asocian comúnmente a altos niveles de conflictividad entre distintos grupos sociales, situación que no ha sido observable en Chile. Sin embargo, los conflictos evidenciados en Chile, a pesar de que afectan de manera transversal a la población, mantienen un carácter más bien sectorial, por lo que autores tales como Puga sostienen que en Chile existe una baja conflictividad social, la cual respondería a un cierto grado de legitimidad, tolerancia, justificación o percepción desigual de los chilenos acerca de la desigualdad social. Siguiendo la línea anterior Puga, pretende identificar los mecanismos legitimantes de la desigualdad social, señala que “(...) los actores renuncian a lo justo para actuar en lo posible” (Puga, 2010: 149); es decir, si bien está claro que la desigualdad social en Chile no posee legitimidad social, señala que tal legitimación es conflictiva y problemática para los sujetos, ya que estos mencionan que la sociedad chilena es injusta pero a la vez desarrollan prácticas legitimantes que perpetúan dicha situación. En relación con lo anterior, Castillo (2008, 2011) señala que la desigualdad es percibida de forma desigual y que son principalmente las clases bajas las que observan menores diferencias sociales en la actualidad, es decir, que a menor quintil de ingresos o nivel educacional, menor es la brecha observable entre el salario percibido y el salario considerado justo. Por último y siguiendo la misma línea, Garretón y Cumsille (2003) en un estudio sobre la percepción de la desigualdad en Chile dan cuenta de que la misma es vista como una situación que se da en diversas esferas –ya sea a nivel socioeconómico, educacional o ciudadano-, expresándose de forma clasista y por medio del uso de pares categoriales. De esta forma, los chilenos considerarían a la desigualdad como un fenómeno de carácter estructural, pero no de tipo natural, ni individual, sino más bien una “fatalidad social”, es decir, la desigualdad sería un mal de carácter social, existiendo un alto grado de escepticismo de que este hecho se revierta.

Debido a lo anterior y siendo parte del equipo investigativo de la etapa cualitativa del Proyecto Desigualdades denominada “Tolerancia a la desigualdad en Chile: valoraciones simbólicas, clasificaciones y legitimación desde la subjetividad”, advertimos la existencia

de un campo que comienza a desarrollarse en Chile, pero que aún presenta ciertos vacíos o problemas de carácter teórico. En tal sentido, y en complemento al Proyecto Desigualdades, la investigación tiene como finalidad estudiar cómo las personas utilizan herramientas que están a disposición colectiva en dichos repertorios para así, establecer, desde su experiencia, diferencias entre ellos –generando pertenencias a grupos sociales determinados– y los otros. También, se busca describir los límites simbólicos y sociales que se establecen y que mantienen dichas diferencias.

La presente investigación se enmarca en la perspectiva teórica de la sociología cultural, la cual se dedica a estudiar la cultura entendiendo esta como *meaning-making* (Spillman, 2005). Ésta utiliza conceptos tales como los de *límites simbólicos y sociales* como herramientas que moldean el escenario, generando distinciones en todas las esferas de la vida social. Además, la sociología cultural posibilita dar cuenta de la dimensión moral del trabajo de límites (*boundary work*), es decir, es posible el estudio de los valores que atraviesan los significados que las personas asignan a los límites establecidos. De igual manera, de esta corriente teórica que se desprende el concepto de “*national cultural repertoires of evaluation*” (Lamont y Thévenot, 2000), para evidenciar herramientas culturales que están disponibles de forma dispareja entre las situaciones y contextos nacionales, mediante el uso que hacen los sujetos de dicho repertorio, lo que permite entender la cultura como fluida y permeable. De esta forma el posicionamiento teórico-práctico adopta una aproximación que combina una perspectiva desde lo situacional, tal como exponen Boltanski y Thévenot (1983; 2000), y lo experiencial, utilizando el acercamiento metodológico de Lamont (2000; 1992; 1992b) y teórico de la sociología de la cultura. Es por esto que dicho proyecto se torna en un desafío empírico –abriéndose paso en el campo en ciernes antes mencionado– y un aporte para la comprensión del fenómeno, es decir, no se busca dar respuestas al problema de la desigualdad, sino posibilitar un mayor conocimiento de un fenómeno tan complejo y multidimensional.

Así, la pregunta de investigación que se busca responder es: ¿cuál es el repertorio cultural de evaluación acerca de la desigualdad social y el trabajo de límites realizado a través de éste y desde la experiencia de los sujetos en Santiago de Chile? Se suma a lo anterior el objetivo general de describir dicho repertorio, y el trabajo de límites realizado a través de éste y desde la experiencia de los sujetos en Santiago de Chile. Para el cumplimiento de este se buscará comprender la relación que se da entre el repertorio con los límites simbólicos y sociales, por lo mismo, esta descripción nos permitirá realizar un mapeo sobre la desigualdad social en el contexto de la capital chilena, en el cual se incluye el uso y discurso existente en torno al re-

pertorio cultural de evaluación acerca de la desigualdad en Santiago de Chile y la gramática de éste, vislumbrar la relación entre los límites simbólicos y los límites sociales y los criterios de justificación que se dan en torno a la desigualdad social de la capital chilena; explorando la manera en que la experiencia se relaciona con el uso del repertorio, especificando en qué condiciones y bajo qué circunstancias los límites establecidos por los sujetos podrían reproducir la desigualdad.

Fundamentación teórica

A continuación se abordará la sociología de la cultura, específicamente el aporte de Pierre Bourdieu y su concepto de capital cultural, ya que éste es tomado como punto de partida –ya sea debido a una crítica, uso o superación del concepto– de líneas teóricas más actuales. Este es el caso de la sociología pragmática (Boltanski y Thévenot, 2006) y la sociología cultural (Lamont, 1992, 1992b, 2000; Spillman, 2005; Swilder, 1986). Esto desde dos enfoques, uno de tipo situacional (Marrero-Guillamón, 2010), el cual nos permite entender la situación de interacción como ámbito de estudio de lo social, que no se enfoca únicamente en el individuo, sino más bien en las relaciones de interacción que se construyen en la situación y que posibilitan diversos actos y perspectivas de la realidad circundante y otro enfoque de carácter experiencial en el sentido de que la perspectiva del sujeto y su historia de vida son fundamentales para responder a la pregunta que nos guía (Márquez, 1999) .

Habitus y capital cultural: la sociología de Pierre Bourdieu

La obra de Pierre Bourdieu se enfocó principalmente en el estudio de las condiciones históricas de producción cultural en la sociedad contemporánea, del gusto como forma de distinción (Bourdieu, 2002) y a la reproducción social de las posiciones de clase (Bourdieu & Passeron, 1995; Bourdieu, 2003). Gran parte de sus investigaciones se fundan sobre la base del concepto de *habitus*, el cual hace referencia a un “sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquemas de percepción y de apreciación de prácticas” (Bourdieu, 1987 en Castón, 1996). Así, el *habitus* refiere tanto a una estructura estructurante como a la voluntad propia de los sujetos, los cuales tienen la capacidad de interiorizar dicho *habitus* a lo largo de su historia. En ese sentido, según el autor la posición de clase no sólo es determinada por el *habitus* sino que también por la posesión de ciertos capitales. Más aún, el *habitus* y

los capitales culturales se transmitirían generacionalmente dando paso a una reproducción de las estructuras de clase.

La existencia de clases sociales se definiría por la posesión de ciertos capitales, ya sean de tipo económico, social y cultural. Así, Bourdieu introduce la idea de que existirían ciertos recursos de carácter material e inmaterial los cuales están distribuidos de forma dispareja en el espacio social. Además, la utilización del *capital cultural*, en específico, implicaría que generalmente se vuelva imposible para los individuos reconocer la estructura social imperante, por lo que este desconocimiento se torna en lo que el autor denomina *misrecognition*, es decir, atribuir al mérito personal y las características individuales el logro o el fracaso de las personas y no dar cuenta de las condiciones estructurales que posibilitan las relaciones de dominación. Lo anterior cobra suma importancia en la presente investigación, ya que tal como se ha observado anteriormente, los chilenos justificarían la desigualdad social existente en Santiago de Chile basándose mayoritariamente en características adscriptivas y no en fenómenos sociales o estructurales.

Asimismo, los capitales culturales conducen a distintas valoraciones estéticas y formas de consumo cultural (Bourdieu, 2002), siendo motivadas por el interés en la diferenciación entre distintos individuos –específicamente de aquellos considerados como inferiores– que conviven en un contexto histórico particular. En ese sentido, la idea de capital cultural se utiliza como base para la exclusión, ya sea en el ámbito del trabajo, de los recursos o en las posiciones de alto estatus (Lamont y Lareau, 1988). Lamont y Laureau (1992; 1988) postulan que Bourdieu sobrevalora la dimensión económica de los capitales y no toma en cuenta la dimensión moral existente en los procesos de diferenciación, y sostienen que se debe profundizar el estudio del fenómeno de la exclusión que estos procesos generan.

El giro pragmático de Boltanski y Thévenot

Es posible señalar que el giro pragmático surge como crítica a la obra de Bourdieu, específicamente hacia la conceptualización de actor bourdieano que realiza Boltanski (Celikates, 2009), señalando que dicho actor sería uno que no tendría toma de conciencia ni posibilidad de revolución y aun más; sería un actor dividido ya que por un lado, existiría un sujeto totalmente inconsciente, principalmente porque los motivos de índole moral no tienen relación con la realidad; y por otro lado un ser humano que funciona como un ordenador y calculador, lo que conllevaría una separación del sociólogo y del actor lego. Es por

esto que Bourdieu, según Boltanski, subestimaría la capacidad reflexiva de los actores y su posibilidad de respuesta, específicamente porque esa capacidad estaría limitada por el *habitus* de los actores. La crítica anterior se ve reflejada en gran parte de la obra de Boltanski, en ese sentido es necesario hacer referencia al trabajo realizado junto con Thévenot (1983) en el cual se distancian de Bourdieu y pretenden develar patrones de orden general y estudiar las imágenes compartidas y los procesos de identificación de los sujetos.

Para lo anterior, utilizaron como metodología juegos con cartas de personas reales en donde los participantes asignaban y negociaban distintas nomenclaturas a grupos sociales dentro del *milieu* social. De esta forma, los autores buscaban explorar –desde una dimensión *performativa*– las categorías mentales de los participantes utilizadas para pensar acerca de la sociedad ya que debían acordar estas nomenclaturas. Según los autores, las nomenclaturas creadas no solo dan cuenta de la posición de clase de los mismos participantes sino que también permiten la creación de un sistema de clasificación (Boltanski y Thévenot: 1983). Más aún, lo *situacional* adquirió preponderancia ya que en las cartas existían ciertas ocupaciones de poco conocimiento en la sociedad que no tienen una referencia homogénea en el espacio social lo que obligaba a los participantes a posicionar esas cartas en distintos grupos según los criterios acordados entre los mismos en un juego determinado. Sumado a lo anterior a lo anterior, los autores estudian los criterios de justificación que los sujetos utilizarían en las cotidianidad, entendiéndose estos en relación con la idea de que los sujetos negocian en la situación de interacción por medio de un juego retórico las posibilidades pragmáticas que se encuentran abiertas para entender y moverse a través de la realidad social, que Boltanski y Thévenot conceptualizan en su libro *On Justification* (2006) .

En última instancia, cabe señalar lo postulado por Silber (2003), quien sostiene que la sociología pragmática de Boltanski y Thévenot estudia principalmente los métodos, el razonamiento práctico y la reflexividad que ocupan los actores a diario en su vida cotidiana como una actividad continua y práctica (2003). Más aún, esta autora señala que los individuos no pueden realizar una elección totalmente libre y flexible de los regímenes de justificación – los cuales de por sí ya son limitados-, ya que estos, se han encontrado disponibles para los sujetos históricamente como parte de lo que puede ser denominado *repertorio cultural*, a pesar de que los autores no hayan utilizado la noción anterior.

La noción de repertorio es cada vez más utilizada, ya que ha adquirido gran importancia por su utilidad para el estudio de la cultura. Se ha vuelto un recurso teórico que hace refe-

rencia a una estructura que al mismo tiempo limita y posibilita a los actores, que es flexible y estable pero no totalmente estático (Silber, 2003). Tal noción deviene del desarrollo teórico acerca de la cultura de Swidler (1986), que entiende a la misma como repertorio o *toolkit*, y no como un sistema unificado, del cual los actores pueden distinguir y seleccionar distintas herramientas para construir líneas de acción.

Según Silber (2003) la debilidad de la sociología pragmática se encuentra en su aproximación crítica al no examinar el acceso desigual en la estructura social a los diversos regímenes de justificación, y por lo tanto al entender a la cultura como un repertorio es posible la convergencia entre la perspectiva teórica de los *regímenes o criterios de justificación* de Boltanski y Thévenot con la idea de *national cultural repertoires of evaluation* desarrollado Lamont y Thévenot. Aquella afinidad se da en el sentido en que tanto la sociología pragmática y la sociología cultural de los autores mencionados anteriormente, se vuelcan al estudio de la estructura interna de los repertorios culturales enfocándose en distintas dimensiones. El desarrollo teórico del repertorio en la sociología cultural será tratado a continuación.

Sociología cultural: cultura como *meaning-making* y como *toolkit*

Desde perspectiva de la sociología cultural, la cultura es estudiada y entendida como procesos de *meaning-making*, es decir, como constructora de significados sociales, y como instrumento de poder entre los grupos sociales, por lo que cobra mayor importancia su estudio como centro articulador para pensar las sociedades humanas. La preocupación principal de los teóricos que se adscriben a esta corriente es la de investigar cómo se producen los procesos de creación de significado, por qué varían a lo largo del tiempo, cómo estos significados influyen el accionar de los sujetos y finalmente cómo estos significados construidos (*meaning making*) son importantes para la cohesión social, la dominación y la resistencia (Spillman, 2005).

Este concepto es tratado por Lamont (2000b) siendo clave para realizar el vínculo entre la cultura y la desigualdad, el cual se ha dado en el subcampo de la sociología cultural, que ha crecido rápidamente posterior a la década de los noventa. Para esto, da cuenta de una serie de herramientas analíticas, que permiten estudiar la cultura como creadora de significado, en este sentido, la autora se refiere a un conjunto de herramientas (*toolkits*) disponibles para las estrategias de acción de los sujetos. En la misma línea, Swidler (1986) señala que la cultura provee de una serie de herramientas o recursos culturales con los cuales los sujetos pueden

construir diversas estrategias de acción para la vida cotidiana. (Swidler, 1986). Es por esta razón que los sujetos no son simplemente dominados por la cultura sino que tienen la libertad y flexibilidad de elección entre las herramientas culturales disponibles que crean significado.

Mediante la conceptualización de los *repertorios culturales de evaluación* (*national cultural repertoires of evaluation*), Lamont y Thévenot (2000) dan cuenta de la disposición dispereja y desigual de las herramientas culturales entre la población en situaciones y contextos nacionales, sin caer en culturalismos esencialistas. Más aún, con el concepto de repertorio, las representaciones de un sujeto o un grupo social ya no se observan como determinadas por la posición estructural de estos en la sociedad, sino que como agentes que tienen a su disposición y utilizan diversas herramientas culturales, con la consiguiente creación de significado. Conceptualizar así la cultura y el uso de los repertorios culturales nacionales de evaluación permite un mayor rango de autonomía para los sujetos en la utilización de la cultura y la asignación de sus significados, ya no es vista como una estructura rígida y preestablecida en la que los sujetos no tienen injerencia sino que de forma fluida y posible de ser permeada. Se agrega a esto, que esta noción permite combinar herramientas colectivas y compartidas con significados y actitudes más bien individuales.

La conceptualización de trabajo de límites y los límites

La noción de *boundary work* surge como una herramienta dentro de la sociología de la cultura que puede ser entendido como estrategias, principios y prácticas que utilizan los sujetos para crear y mantener categorías culturales; este proceso reflejaría cuán integrada o segmentada se encuentra una sociedad (Nippert-Eng, 2005: 79) Es decir, mediante el trabajo de límites (*boundary work*) que realizan a diario los grupos sociales, los sujetos pueden entender y conceptualizar su entorno, categorizando lo propio y lo ajeno, lo valorable y lo que no lo es, generando distinciones que dividen y segregan en grupos sociales. Además, el trabajo de límites es utilizado para analizar la localización de los boundaries y para estudiar su trascendencia e implicancias. En ambos casos, la noción es utilizada esencialmente para estudiar cómo se ubican y mantienen los boundaries, también conocidos como límites simbólicos (*symbolic boundaries*) y límites sociales (*social boundaries*).

También es posible señalar que el *boundary work*, según lo expuesto por Lamont (1992) es un proceso intrínseco de la constitución de las personalidades humanas, esto se debe a que dicho proceso emerge cuando los sujetos tratan de definir quiénes son, para lo que deben

necesariamente trazar diferencias y similitudes con los otros sujetos que los rodean, produciendo así y de forma indirecta un sistema de tipificación. Los seres humanos nos definimos a nosotros, nuestra personalidad y cualidades únicamente de forma relacional (Lamont, 1992); este proceso sirve para entendernos a nosotros mismos, para darle un significado a nuestros actos y pensamientos y para mantener una autoestima elevada en comparación con aquello que no nos gusta, que nos genera vergüenza o que simplemente queremos evitar. A nivel macro-sociológico, sostiene la autora, el *boundary work* sirve para dar orden a las comunidades instalando normativas colectivas acerca de lo que es valorable y lo que no lo es.

Por otro lado, los límites simbólicos son distinciones conceptuales creadas por los actores sociales para categorizar objetos, personas, prácticas e incluso tiempo y espacio. Son herramientas que crean, mantienen, responden y disuelven diferencias sociales y que son utilizadas por individuos y grupos sociales para llegar a acuerdos acerca de la realidad social. Más aún, es posible señalar que los sujetos no solo construyen límites a partir de su propia experiencia, sino que también, utilizan herramientas colectivas que se encuentran en los repertorios culturales de evaluación disponibles socialmente, confiando en las definiciones sociales más generales (Lamont, 1992). Examinar los límites simbólicos permite capturar la dinámica de las relaciones sociales, ya que estas separan y dividen a las personas en grupos y generan sentimientos de similaridad y membresía dentro de los grupos de pertenencia (Lamont y Virág, 2002).

Con respecto a lo anterior, Lamont (2002) se enfoca en tres tipos de límites simbólicos, específicamente, los límites morales, los límites socioeconómicos y los límites culturales. En cuanto a los primeros, la autora señala que estos tienen como base el carácter moral, y se fundan en cualidades tales como la honestidad, el trabajo ético, la integridad personal y la consideración por los demás. Referente a los límites socioeconómicos, estos se dibujan en base a juicios sobre la posición social de las personas a través del éxito profesional, el dinero, el poder y el status. Finalmente, en cuanto a los límites culturales, estos se basarían en el nivel educativo, la inteligencia, los modales, los gustos y el desenvolvimiento dentro de la alta cultura. Asimismo, estos límites (Fuller, 2003) emergen por medio de la interacción volviéndose dominantes, prevaleciendo en un tiempo y contexto determinado atravesando y oponiéndose a aquellos anteriormente creados, por lo que tienen carácter más bien dinámico.

Por otra parte, los *límites sociales* refieren a las formas objetivadas en que se estructuran y manifiestan las diferencias sociales, lo que se observa en el acceso inequitativo y desigual a

las oportunidades y posiciones de la estructura social como a los recursos, sean estos materiales o inmateriales. Los límites sociales son nada más y nada menos que los límites simbólicos presentados anteriormente, luego de un proceso en el que son acordados abiertamente por los actores sociales, por lo que adquieren un carácter coercitivo. Estos pueden observarse mediante patrones de asociación y de comportamiento de carácter más bien estables (Lamont, 1992: 12). Aun así, Lamont (1992, Véase también en Lamont y Molnár, 2002) sostiene que los límites simbólicos son una condición necesaria pero no suficiente para la existencia de límites sociales en la sociedad.

A partir de lo anterior, cabe destacar que la presente investigación pretende articular para el estudio del repertorio cultural de evaluación acerca de la desigualdad social en Santiago de Chile un enfoque desde lo situacional y experiencial utilizando la propuesta teórica de Michèle Lamont, y de Boltanski y Thévenot. Por lo anterior, se pretende realizar un mapeo del repertorio cultural de evaluación acerca la desigualdad social, para esclarecer y caracterizar cómo se conforma en Santiago de Chile y cómo los sujetos utilizan dicho repertorio para explicar y justificar la desigualdad social que se vive día a día. En otras palabras, la investigación tiene como finalidad comprender cómo las personas utilizan herramientas culturales que están a disposición colectiva en dichos repertorios para así, establecer, desde su experiencia, diferencias entre ellos –generando pertenencias a grupos sociales determinados– y los otros. También, se busca describir los límites simbólicos y sociales que se establecen y que mantienen dichas diferencias. A partir de estos marcos, se nos permitirá estudiar de cerca la desigualdad social imperante con un enfoque holístico y comprensivo desde la perspectiva del sujeto.

Diseño metodológico

La presente investigación tiene como perspectiva epistemológica el paradigma llamado interpretativo o fenomenológico, es decir, desde esta perspectiva el investigador busca comprender y describir la realidad estudiada, comprendiendo las acciones de los sujetos, sus motivos y creencias más arraigadas. No obstante, la investigación también cuenta con una perspectiva epistemológica de tipo pragmática, la cual reconoce a los agentes como aquellos que tienen la capacidad de establecer juicios propios y por lo tanto, el analista no cumple solamente con el rol de interpretar. Además, esta investigación tiene un carácter tanto inductivo como deductivo. A partir de lo anterior entonces, las técnicas de recolección de información

que se han utilizado y a utilizar en la presente investigación son: en una primera instancia lo que llamamos *juegos* con cartas de personas reales basados en una dinámica de focus groups, basado en lo expuesto por Boltanski y Thévenot (1983) en su texto *Finding one's way in social space: a study based on games* que posteriormente se complementaron con entrevistas semi-estructuradas a los participantes de forma individual realizados en el contexto del Proyecto Desigualdades. En una segunda instancia, se utilizarán durante el presente año historias de vida con algunos de los participantes de la etapa anterior para profundizar ciertos aspectos tratados en esta investigación.

Juegos de cartas y entrevistas semi-estructuradas

La aplicación de estas técnicas de recolección de información se enmarcó en el desarrollo de la etapa cualitativa del Proyecto Desigualdades. Así, los juegos se desarrollaron en los meses de marzo y abril del año 2012, específicamente en tres fines de semana, con dos juegos en cada uno, los cuales contaba con seis participantes en cada caso y con una dinámica del juego que contaba con tres etapas. La primera etapa en la cual los seis participantes se dividían en dos grupos de tres personas por grupo etario, constaba asimismo de cuatro partes, es decir, una en la que los sujetos debían clasificar el mazo de cartas en la cantidad de grupos que según ellos existen en la sociedad, llegando a acuerdo con los criterios de dicha clasificación; otra en que los participantes, una vez acordados dichos criterios, debían nombrar cada grupo, justificando la elección realizada; luego los participantes debían elegir un representante del grupo creado y nombrado, es decir, aquel naípe que tuviera las características típicas de cada grupo; y finalmente, los participantes debían ordenar los grupos dejando en claro las cercanías, distancias o jerarquías que ellos observaban entre estos grupos. Posteriormente, en una segunda etapa, los dos grupos con su clasificación ya definida se reunían para darle a conocer al otro grupo su clasificación y los criterios que usaron para armarla, así los seis participantes juntos debían llegar a una nueva clasificación, utilizando las clasificaciones previas. Finalmente, y en una tercera etapa, los participantes fueron entrevistados individualmente, en donde se abordaron temas tales como la experiencia del participante en el juego, su opinión e identificación con los grupos creados, su evaluación de las distancias y cercanías, la exploración de sentimientos y deseos de movilidad del participante. A partir de estas etapas se puestudiar tanto la experiencia grupal y la dinámica de grupo que puede extrapolarse a la sociedad como también las experiencias y percepciones más individuales.

Historias de Vida

La herramienta metodológica central de esta investigación son las *historias de vida*, las cuales se conforman por medio de relatos subjetivos provenientes de los sujetos a investigar, es decir, desde su propia experiencia. Las historias de vida se producen con el fin de reunir los acontecimientos más significativos de la vida de los sujetos a entrevistar en un periodo histórico concreto, mediante la construcción y transmisión de su memoria, haciendo referencia a las experiencias que destaca, a través de un recuento narrativo que considera todo aquello que supone relevante en su relato. Así, las historias de vida nos permiten conocer: “cómo se construye en el tiempo la percepción de la desigualdad (...) que nace desde la subjetividad de cada individuo (...) quien relata recomponga, a partir de sus recuerdos, los procesos, las trayectorias, los hitos, los cambios y transformaciones más significativas de su vida (...) la historia de vida aporta una mirada a través del tiempo”. (Márquez, 1999: 26)

Además, nos permitirán articular los significados subjetivos referentes a la desigualdad social tomando en consideración las experiencias particulares de los individuos, las que pueden permitirnos comprender las dinámicas históricas y las tensiones que se manifiestan en la realidad social entre sujetos y el uso del repertorio cultural de evaluación. Para la consecución de las historias de vida se ha realizado un muestreo teórico para seleccionar a los sujetos a entrevistar. Se escogieron en base a ciertos criterios para la selección de los juegos de cartas a analizar, alcanzando un máximo tres juegos de los seis que fueron realizados, permitiendo unir la dinámica situacional de los juegos con la experiencia de los sujetos. En cuanto al muestreo se optó por criterios que muestran una mayor gama de posibilidades y diferencias entre los sujetos, basándonos principalmente en lo teorizado por Lamont, Boltanski y Thévenot. El muestreo entonces, se realizó tomando en cuenta los límites simbólicos expuestos por Lamont y la posición socio-económica que ocupan los sujetos entrevistados.

Debido al cruce entre la clasificación de los límites simbólicos y la posición de clase de los sujetos entrevistados, se realizarán seis historias de vida a personas que participaron en los juegos de cartas del Proyecto Desigualdades, permitiendo esto un mayor seguimiento de los sujetos con los cuales ya hemos trabajado y de los cuales se tiene un conocimiento tal que nos permite profundizar aún más en las temáticas anteriormente tratadas.

Por otro lado, los datos recopilados tanto de la observación de los juegos de cartas, de las entrevistas semi-estructuradas y de las historias de vida a realizar, serán analizados por

medio de tres formas de análisis, uno de carácter *situacional* se utilizará para el análisis y la descripción de las dinámicas que se dieron al interior de los juegos de cartas, los criterios – o sea, los límites simbólicos ya sea de tipo moral, socioeconómico y/o cultural– que se impusieron para la conformación de la clasificación a la que llegaron los grupos y las razones de esta clasificación. Otro tipo de análisis a utilizar es el *análisis de contenido*, enfocándose en los límites simbólicos y sociales que los sujetos utilizan para definir grupos, así como los criterios de justificación que utilizan los sujetos. El análisis de contenido nos permitirá centrarnos en los temas en torno a los cuales se desarrolla esta investigación, así como de la misma manera los sentidos latentes que se observan en los juegos y en las historias de vida. La última forma de análisis refiere al *análisis biográfico realista*, se trata de un procedimiento de análisis de tipo inductivo que nos permitirá analizar los significados que los sujetos asignan a sus propias historias de vida. Se utilizará como complemento del análisis de contenido ya que puede aportar información de las experiencias de los sujetos y para consolidar y clarificar algunos conceptos teóricos analizados anteriormente.

Bibliografía

- Andréu Abela, J. (2000).** *Las técnicas de Análisis de Contenido: Una revisión actualizada*. Granada, España.: Fundación Centro de Estudios Andaluces.
- Barozet, E., Carvajal, P., Dary, S., Figueroa, N., Illarramendi, P., Mac Clure, O., Or-giazzi, E., Valenzuela, A. M. (2012).** *Justificación de las desigualdades: metodología del juego de clasificaciones*. Santiago, Chile: Documento de Trabajo Proyecto Desigualdades.
- Bengoa, J., Márquez, F., & Aravena, S. (1999).** *La desigualdad: Testimonio de la sociedad chilena en la última década del siglo XX*. Santiago, Chile: Ediciones Sur.
- Berelson, B. (1952).** *Content Analysis in Communication Research*. Illinois: Mac Graw Hills.
- Boltanski, L., & Chiapello, E. (2002).** *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Boltanski, L., & Thévenot, L. (1983).** *Finding one's way in social space: a study based on games*. Theory and Methods, 631-680.
- Boltanski, L., & Thévenot, L. (2006).** *On justification: Economies of Worth*. Nueva Jersey, EE.UU.: Princeton Paperbacks.

- Bourdieu, P. (1985).** *The social space and the Genesis of Groups*. Theory and Society. Vol. 14 N° 6, 723-744.
- Bourdieu, P. (1987).** *Choses Dites*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1987B).** *Los tres estados del capital cultural*. Revista Sociológica (Universidad Autónoma Metropolitana Azcapolzalco) 2 N°, 11-17.
- Bourdieu, P. (2002).** *La Distinción. Criterios y bases sociales del gustos*. México D.F.: Taurus.
- Bourdieu, P. (2003).** *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (1995).** *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Fontamara.
- Casen. (2009).** *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional*. Santiago, Chile: Ministerio de Planificación, Gobierno de Chile.
- Castillo, J. C. (2008).** *¿Cuál es la brecha salarial justa? Opinión pública y legitimación de la desigualdad económica en Chile*. Estudios Públicos, 237-266.
- Castillo, J. C. (2011).** *La percepción desigual de la desigualdad. Una comparación de indicadores de percepción de desigualdad económica*. Santiago, Chile: Centro de Medición MIDE UC.
- Castón, P. (1996).** La sociología de Pierre Bourdieu. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 75-97.
- Celikates, R. (2009).** *¿Sociología de la crítica o teoría crítica? Una conversación con Luc Boltanski y Axel Honneth*. L'Espill. N° 31, 57-78.
- Cia. (2012).** *CIA Factbook*. Recuperado 2012 en 31-Marzo desde CIA Factbook: <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/rankorder/2172rank.html>
- Contreras, D. (1999).** Distribución del ingreso en Chile. Nueve hechos y algunos mitos. *Perspectivas Vol. 2 N° 2*, 311 – 332.
- Fuller, S. (2003).** Creating and Contesting Boundaries: Exploring the Dynamics of Conflict and Clasification. *Sociological Forum Vol.18 N° 1*, 3 – 30.

- Garretón, M. A., & Cumsille, G. (2003).** Las percepciones de la desigualdad. *Proposiciones N°34 – Ediciones SUR.*
- Izquierdo, A. J. (2004).** *Consultores en Crítica Política: Notas sobre la Sociología “Post-Et-nometodología” de Luc Boltanski.* Madrid, España.
- Kerbo, H. (1999).** *Estratificación social y desigualdad: El conflicto de clase en perspectiva histórica y comparada.* Boston, EE.UU.: Mac Graw Hill.
- Lamont, M. (1992).** *Money, morals and manners. The culture of the French and the American Upper-Middles Class.* Chicago, EE.UU.: The University of Chicago Press.
- Lamont, M. (1992B).** *Cultivating Differences. Symbolic boundaries and the making of inequality.* Chicago, EE.UU.: The University of Chicago Press.
- Lamont, M. (2000B).** *Meaning-Making in Cultural Sociology: Broadening Our Agenda.* Contemporary Sociology. Vol 29. N° 4, 602-607.
- Lamont, M. (2001).** *Symbolic Boundaries.* Princeton, New Jersey: Princeton University.
- Lamont, M. (2005).** Symbolic Boundaries and Status. En L. Spillman, *Cultural Sociology* (págs. 98-107). Victoria, Australia: Blackwell.
- Lamont, M. (2010).** *Looking back at Bourdieu.* En E. Silva, & A. Warde, *Cultural Analysis and Bourdieu’s Legacy: Settling Accounts and Developing Alternatives* (págs. 128–141). London: Routledge.
- Lamont, M. (2012).** *Toward comparative sociology of valuation and evaluation. Annual Review of Sociology. Vol. 38: 201-221*
- Lamont, M., & Lareau, A. (1988).** *Cultural Capital: Allusions, gaps and glissandos in recent theoretical developments. Sociological Theory. Vol. 6, 153-168.*
- Lamont, M., & Mizrachi, N. (2012).** Ordinary people doing extraordinary things: responses to stigmatization in comparative perspective. *Ethnic and Racial Studies Vol. 34 N°3, 365-381.*
- Lamont, M., & Molnár, V. (2002).** The study boundaries in the social sciences. *Annual Review Sociological, 167-195.*

- Lamont, M., & Thévenot, L. (2000).** *Rethinking comparative cultural sociology. Repertoires of evaluation in France and the United States.* Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Larrañaga, O., & Valenzuela, J. P. (2011).** Estabilidad en la desigualdad. Chile 1990-2003. *Estudios de Economía. Vol. 38*, 295-329.
- Nippert-Eng, C. (2005).** Boundary work: Sculpting Home and Work. En L. Spillman, *Cultural Sociology* (págs. 79-87). Victoria, Australia: Blackwell.
- Ominami, C. (2010).** *Chile: Una transformación paradójica. Notas para un examen crítico.* En Y. Quiroga, & J. Ensignia, *Chile en la Concertación 1990-2010: Una mirada crítica, balance y perspectivas. Tomo II* (págs. 21-62). Santiago, Chile: Fiederich Ebert Stiftung.
- Ossandón, J., & Vodanovic, L. (2012).** *Disturbios culturales: conversaciones con Jeffrey Alexander – Andrew Benjamin – Luc Boltanski – Sarah Franklin – Boris Groys – Anthoine Hennin – Michael Hutter – Scott Lash – Esther Leslie – Brian Massumi – Walter Mignolo – Bernard Stiegler – Trinh T. Minh-ha.* Santiago, Chile: Ediciones UDP.
- Proyecto Desigualdades. (2011).** *Tolerancia a la desigualdad en Chile: valoraciones simbólicas, legitimación desde la subjetividad.* Santiago, Chile: Documento de Trabajo. Proyecto de Investigación www.desigualdades.cl.
- Puga, I. (2010).** Lo justo y lo posible: desigualdad, legitimidad e ideología en Chile. In M. Castillo, M. Bastías, & A. Durand, *Desigualdad, legitimación y conflicto. Dimensiones políticas y culturales de la desigualdad en América Latina.* Santiago, Chile: Ediciones Alberto Hurtado.
- Puga, I. (2011).** *Desigualdad social en el Chile contemporáneo: Legitimidad e Ideología.* Santiago, Chile: Documento de Trabajo para el Proyecto Anillos Desigualdades.
- Schmidt-Hebbel, K. (2006).** *El crecimiento económico de Chile.* Santiago, Chile: Documento de Trabajo N°365, Banco Central de Chile.
- Silber, I. F. (2003).** *Pragmatic sociology as Cultural sociology. Beyond Repertoire Theory?* European Journal of Social Theory, 427-449.
- Spillman, L. (2005).** *Cultural Sociology.* Victoria, Australia: Blackwell Publishing.

- Swidler, A. (1986).** Culture in action: symbols and strategies. *American Sociological Review*, 273-286.
- Torche, F. (2005).** Desigual pero fluido: El patrón chileno de la movilidad en perspectiva comparada. *Expansiva N°57 – Universidad Diego Portales*, 1 –28.
- Torche, F., & Wormald, G. (2004).** *Estratificación y movilidad social en Chile: Entre la adscripción y el logro*. Santiago, Chile: Series Políticas Sociales N°98, CEPAL.
- Valenzuela, J. P., & Duryea, S. (2011).** Examinando la prominente posición de Chile a nivel mundial en cuanto a desigualdad de ingresos: Comparaciones regionales. *Estudios de Economía*. Vol. 38, 259-293.

Clases medias y desigualdad persistente en el Chile contemporáneo.

Prosperidad económica, injusticia social y abulia política

Juan Pablo Velasco

Durante los últimos veinte años Chile ha experimentado un crecimiento económico que supera el 4% anual, muy por sobre el 1,5% promedio registrado desde la independencia nacional hasta 1990, según cifras del Banco Central (Schmidt-Hebbel, 2006). Tal bonanza macroeconómica coincide con la persistencia de una alta desigualdad en la distribución del ingreso (Casen, 2009), y la progresiva tendencia de los chilenos a auto-identificarse con la clase media (Wormald y Torche, 2005; Barozet y Fierro, 2011). La OCDE (2011) entrega evidencia señalando que quienes reciben más y mejores beneficios sociales, durante los últimos veinte años han aumentado dichas ventajas respecto a quienes carecen de ellas. La combinación entre un sostenido crecimiento económico y la distribución desigual de su producto configuran un escenario de injusticia social que se expresa en un aumento de la brecha que separa a la clase alta del resto de la sociedad. Si bien cabe destacar el arraigo histórico de este tipo de desigualdad, su carácter problemático se manifiesta cuando coincide con periodos de sostenida expansión económica. En este sentido, la desigual distribución de las recompensas materiales y simbólicas (Crompton, 1993) implicaría un conflicto entre sectores sociales que acceden de manera diferenciada a los beneficios que produce la sociedad en su conjunto.

Con la vuelta de la democracia, el Estado ha intentado atenuar las consecuencias que genera esta persistente desigualdad focalizando el gasto fiscal hacia los sectores más vulnerables de la estructura social. Dicho Estado, en acuerdo con las transformaciones neoliberales, dejó de garantizar derechos fundamentales al conjunto de la sociedad, y se focalizó en los más vulnerables. Desde 1990 hasta 2009 el porcentaje de chilenos en situación de extrema pobreza pasó desde un 13% a un 3,7% de la población, mientras que el sector pobre transitó de un 38,6% a un 15,9% (Casen, 2009). Sin embargo, a pesar del alto crecimiento económico, y de la notable reducción de la pobreza, una fracción importante de las clases medias se encuentran en condiciones de vulnerabilidad debido a sus reducidos ingresos, su proximidad

con la línea de la pobreza, y una serie de limitaciones relacionadas con el actual sistema de protección social (Barozet y Fierro, 2011: 60).

Sintetizando, el país atraviesa por una coyuntura marcada por un alto crecimiento económico, poca participación de las mayorías en los beneficios de dicha evolución, y un particular agrupamiento de amplios sectores medios, que poco tienen en común respecto a la participación en el producto material y simbólico que cosecha nuestra sociedad. La lógica señala que en un escenario como éste se ve amenazado el orden y la integración de toda la sociedad, producto de la progresiva polarización de la ciudadanía entre favorecidos y no favorecidos de acuerdo al orden social actual. Es decir, que las fuertes desigualdades entre los segmentos sociales pueden tener implicancias importantes para la cohesión social, y por consiguiente, sobre la gobernabilidad política (Munujin, 2010:117).

No obstante, además de la desigualdad que se arrastra desde la época de la conquista, históricamente Chile se ha caracterizado por su notable estabilidad social y política, tal como señala Barozet (2011): “a pesar de los niveles muy elevados de desigualdad que presenta el país, cualquiera sea el ámbito de medición, pareciera existir un alto consenso en torno a su modelo de desarrollo”. La afirmación sintetiza la duda sociológica que impulsa el estudio, ¿Cómo es posible que en la sociedad chilena coexistan indicadores objetivos de injusticia social y una subjetividad que legitima el estado actual de cosas? ¿Cuál es el fundamento que permite a los chilenos legitimar la desigualdad cuando esta deriva en injusticia social? ¿Cuál es la relación que existe entre las estructuras que producen este tipo de desigualdad y las actitudes agenciales que permiten su perpetuación? El estudio intenta aproximarse a una interpretación íntegra que entregue pistas fehacientes sobre la causa o el origen de la reproducción de las desigualdades sociales. Ante tal escenario surgen las siguientes preguntas que guían la investigación en curso:

¿Cuáles son las condiciones histórico-estructurales instaladas en la sociedad chilena desde la transformación neoliberal?

¿Cuál es el discurso que al interior de las clases medias justifica la desigualdad persistente?

¿Cuál es la relación entre las condiciones estructurales y el discurso de las clases medias?

El realismo en la teoría social: La relación entre agente y estructura

La Teoría social realista –versión sociológica del realismo crítico– se configura en base a la crítica sobre el modo con el que la tradición sociológica históricamente ha definido *lo social*¹¹⁵. Para Archer la tradición sociológica ha conflacionado¹¹⁶ las explicaciones sobre la realidad en un nivel de la sociedad, asumiendo que desde ahí es posible interpretar el conjunto. Para *el realismo* la sociedad es una entidad compleja, que se caracteriza principalmente por la estratificación y autonomía de sus partes, y por la emergencia de propiedades tanto a nivel agencial como estructural.

El enfoque Morfogenético/Morfoestático propone examinar el vínculo emergente y relacional entre agente y estructura, su juego mutuo y a la vez reconocer propiedades y poderes emergentes en cada uno de los dominios. En este sentido, la emergencia hace referencia a que tanto agente como estructura “son analíticamente separables, pero puesto que estructuras dadas y agentes dados ocupan y operan en diferentes corredores de la dimensión temporal, ellos son por tanto distinguibles uno de otro” (Archer, 2009: 66). Tal presunción obedece a la consideración de la sociedad como una entidad compleja, dando por sentado que agente y estructura son entidades con autonomía y preexistencia. Tal como señala la autora; “Las personas en la sociedad y las partes de la sociedad no son aspectos diferentes de la misma cosa, sino cosas radicalmente diferentes” (Archer, 2009: 46).

Desde tales supuestos teóricos empieza a tomar forma la ruta que orienta la presente investigación. En definitiva, para la Teoría social realista lo relevante esta en darle un tratamiento autónomo a los tres planos que componen la realidad social; Agencia, Estructura y Reflexividad.¹¹⁷ En principio, los dos supuestos básicos del enfoque morfo genético son “(a) Que la estructura necesariamente antecede a la(s) acción(es) que lleva(n) a su reproducción o transformación; (b) Que la elaboración estructural viene necesariamente después de las secuencias de acción que le dieron origen” (Archer, 2009: 47). De la cita se desprende que

¹¹⁵ “Buena parte del trabajo realizado por sociólogos se ha volcado a definir qué es exactamente lo que ellos estudian y de que manera resulta más adecuado hacerlo” (Aguilar, 2008:12). Archer llama a este proceso el carácter ontológico de lo social, que determina el ámbito metodológico y teórico en el proceso investigativo.

¹¹⁶ “Por conflacionismo [Archer] entiende la anulación del carácter autónomo de la acción, de la estructura o de ambas, es decir, la integración –y con ello pérdida, fusión [o elisión]– de la autonomía de la acción en la estructura, de la autonomía de la estructura en la acción, o de ambas en un tercer elemento, como suceden en las teorías de las prácticas de Giddens [o Bourdieu]” (Mascareño, 2008:224)

¹¹⁷ También llamado el plano del juego mutuo o la conciencia.

las propiedades emergentes de la estructura y las experiencias reales –poderes reflexivos– de los agentes no co-varian, ni coexisten en el tiempo, por lo que la sociedad que presenciamos no es lo que algún actor, independiente de sus poderes, obras y/o acciones, desea o pretende. La realidad social es el resultado de luchas llevadas por generaciones pasadas, obligando a construir teorías que permitan el análisis práctico sobre el carácter de la estabilidad o el cambio social con énfasis en el relevo generacional en los procesos de transformación social.

El dualismo analítico es el dispositivo metodológico del enfoque Morfo-genético/Morfo-estático que permite desarrollar una historia analítica de la emergencia. Lo que busca es eliminar cualquier forma de determinismo entre estructura y agencia, bajo la idea que la realidad social emerge a partir de la interacción o juego mutuo entre agencia y estructura. Su aplicación práctica se guía según cuatro supuestos;

Hay relaciones internas y necesarias al interior y entre las estructuras sociales (ES)

Las estructuras sociales (ES) ejercen influencia causal sobre la interacción social (IS)

Hay relaciones causales entre grupos e individuos a nivel de la interacción social (IS)

La interacción social (IS) actúa sobre la composición de la(s) estructura(s) social(es) modificando relaciones actuales internas y necesarias e introduciendo otras nuevas en lo que se refiere a la morfogénesis (o transformación). Alternativamente, la interacción social (IS) reproduce las relaciones estructurales y necesarias existentes cuando se da la morfo-estasis (o estabilidad).

En el marco de la presente investigación, la teoría social realista se erige como el referente epistemológico que ilumina la relación entre las condiciones histórico-estructurales que instalan las transformaciones neoliberales y los discursos sobre la desigualdad social presentes al interior de las clases medias. En sintonía con esta teoría es que en el curso de esta investigación se examina por un lado la evolución de la política económica nacional, la transformación de la estructura productiva, el cambio al interior de la clase media y la emergencia de nuevos sectores mesocráticos; y por el otro se analiza el discurso que al interior de las clases medias se elabora al momento de argumentar la desigualdad que impera a lo largo de la estructura social chilena.

La transformación de la estratificación social en América Latina y el rol de las Clases Medias.

Un rasgo específico de América Latina es la persistencia histórica de su desigualdad social (Gootenberg, 2004), razón por la que se ha decidido revisar e incorporar la reflexión sociológica latinoamericana en torno a los sistemas de estratificación, y en particular el papel jugado por las clases medias como categoría analítica. Y si bien se examina el pensamiento latinoamericano en torno a estos temas, el foco está puesto en la situación de Chile a lo largo de las últimas décadas.

A principios de los noventa, Vuskovic (1993) apuntó como rasgo propio de la dinámica latinoamericana la persistencia, reconstitución y profundización de la desigualdad social, versión que el BID (2000) ratificó a finales de esa década señalando que el 10% más rico concentraba el 40% del ingreso total. Por su parte, el pensamiento cepalino afirmó que “La aguda desigualdad que secularmente ha recorrido a América Latina y el Caribe hunde sus raíces en la historia” (Bárcena y Hopenhayn, 2010), haciendo de esta región la más desigual del mundo. Según la Cepal, aun cuando han habido leves mejoras distributivas comenzando el siglo XXI, la evidencia deja en claro la persistencia de cuatro aspectos que limitan las posibilidades de lograr mayor igualdad; distribución del ingreso, distribución de la educación y el conocimiento, la muy desigual capacidad para aprovechar esa educación y conocimientos en el mercado laboral y la reproducción intergeneracional de la desigualdad.

En particular, son cuatro los trabajos que permiten configurar un mapa sobre lo dicho por la sociología latinoamericana en torno a la estratificación social y las clases medias, con especial énfasis en la realidad nacional. “Las Clases sociales en América Latina” (IIS-UNAM, 1973) agrupa las discusiones llevadas a cabo a principios de los años 70 por la reflexión sociológica, incluyendo diversos puntos de vista, entre los que se cuentan reflexiones de F. Fernandes, N. Poulantzas, A. Touraine, F. H. Cardozo, J. Graciarena, entre otros; “Teoría, acción social y desarrollo en América Latina” (Franco, Solari y Jutkovitz, 1976) que representó una revisión exhaustiva sobre los análisis que la sociología latinoamericana ha dedicado a los agentes de cambio (Atria, 2004); un tercer trabajo que resulta pertinente incluir es “Las clases medias en América Latina: Historias Cruzadas y Miradas Diversas” de R. Franco y M. Hopenhayn (2010) entrega una versión actualizada de las clases medias en la región luego de los ajustes estructurales; por último, “Estructura social y estilo de desarrollo” (Baño y Faletto, 1992) compendia un conjunto de estudios empíricos realizados a comienzos

de la segunda mitad del siglo XX en la búsqueda por una mayor comprensión de la evolución en la estructura social de los países de la región.

Las recopilaciones sintetizan la investigación sociológica Latinoamericana en torno a la estratificación social, y vinculan el tema de clases sociales con las perspectivas de desarrollo en los distintos países de la región. En positivo, esta idea de desarrollo connota la misma preocupación que motiva la presente investigación; que la ruta de Chile hacia el desarrollo va en la dirección contraria al aumento de la desigualdad en un contexto macroeconómico sobresaliente.

Cuatro décadas del modelo de desarrollo neoliberal

En esta sección se establecen los trabajos que en materia de economía política entregan luces sobre el devenir macroeconómico de Chile en el transcurso de los últimos cuarenta años. En base a dos obras se estructura el relato de la historia económica a fin de comprender las condiciones histórico-estructurales impuestas a partir de las reformas neoliberales. Se espera que el examen de estos dos trabajos en conjunto permita establecer la herencia estructural sobre la cuál las actuales generaciones actúan en la actualidad.

El primer trabajo lleva por nombre “El presente como historia; dos siglos de cambio y frustración” de Osvaldo Sunkel (2011) dedicado al análisis de los ciclos económicos que ha experimentado Chile a lo largo de su historia. En el texto se explican las fases de expansión económica, la emergencia de expectativas de desarrollo y la inevitable frustración que ha vivido la sociedad chilena al ver mermadas las posibilidades del desarrollo nacional. Un segundo trabajo es el de Gabriel Salazar y Julio Pinto Historia contemporánea de Chile III, La economía: mercados, empresarios y trabajadores (2002), el cuál presenta una mirada aún más crítica sobre la evolución económica y las condiciones que se van imponiendo en la relación de los distintos actores sociales de cada época. Mientras el primero es un representante neo-estructuralista, referente obligado del pensamiento cepaliano durante la segunda mitad del siglo XX, Salazar y Pinto representan una lectura radical de los procesos históricos referentes a las dinámicas económicas. Ambos enfoques enriquecen el análisis desde lo económico aportando en la elaboración de un marco de referencia histórico y estructural, para luego ser contrapuesto a los argumentos que distintos sectores de las clases medias utilizan para justificar el carácter desigual de la sociedad chilena.

El trabajo de Sunkel aborda el desarrollo chileno de largo plazo, analiza distintas etapas de notable progreso y cambios, seguidos invariablemente de periodos de acumulación de tensiones, frustraciones, crisis y colapsos. (2011: 22). En vista de los objetivos de la presente investigación, lo central del texto se sitúa en el primer capítulo destinado al estudio de la última fase de expansión económica, entre los años 1970 y 2010. El grueso de sus argumentos emerge a partir del “análisis de las principales transformaciones económicas, políticas y sociales de la sociedad chilena desde la década de los sesenta y en su respectivo correlato en la evolución del pensamiento económico.” (2011:28). De esta forma, uno de sus principales preocupaciones son las diversas dosis de Estado y Mercado que han marcado la estructuración institucional de la sociedad en diferentes periodos históricos, particularmente el último. El panorama que nos presenta Sunkel permite entrever estructuras económicas y políticas ancladas institucionalmente que están en directa relación con la perpetuación de una desigualdad social de arraigo histórico, la cual no disminuye ni siquiera en virtud del sostenido crecimiento económico, y la continua estabilidad política y social característica de las últimas dos décadas. Esta versión neo-estructuralista de la relación entre estructuras macroeconómicas, sistema político y procesos sociales a lo largo de los distintos ciclos expansivos explica el modo de articulación de los distintos ámbitos, apostando por dar respuesta a las razones que han llevado a frustrar el intento desarrollista de Chile a lo largo de su historia.

La obra de Salazar y Pinto, propia del enfoque de la nueva historia social, aborda el fenómeno económico desde los actores que le han dado forma a distintas estrategias de desarrollo, y de las relaciones de colaboración y conflicto con que éstos se han enlazado en la triple tarea social de producir, distribuir y consumir (Salazar y Pinto, 2002; 5). Asimismo, estudian a los grupos sociales que han ido a la cabeza de las decisiones económicas en el intento por alcanzar el progreso, desarrollo y/o modernización. En relación al siglo XX, los autores consideran al empresariado como el sujeto histórico responsable del proyecto civilizatorio señalándolo como “el demiurgo del tránsito a la modernidad’, de su iniciativa, audacia y espíritu innovador, se dice, depende que una sociedad avance o se detenga, que surja o que naufrague” (2002: 6).

Las estrategias de desarrollo y el rol histórico de empresariado son dos temas centrales, particularmente en referencia a la última fase de expansión económica inaugurada con la refundación neoliberal. La reflexión histórica asume, además, la tarea de repasar las principales actividades productivas que han influido en la historia de los últimos dos siglos, y el rol de las clases trabajadoras en el avance de éstas. No obstante, en consideración con las

intenciones de la presente investigación sólo se incorporan las conclusiones sobre las estrategias de desarrollo en la tarea por dotar de una dimensión estructural los resultados últimos de ésta, el Chile actual.

Clasificación y justificación: una moral de la desigualdad social

Hasta ahora se han abordado la dimensión teórica, conceptual e histórica del problema en cuestión. Las tres en conjunto permitirán contraponer los resultados de la producción empírica de información en torno al discurso que diversos sectores de las clases medias utilizan en la tarea por justificar el carácter desigual de la estructura social actual.

La metodología diseñada para dicha producción empírica se enmarca en la fase cualitativa del Proyecto Desigualdades, y fue desarrollada para la investigación “Tolerancia a la desigualdad en Chile: valoraciones simbólicas, clasificaciones y legitimación desde la subjetividad”. Vale decir, la investigación que a lo largo de este documento se ha ido desarrollando forma parte de esta gran empresa cualitativa que se levantó para explorar la construcción colectiva del discurso que las clases medias utilizan cuando justifican la desigualdad social en Chile. Asimismo, la estrategia utilizada innova en el ámbito de los métodos cualitativos, y se inspira en el trabajo de Luc Boltanski y Laurent Thévenot “Finding one’s way in social space: a study on games” (1992).

Indagar en las justificaciones que las personas dan al fenómeno de la desigualdad obliga a un análisis de sus discursos en torno a ésta. Sin embargo, esto no es suficiente dado que “sólo en su contexto se puede comprender el estilo narrativo de su discurso, sea este –a modo de ilustración– de ironía o sátira, de certidumbre o incertidumbre.” (Proyecto Desigualdades, 2011)– Por lo tanto, lo que se busca es explorar en la construcción de los discursos situados en un espacio concreto, ya que es necesario conocer cómo estos espacios son recorridos por un discurso central. En base al documento elaborado por el equipo que participó en la fase cualitativa del Proyecto Desigualdades se explicará detalladamente la estrategia metodológica a utilizar, que en adelante se reconoce como el juego. Éste consta de tres fases, dos de las cuales indagan en la construcción colectiva del discurso en torno a la desigualdad social, mientras que la tercera se aboca a explorar el relato individual de cada jugador.

La estrategia metodológica consta de un juego en el que tres participantes deben discutir y decidir sobre qué criterios utilizar en la tarea de clasificar un mazo de cartas que represen-

tan diversos tipos de personas. Sentados alrededor de una mesa los tres jugadores deben lograr acuerdos sobre criterios de clasificación, una vez que se imponen argumentativamente o se comparten ciertos criterios es posible distribuir el total de cartas en la cantidad de grupos que los jugadores consideren pertinente¹¹⁸, hasta llegar a una clasificación final la que incluye la tarea de darle un nombre a cada grupo de cartas, elegir un representante y establecer las distancias que separan a unos de otros.

En detalle el juego consta de tres fases, la primera marca el inicio de toda la estrategia; un moderador da la bienvenida a los participantes y les explica detalladamente las instrucciones para la fase que ahí comienza. Los tres jugadores y el moderador se encuentran sentados alrededor de una mesa al interior de una sala de espejos, desde el otro lado de la sala, el equipo que compone la fase cualitativa del *Proyecto Desigualdades* observa el desarrollo de la situación. Además, pensando en el análisis posterior hay un equipo técnico ocupado en grabar la experiencia, captando el desarrollo del juego al interior de la mesa, y los movimientos que los jugadores realizan mientras este ocurre. Los tres participantes tienen frente a ellos un mazo de 60 cartas, cada una de las cuales contiene una fotografía de medio cuerpo e información relativa a ocupación, ingreso, nivel educacional, comuna y religión, las personas que aparecen en las cartas son reales, y fueron elegidos de la muestra utilizada por la encuesta ENES, realizada durante la fase cuantitativa del mismo proyecto el año 2009. Por su parte los jugadores fueron contactados por Maritza Guerra de la empresa *Guerra y Cerda* durante el mes de marzo del presente año, y la selección se corresponde con 6 categorías tomadas de la clasificación de Goldthorpe y Portocarrero (1993). La primera instrucción del juego es mirar con atención cada carta y agruparlas generando cuantos estratos decida el grupo. Para esto deberán discutir y negociar entre ellos los criterios mandantes para la estratificación, así como el número definitivo de estratos, una vez lista esta fase deben asignar un nombre a cada grupo, escoger a una carta representante de cada montón y por último reproducir en la mesa la distancia que, según ellos, separa a los distintos grupos en la vida real. Durante el proceso los jugadores se ven obligados internamente a situarse en un contexto que si bien está planteado como lúdico, obliga a objetivarse para argumentar sobre como diferenciar a las personas que componen todo el mazo.

El juego se realiza simultáneamente con dos grupos de jugadores, que ubicados en salas separadas siguen las mismas instrucciones. Al final de la primera fase, los jugadores han lle-

¹¹⁸ Además de los tres jugadores se encuentra un moderador que los explica las reglas del juego. Intentando ser lo menos directivo posible, el moderador recomienda a los jugadores no perderse en una cantidad tan extensa de grupos.

gado a consenso en cada una de las etapas y se les da un tiempo de descanso necesario como para que el equipo coordine el inicio de la segunda fase. En esta, se reúnen ambos grupos –que antes discutieron separada y simultáneamente– para que retomen la discusión en base a los productos a los que llegó cada “equipo”. Así, un representante de cada grupo accede a explicar los resultados, y los criterios utilizados para la clasificación y luego se somete a discusión colectiva entre los seis jugadores con el fin de llegar a un consenso final respecto a los mismos puntos; número de estratos, nombre de cada uno, representante y distancia que los separa.

Para finalizar con la estrategia se invita a cada participante a responder una breve entrevista que pretende captar el vínculo entre la experiencia vivida en el juego y elementos biográficos de cada uno. La idea es “saber que dilemas enfrentaron tanto en la clasificación como en la negociación.” (Proyecto Desigualdades, 2011) Con esto se busca explorar en las historias de vida de los participantes para entender cómo estos elementos gravitan en la formación y reproducción subjetiva de los mecanismos de diferenciación social, y así establecer “mapas de percepción” en base a los criterios utilizados por las personas para definir su status. (Lamont, 1992 en Proyecto Desigualdades, 2011)

En síntesis, la presente estrategia metodológica propone un modelo situacional que obliga a los participantes, mediando el carácter lúdico de la experiencia, a manifestar el contenido de sus justificaciones en la necesidad de negociar con los demás jugadores para lograr el consenso necesario. Casi sin notarlo, los participantes van categorizando en base a una moral de la desigualdad, un aprendizaje social acumulado que les permite saber con certeza quien pertenece a cada grupo, y como se relacionan entre sí estos grupos.

Hipótesis generales

La investigación en curso intenta aportar en la comprensión del comportamiento de la sociedad chilena enfrentada a un contexto de sostenida desigualdad social, estabilidad política y expansión económica. Se ha considerado el estudio de las clases medias a partir de la amplitud de dicha categoría, que según los mismo chilenos alcanzaría entre el setenta (70) y el ochenta (80) por ciento de la estructura social. Esta supuesta mayoría social motiva abordar el estudio de la sociedad chilena indagando en el interior de las clases medias, asumiendo el carácter heterogéneo de su composición.

El avance de la investigación en curso, tanto en lo que refiere a la revisión bibliográfica como en el levantamiento de información empírica, permite establecer ciertas hipótesis de investigación que serán contrastadas al finalizar el estudio y que se presentan a continuación:

Diferenciación y Desigualdad son conceptos fundamentales en la estrategia de desarrollo impuesta a partir de las reformas neoliberales.

El esfuerzo y la educación son los principales factores que explican el triunfo de algunos y el fracaso de otros.

Las reformas en el mercado laboral y la heterogeneidad al interior de las clases medias no han permitido la configuración de un proyecto mesocrático de desarrollo nacional, lo cuál se expresa en un comportamiento inorgánico.

El concepto “clases medias” no permite comprender el escenario histórico y político actual, debido a la contradicción entre la heterogeneidad de su composición y la homogeneidad de su discurso en torno al orden social actual.

El concepto de clases medias no permite comprender la configuración de la estructura social actual por dos razones; diversidad de subgrupos al interior de la categoría y heterogeneidad entre las diferentes interpretaciones que la sociología chilena y latinoamericana ha dado sobre las clases medias.

En el Chile actual la posición de clase no viene definida por la posición objetiva en el mercado laboral. El modelo de desarrollo neoliberal exige a los individuos tomar partido –posición subjetiva– en torno a su relación con dicho modelo.

A nivel del discurso no es posible identificar la heterogeneidad de las clases medias definida en los perfiles basados en la estructura ocupacional. Esto indica que distintas posiciones en la estructura ocupacional no dan cuenta de diferencias en el discurso legitimador de la desigualdad.

El proceso histórico que atraviesa Chile polariza las posiciones de clase en función de su relación con el modelo de desarrollo. Así, la sociedad se va constituyendo en torno a dos grandes clases; Favorecidos y Desfavorecidos con el orden social, político y económico actual.

Existe en el discurso de los favorecidos gran voluntad política por conservar el modelo de desarrollo neoliberal.

No existe aún en el discurso de los desfavorecidos voluntad política por asumir la transformación al modelo de desarrollo.

Bibliografía

- Archer, M.** *La Teoría Social Realista; el enfoque morfogenético*. Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile. 2006.
- Atria, R.** *Estructura ocupacional, estructura social y estructura de clases*. División de desarrollo social, CEPAL. 2004. Santiago
- Banco Mundial**, *Desigualdades en América Latina y el Caribe: ¿ruptura con la historia?* México. 2003.
- Baño, R Y Faletto, E.** *Estructura social y estilo de desarrollo*. 1992.
- Bárcena, A; Prado, A; Hopenhayn, M.** *La Hora de la desigualdad; brechas por cerrar, caminos por abrir*. CEPAL, 2010. Brasilia. P.185
- Barozet, E; Espinoza, V.** *¿De qué hablamos cuando decimos “clase media”? Perspectivas sobre el caso chileno*. Expansiva UDP. 2008.
- Barozet, E.** *Acerca de las dificultades que plantea la medición de las desigualdades y de las clases sociales. Reflexiones críticas en torno a los instrumentos existentes y sugerencias para su mejora desde América Latina. El caso de Chile*. 2011
- Barozet, E; Fierro, J.** *Clase media en Chile, 1990-2011: Algunas implicancias sociales y políticas*. Konrad Adenauer Stiftung. 2011.
- Bhaskar, R.** *The possibility of naturalism*, 1979, en Archer Op cit. (2006)
- BID.** *América Latina frente a la desigualdad. Informe 1998-1999*. Washington, Banco Interamericano de Desarrollo, 1999 en Peres Sainz et al. 2005.
- Boltanski, L. Thévenot, L.** *“Finding one’s way in social space: a study on games”*
- Mayol, A; Azocar, K.** *Politización de Malestar, Movilización Social y Transformación ideológica: el caso de Chile*. 2011.
- Mora Salas, M; Pérez Sáinz, J.P, Cortés, F.** *Desigualdad social en América Latina. Viejos problemas, nuevos debates*. FLACSO. Costa Rica. 2005.

- Mora Salas, M Y Pérez Saínz, J.P.** *Excedente económico y persistencia de las desigualdades en América Latina.* 2009
- OCDE.** *¿Crecimiento desigual?: distribución del ingreso y pobreza en los países de la OCDE.* 2008.
- PNUD.** *Las Paradojas de la modernización.* 1998.
- Salazar, G Y Pinto, J.** *Historia Contemporanea de Chile, Tomo III. La economía, mercados, empresarios y trabajadores.* Lom. 2002. Santiago, Chile
- Schmidt-Hebbel, K.** *El crecimiento económico en Chile. Documento de trabajo. Banco Central de Chile.* 2006. Santiago, Chile.
- Sunkel, O.** *EL Presente como Historia: Dos siglos de cambios y frustraciones en Chile.* Editorial Catalonia. 2011.
- Tilly, Ch.** *La Desigualdad Persistente.* Ediciones Manantial. 2000. Buenos Aires, Argentina.
- Torche, F.** *Desigual pero fluido: El patrón chileno de la movilidad en perspectiva comparada.* Expansiva 57, Universidad Diego Portales. 2005. Santiago, Chile
- Vuskovic, P.** *Pobreza y desigualdad social.* México: UNAM, Centro de Investigación Interdisciplinarias en Humanidades, 1993. en Peres Sainz, J.P; Mora Salas, M. *Excedente económico y persistencia de las desigualdades en América Latina.* Revista Mexicana de Sociología 71, julio-septiembre 2009
- Zelizer, V.** *The Social Meaning of Money,* BasicBooks, Nueva York, Estados Unidos, en TILLY, CH. *La Desigualdad Persistente.* Ediciones Manantial, Buenos Aires, Argentina.

“Viejas” y “nuevas” clases medias frente a la homogamia

Oscar Mac-Clure¹¹⁹

Universidad de Los Lagos

Centro Sociedad y Políticas Públicas, Santiago

En este trabajo describiremos a las clases medias chilenas utilizando datos cuantitativos, desde la Independencia hasta el presente. A partir de esta descripción, examinaremos la homogamia en la constitución de parejas, entendida como el grado en que se establecen uniones de pareja o matrimonios entre personas con características socioeconómicas similares en una sociedad. El análisis de la homogamia en el pasado y el presente constituye un estudio de caso para comprender mejor las transformaciones experimentadas por las clases medias.

Para abordar a las clases medias en un tan periodo prolongado, la primera tarea consiste en describir cuál ha sido el tamaño y la composición de estas clases. Siguiendo un criterio convencional, partimos de una definición ocupacional de las clases medias, entendidas como quienes desempeñan ocupaciones no manuales, de acuerdo a los censos en el pasado y a encuestas en la actualidad. Pero estas ocupaciones son múltiples y muchas de las que existieron en el pasado ya han dejado de ejercerse. Para analizar las ocupaciones de acuerdo a un mismo criterio desde el siglo XIX hasta hoy, utilizamos una clasificación de ocupaciones desarrollada por un equipo de historiadores sociales europeos.

El segundo paso de nuestro estudio consiste en agrupar las distintas ocupaciones, distinguiendo clases sociales, para lo cual utilizamos una de las escalas de estratificación más aplicadas actualmente a nivel internacional, la de Erikson y Goldthorpe. Describiremos cuantitativamente a las clases sociales y a las clases medias en particular, distinguiendo tres grandes periodos: la etapa post-colonial, el periodo de la matriz “clásica” desde alrededor de 1920 y la etapa iniciada por la dictadura militar impuesta en 1973.

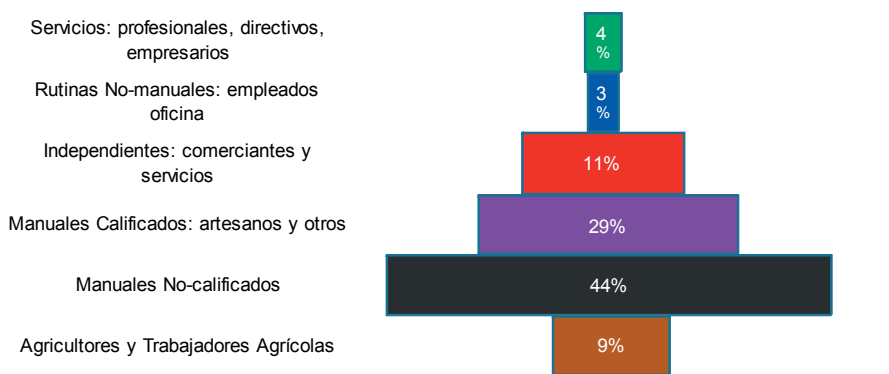
Al ocurrir la Independencia, sólo un 9% de la población residía en las seis mayores ciudades de Chile y la mayor parte de los habitantes vivía en zonas rurales y se desempeñaba en la agricultura. Hacia 1875, tomando como referencia la ciudad de Santiago, se advierte el

¹¹⁹ Esta ponencia avanza en el desarrollo de lo expuesto en “Clases medias chilenas y transgresión de la homogamia: una perspectiva histórica”, *Universum*, N° 27, Vol. 1, 2012, pp. 111-141.

surgimiento de una clase media en la zona urbana, como se aprecia en el Gráfico 1. Entre las 75 mil personas que ejercían una ocupación en la capital del país, los trabajadores manuales eran los más numerosos, incluyendo artesanos y trabajadores calificados en general, así como trabajadores manuales No-calificados, abarcando a sirvientes, lavanderas y otros. Además, numerosas personas se desempeñaban en la agricultura, principalmente en los bordes externos de la ciudad.

Gráfico 1

Clases sociales según ocupación en Santiago, 1875.



Fuente de los datos: Censo 1875.

Pero al mismo tiempo, comenzaba a emerger una clase media que en total abarcaba a alrededor de un 10% de la población de la ciudad. Estaba compuesta, en primer lugar, por un estrato de Servicios, integrado por profesionales como los abogados, directivos y empresarios en actividades manufactureras. En segundo lugar, la clase media estaba conformada por un estrato de Rutinas No-manuales integrado por empleados de oficina y otros. Finalmente, abarcaba también a la clase de Independientes del comercio y los servicios, particularmente a quienes desempeñaban actividades formales, pagando patentes municipales.

Esta estructura se mantuvo a lo largo del siglo XIX y pertenecer a las clases medias constituía una identidad cultural. A modo de ilustración, el doctor Adolfo Valderrama, un balmacedista, escribió un poema cuyos versos se iniciaban con una proclama: “¡Arriba, Clase Media! ¡Sacude tu letargo!”

Para esta nueva clase media, atenuar las barreras homogámicas que limitaban el acceso a la clase alta, a través del matrimonio y las uniones de pareja, tenía un importante valor simbólico. Esto se refleja con claridad en la novela *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, que tuvo una extraordinaria popularidad en su propia época¹²⁰. Con la crisis del Estado oligárquico y del modelo de economía “hacia afuera”, alrededor de 1920 y a lo largo de gran parte del siglo XX, el Estado intervino en la economía y ejerció un papel de intermediación respecto de demandas sociales. Las clases medias fueron parte de la base social de esa matriz y llegaron a alcanzar alrededor de una cuarta parte de la población hacia 1970.

Desde un punto de vista ocupacional, las clases medias estaban constituyéndose en primer lugar por un creciente estrato de Servicios, integrado por directivos, profesionales y técnicos, entre otros, como se describe en el Gráfico 2. Sin embargo, el estrato de mayor tamaño era la clase de Rutinas No-manuales conformada por un creciente número de empleados administrativos del sector privado y en menor medida por funcionarios públicos, así como por personas contratadas para actividades de ventas y servicios. Pero en su conjunto, las clases medias eran todavía de un tamaño menor en comparación a las clases de trabajadores manuales.

Gráfico 2

Clases sociales según ocupación en Chile, 1970.



Fuente de los datos: Censo 1970.

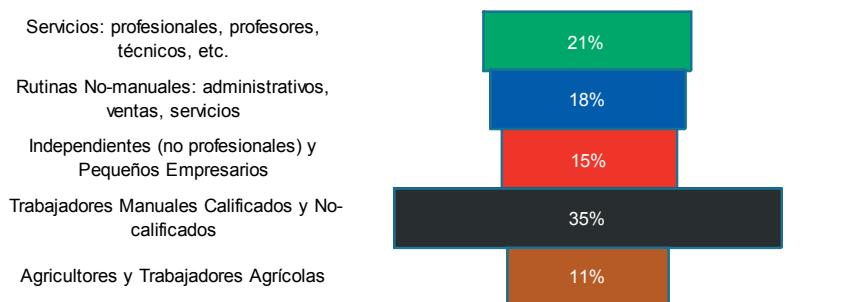
¹²⁰ La novela de Alberto Blest Gana narra la historia de un joven pobre y provinciano que llega a Santiago a estudiar en la universidad, y que se enamora de la hija de la familia adinerada que lo recibe en la capital (N. de la Editora).

En esta época, la homogamia en el establecimiento de vínculos de pareja fue tematizada por algunos de los autores y textos más destacados de la literatura narrativa nacional. Entre ellos adquirió notoriedad la novela “Palomita Blanca” de Lafourcade, que alcanzó relieve en la versión cinematográfica del cineasta Raúl Ruiz. María, la protagonista del film, era estudiante de un liceo e hija de una familia de obreros. Con el acceso a la educación media se le abría a futuro una oportunidad de movilidad ascendente, lo que se extendía a gran parte del 49% de los jóvenes que abarcaba la matrícula de enseñanza media. Una circunstancia particular llevó a María a establecer un vínculo con un joven de clase alta; el festival de Piedra Roja que, siguiendo a Barr-Melej, a través de la contracultura del hippismo, otorgó a jóvenes de clase baja la posibilidad de adquirir marcadores sociales que les permitían transgredir límites relacionados con sus orígenes de clase. En el caso de “Palomita Blanca”, se estableció un breve vínculo amoroso entre María y el joven de clase alta, alterando transitoriamente la frontera homogámica de la clase alta.

En el periodo post-dictadura, la liberalización y globalización de la economía trajeron consigo el aumento en las ocupaciones del sector terciario. Complementariamente, se desarrolló una ampliación de la cobertura de la educación. En este marco, se ha modificado la composición de las clases sociales respecto de las épocas precedentes, como se puede apreciar en el Gráfico 3. Las clases medias han pasado a representar la mitad de la población, desde un punto de vista ocupacional. Además, ha ocurrido un cambio en la composición de estas clases medias: la clase de Servicios ha adquirido preeminencia cuantitativa, integrada por profesionales y técnicos, y múltiples ocupaciones como profesores, profesionales de servicios administrativos, técnicos con formación superior y profesionales de nivel medio de la salud.

Gráfico 3

Clases sociales según ocupación en Chile, 2009.



Fuente de los datos: Encuesta CASEN 2009.

Nota: Datos 2009 corresponden a ocupados entre 25 y 65 años de edad. Se excluye a grandes empresarios.

La clase de Rutinas No-manuales, integrada por empleados y vendedores, tiene un tamaño relativamente menor que en la época anterior. La composición de las clases sociales y de las clases medias en particular, ya no es la misma del pasado.

Hemos analizado la conformación de las uniones de pareja comparando la clase social del hombre con el nivel educacional de su cónyuge mujer, utilizando datos de la Encuesta CASEN. La homogamia es marcada en la clase de Servicios Alta: un 73% de los hombres pertenecientes a este estrato alto de la clase media tiene un vínculo conyugal con una mujer que tiene educación superior. En general, en las parejas donde el hombre pertenece a las clases medias, en una elevada proporción las cónyuges cuentan con un nivel educacional específico según cuál sea el estrato de pertenencia del hombre. Es decir, en las clases medias hay un criterio compartido acerca de cómo debe ser establecida la unión de pareja o el matrimonio.

Mientras en el pasado histórico la homogamia de la clase alta definía orientaciones claves de la sociedad, en la actualidad, cuando las clases medias dejaron de ser minoritarias y bordean la mitad de la población, las reglas homogámicas continúan presentes, pero ahora más bien al interior de cada uno de los estratos de clase media. Hay una clausura homogámica, especialmente marcada en el estrato de clase media alta. La naturalización de los límites

impuestos por la educación a la conformación de parejas, confiere identidad a diferentes estratos de las clases medias.

Concluyendo, en la conformación de las clases medias hay un plano personal, cotidiano y experiencial, que ha variado a lo largo del tiempo. En el pasado más lejano era notoria una regla de homogamia basada en el capital económico que establecía una frontera entre la clase alta y la naciente clase media. En contraste, en la actualidad destaca más claramente una regla de homogamia basada en el capital educacional, que establece fronteras entre distintas categorías que componen las clases medias. Un eventual cuestionamiento de esta regla de homogamia podría desestructurar el actual sistema de desigualdades.

III. Clases medias, consumo y cultura de masas

Un acercamiento futbolístico a la participación cultural de la clase media en Chile. Un caso de inserción y exclusión nacional: Colo Colo F.C. 1925-1929¹²¹

Diego Vilches Parra
Magíster en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile

El surgimiento y crecimiento de la clase media en Chile tuvo profundas consecuencias para la construcción discursiva de la representación de la identidad chilena. Los intelectuales mesocráticos elaboraron, a través de una agenda político-cultural, una imaginación nacionalista que alteró profundamente el paisaje cultural chileno. En efecto, infundieron en la sociedad una nueva constelación de símbolos, imágenes y significados que influyeron decisivamente en el modo cómo los chilenos se pensaban a sí mismos y a su nación. Una de las principales preocupaciones de los reformadores de clase media durante las primeras décadas del siglo XX fue la cuestión de la “raza chilena”.

El problema de la raza chilena y de su representación cultural se encuentra en el corazón de la historia de cómo Colo-Colo F. C., que entre 1925 y 1927 se transforma en el equipo más importante de una emergente sociedad de masas chilena. En efecto, a través del fútbol en general, y de la historia de *Colo-Colo F.C.* en particular, se pueden observar tanto las consecuencias como las características del proceso por el cual la clase media se posicionó política y culturalmente en el Chile de la década de 1920. Específicamente, permite observar en oposición a cuál “otro” grupo social fue que la emergente clase media definió su identidad. También nos revela cuáles fueron los símbolos y signos a través de los cuales le dio un contenido político y nacionalista a su proyecto de modernidad¹²².

¹²¹ Una versión preliminar de este artículo fue publicada el año 2011 en la revista mexicana <http://www.distintaslatitudes.net/chile-futbol-y-memoria-historica-recuento-de-un-despojo-etnico>

¹²² Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*, USA, The University of North Carolina Press, 2001, 2-3. Sobre la raza chilena Nicolás Palacios, *Raza Chilena. Un libro escrito por un chileno y para los chilenos*, Santiago, Chilena, 1918. Sobre el fútbol como fenómeno cultural y social véase Aldo Panfichi, “Hacia una sociología del fútbol”, en Aldo Panfichi (ed.), *“Ese gol existe. Una mirada al Perú a través del fútbol*, Lima, Fondo Editorial

A diferencia de la clase media peruana de cambio de siglo, la chilena se definió temprana y fundamentalmente en oposición a la oligarquía. Ésta tenía un proyecto de modernidad netamente europeo, mientras que la clase media buscaba representar una modernidad “auténticamente” chilena. Los símbolos “propiamente chilenos”, como *Colo Colo*, eran de origen indígena. Sin embargo, en su lucha por posicionarse política y culturalmente, la clase media despojó de sus símbolos a los mapuches, lo que redundó en la invisibilización de los indígenas tanto en el discurso de la identidad nacional como de la sociedad en general. El carácter no indigenista de la clase media se muestra en que ella se insertó y actuó políticamente en la emergente sociedad de masas chilena esgrimiendo, hábilmente, el lenguaje hegemónico instaurado por la oligarquía. De hecho, le recriminaba a la oligarquía no solo su “modo de ser aristocrático” sino que también su falta de “espíritu nacional”¹²³.

La cultura y la práctica política de la clase media chilena se desarrollaron al interior de ciertos límites discursivos instaurados por la elite, lo que ha sido denominado como hegemonía. La hegemonía no oculta el conflicto social, sino que por el contrario, es el resultado histórico de la forma en que una sociedad construye conflictivamente un lenguaje común para actuar políticamente en un orden social caracterizado por la dominación. El enfoque hegemónico ha permitido analizar el conflicto social existente entre la intervención estatal y las esferas públicas y privadas, al subrayar el espacio común de creencias que existe al interior de una sociedad. La hegemonía no es estática sino que frágil y negociada, y por lo tanto susceptible de ser tensionada y ampliada, en este caso, por los sectores mesocráticos. Cuando ellos articularon sus demandas a partir del lenguaje hegemónico de su época, enfatizaron las contradicciones y los límites del proyecto político de la oligarquía. En efecto, el fútbol y el discurso de la “raza chilena” eran espacios hegemónicos que si bien para la década de

PUCP, 2008, 13-24. Roberto Di Giano, *Fútbol y cultura política en la Argentina. Identidades en crisis*, Buenos Aires, Leviatán, 2005. Richard D. Mandell, *Historia Cultural del Deporte*, Barcelona, Bellaterra, 1986. La historia, anecdótica, de cómo Colo-Colo se transformó en el equipo más importante de Chile entre 1925 y 1932 es narrada prolijamente por Sebastián Salinas, *Por empuje y coraje. Los albos en la época amateur*, Santiago, CEDEP, 2004. Para una versión más extendida de mi argumentación Diego Vilches, “La historia de un despojo y el nacimiento de un héroe deportivo: Colo-Colo F.C. Chile, 1925-1929”, en Diego Vilches [et alter], *Seminario Simon Collier 2011*, Santiago, Instituto de Historia PUC, 2012, 13-46

¹²³ Para una comparación con la clase media peruana Diego Vilches, “Aproximaciones futbolísticas a la participación político-cultural de la clase media en Perú y Chile. Las consecuencias de la aparición de una nueva identidad durante las décadas de 1920 y 1930.”, en V Congreso Nacional de Historia, Lima, UNMSM, 6 al 11 de agosto 2012. El carácter nacionalista de los reformadores de clase media se observa, por ejemplo, en Nicolás Palacios, quién exaltaba, en contraposición a la inmigración europea latina, la figura del roto chileno. *Raza Chilena*, 11 y 42. Sobre el modo de ser de la oligarquía chilena Luis Barros y Ximena Vergara, *El Modo de ser Aristocrático*, Santiago, Aconcagua, 1978.

1920 eran dominados por la oligarquía –grupo que dominaba el Estado-, experimentaba un importante proceso de apropiación y resignificación por parte de los sectores populares y la clase media, como veremos más adelante¹²⁴.

Por otro lado, en la actualidad existe un amplio acuerdo con la definición de clase social y de identidad de clase desarrollada por el historiador E. P. Thompson. Para él la clase social sólo emerge cuando un grupo de individuos, “como resultado de una experiencia común” siente y articula “la identidad de sus intereses como propios y en contra de otros hombres cuyos intereses son diferentes de (y usualmente opuestos a) los suyos”. Por lo tanto, la conciencia de clase es la manera en que esa experiencia es comprendida en términos culturales. La clase, al igual que la hegemonía, no es entonces un ente estático, sino que fundamentalmente un proceso que se desarrolla, expresa y reproduce culturalmente. David Parker y Patrick Barr-Melej coinciden en que es imposible comprender esta formación de clase media sin relacionarla con los dos “otros” a través de los cuales se hace inteligible su posición como una clase intermedia: la elite y los sectores populares¹²⁵. Sin embargo, lo anterior no implica, necesariamente, que la intensidad de esta oposición con la oligarquía y los sectores populares sea la misma. Propongo que en la década del veinte, y producto del desafío que hizo a la dominación que la oligarquía tenía del Estado, la identidad de clase media se definió principalmente en oposición a ésta última.

Planteo estudiar el discurso de la prensa futbolística enfocándome no en lo anecdótico, sino que en las significaciones que se le dan a los hechos que se relatan. Estos significados no se producen en el vacío, sino que forman parte de los discursos sociales y políticos que

¹²⁴ Véase al respecto Perry Anderson, *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontamara, 1981. Barr-Melej, *Reforming Chile*, 5-7. Mary Kay Vaughan, *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*, México, FCE, 2000. Peter Guardino, *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850*. Oaxaca, UABJO, 2009. Nara Milanich, *Children Of Fate. Childhood, Class, and the State in Chile, 1850-1930*, Durham, Duke University Press, 2009. Sobre el fútbol véase Eduardo Santa Cruz, *Origen y futuro de una pasión (fútbol, cultura y modernidad)*, Santiago, LOM, 1996. Esto no sólo ocurría en Chile, véase Martín Benavides, “De la fundación a la invención de la tradición aliancista: el *Alianza Lima*, club de “obreros”, de “negros” y de “La Victoria”, en Panfichi, *Ese gol existe*.

¹²⁵ E. P. Thompson citado en Barr-Melej, *Reforming Chile*, 5. David S. Parker argumenta que la forma en que los grupos sociales se auto perciben, cotidianamente, no debe ser obviado. “*Siúticos, Huachafos, Cursis*”, en Ricardo López and Barbara Weinstein (eds.), *The Making of the Middle Class: Toward a Transnational History*, North Carolina, Duke University Press, 2012, 335-336. La definición de clase de E. P. Thompson también es utilizada por Iñigo García-Bryce en “A Middle-Class Revolution. The APRA Party and Middle-Class Identity in Peru, 1931-1956”, en *The Making of the Middle Class*, 238. Raymonds Williams en *Marxismo y literatura* también enfatizó cómo la experiencia de clase era manejada a través de mecanismos culturales. Barcelona, Península, 2000.

son producidos por las distintas fuerzas sociales en pugna. En otras palabras, y desde los primeros aportes teóricos de la nueva historia cultural¹²⁶, las representaciones surgidas desde la prensa deportiva se encuentran discursivamente mediadas. De esa forma, se puede establecer una relación, que no es necesariamente causal, entre las representaciones futbolísticas y el surgimiento y despliegue político y cultural de la clase media.

Las características identitarias de la clase media chilena de la época pueden ser observadas a través del caso de *Colo-Colo F.C.* debido a que el fútbol y los símbolos que se construyen en torno a él funcionan como “estructuras culturales que reducen la complejidad social” y permiten a los individuos definir, a grandes rasgos, quiénes son y qué representan. Por ello es que a través del discurso futbolístico distintos grupos sociales han reclamado “pertenencias distintivas y exclusiones sociales”. Siguiendo a Aldo Panfichi y Jorge Thieroldt, a través del fútbol, al darle un escenario a los conflictos sociales, los sujetos pueden imaginar un escenario social menos complejo y que enfrenta, y a veces integra, a los diversos discursos identitarios que conforman una identidad nacional. En este caso nos permite conocer en oposición a cuál “otro” la clase media chilena definió su identidad en la década de 1920¹²⁷.

A la cancha

Entre 1920 y 1932 se produce la “segunda coyuntura crítica de la historia política chilena”, lo que se expresó en fuertes convulsiones políticas y culturales que eran las consecuencias visibles tanto del proceso por el cual la sociedad chilena se convierte en una de masas, como de la presión que los sectores populares y mesocráticos hicieron sobre el dominio de la oligarquía. Específicamente entre 1925 y 1927 la figura política predominante es la de Carlos Ibáñez del Campo, líder dictatorial y populista que tuvo en los grupos medios y profesionales su principal base de apoyo social. Al mismo tiempo, para los mapuches fue un periodo de profunda pauperización económica que los lleva a migrar masivamente a las ciudades chilenas, en donde sufrirán una profunda discriminación y marginalización de la vida nacional que los obliga a invisibilizar su ascendencia indígena, lo que tuvo negativas

¹²⁶ Al respecto véase Roger Chartier, *El Mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1995. Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1999. Stuart Hall, “El trabajo de la representación”, en Stuart Hall (ed.), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*, London, Sage Publications, 1997, 6 y 27.

¹²⁷ Panfichi, “Hacia una sociología” y Aldo Panfichi y Jorge Thieroldt, “Clubes y barras”, en *Ese gol existe*, 10 y 179-189.

consecuencias para la sobrevivencia de la cultura mapuche en la sociedad chilena¹²⁸. En ese contexto es fundado, por jóvenes profesores normalistas de clase media, Colo-Colo F.C. Para 1927 ya es el club más importante del país. De hecho, se lo apoda el *Invencible* no sólo por haber estado invicto durante 13 meses (desde su fundación el 4 de abril de 1925 hasta el 31 de mayo de 1926), sino además por la exitosa gira internacional que llevó en 1927 a estos jóvenes chilenos a pasear por América y Europa la bandera chilena.

Sin embargo, ¿por qué, si entre 1925 y 1929 *Colo Colo F. C.* se transformaba en el club más importante de Chile, los mapuches *de a pie*, que vivían en las ciudades de Chile, tuvieron que esconder su ascendencia indígena? Principalmente porque los valores que habían dado fundación al equipo eran propios de la emergente clase media chilena, valores de modernidad, cultura y deseos de blanqueamiento racial, los cuales entraban en conflicto con la presencia de los mapuches en las ciudades. En efecto, mientras se reivindica al mapuche del pasado –por su espíritu guerrero–, se marginaliza al del presente. Se desarrolla, entonces, un despojo simbólico a través del cual el signo Colo-Colo pasa de significar un *lonko* mapuche de *La Araucana* de Alonso de Ercilla, a significar un equipo chileno de fútbol formado por jóvenes de una emergente clase media¹²⁹.

Los primeros años de vida del club están estrechamente vinculados a la historia de la profesionalización del fútbol chileno, objetivo que será conseguido en los primeros años de la década de 1930. Para 1925 el profesionalismo era para los sectores dirigentes desnaturalizar el espíritu deportivo del fútbol. Su concepción, como una práctica esencialmente *amateur*, se correspondía con un “modo de ser aristocrático”, típico de la oligarquía chilena de la época,

¹²⁸ Véase Stefan Rinke, *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931*, Santiago, DIBAM, 2002. Timothy Scully, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, Santiago, CIEPLAN, 1992. Sofía Correa, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago, Sudamericana, 2005. Jorge Rojas, *Los trabajadores chilenos, desde la colonia hasta 1973*, 54-64. <http://www.bibliotecaobrero.cl/wp-content/uploads/2008/10/los-trabajadores-chilenos-desde-la-colonia-hasta-1973-jorge-rojas-flores.pdf> (2 de julio 2012.) Para el caso mapuche véase Florencia Mallon, *La sangre del copihue. La comunidad Mapuche de Nicolás Aillío y el Estado chileno 1906-2001*, Santiago, LOM, 2004, 17. José Bengoa habla de la época de la “mesa vacía”. *Historia de un conflicto*, Santiago, Planeta. 1999. Nicolas Gissi, *Asentamiento e Identidad Mapuche en Santiago: entre la asimilación y la autosegregación. Una investigación cualitativa en la Comuna de Cerro Navia*, Santiago, PUC, 2001

¹²⁹ Para el concepto de despojo véase Sylvia Molloy, “De Exhibiciones y despojos: Reflexiones sobre el patrimonio nacional a principios del siglo XX”, en Mabel Moraña (ed.), *El salto de Minerva. Intelectuales, género y estado en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, 2005.

la cual se definía a partir de categorías como el “ocio” y “buen tono”¹³⁰. El amateurismo permitía mantener más o menos vedado el deporte a los sectores que no tenían acceso al ocio; por ello es que la profesionalización del fútbol es parte fundamental del proceso de apropiación de este deporte por parte de los sectores medios y populares¹³¹. Por ende, en la fundación de *Colo Colo* y en el proceso de profesionalización del *football*, subyace toda una nueva forma de entender la relación entre sociedad y Estado. Se trata de un cambio cultural profundo, y no meramente casual, durante los agitados años del decenio de 1920.

¿Por qué el cuadro formado por profesores normalistas toma un símbolo araucano como nombre?¹³² La elección del nombre responde a dos movimientos político-culturales. El primero es un movimiento general asociado a la emergencia política y cultural de la clase media chilena a inicios del siglo XX. El fútbol era un deporte dominado por la oligarquía chilena y los descendientes ingleses, lo que se expresaba en los nombres de los equipos más tradicionales de la época: *Santiago National* o *English*. El primero fue formado por jóvenes oligarcas, mientras que el segundo por descendientes de la próspera colonia inglesa. Sin embargo, para la década en cuestión y relacionado con la apropiación del fútbol por los sectores medios y populares se observa la emergencia de nuevos clubes con nombres “autóctonos”. Nos encontramos con la aparición de equipos cuyos nombres son *Guacolda F.C.*, *Atlético Lautaro*, *Atlético Caupolicán*, todos ellos nombres tomados de la Guerra de Arauco y particularmente de la epopeya de *La Araucana*.

Particularmente *Colo Colo* fue elegido porque, en palabras de los fundadores del club, era un símbolo “que encarna el amor por las cosas de nuestra tierra”. *Colo Colo*, lo *araucano*, representaba algo “netamente chileno”¹³³. Eso se expresó en la primera insignia del club, calificada por *La Nación* como un “escudo nacional”. Como se puede observar, en la insignia

¹³⁰ Barros y Vergara, *El Modo de ser Aristocrático*. El *sportman* oligarca, era un sujeto que gracias su carácter rentista no tenía necesidad de trabajar, y por tanto, podía distribuir su tiempo entre el deporte, el Club, las reuniones sociales y la actividad política, 33-72.

¹³¹ Véase Salinas, *Por empuje*. Eduardo Santa Cruz, *Origen y futuro de una pasión*, 25-61.

¹³² *Colo Colo* era un personaje histórico de la Guerra de Arauco, un lonko que sabiamente estableció el modo de elegir al toqui que iba a dirigir la lucha contra el invasor español en el siglo XVI durante la Guerra de Arauco.

¹³³ *Los Sports* N° 173 y 198, Santiago 2 de julio y 24 de diciembre 1926.

se representaba, a través de la conjunción del tricolor chileno con la palabra Colo-Colo, la idea de que lo araucano pertenecía a los símbolos de la *chilenidad*.¹³⁴



Detrás de esta creencia está el mito fundacional de la identidad chilena, caracterizada como un solo pueblo, una sola raza y una sola nación. En 1904 Nicolás Palacios había señalado, concitando un importante apoyo, que la raza chilena era el resultado de un proceso de mestizaje, muy peculiar, entre el conquistador español y el indómito araucano¹³⁶. A través del mestizaje, la raza mapuche había sido subsumida en la chilena, y por tanto, lo araucano había dejado de tener autonomía, para ser absorbido por la cultura chilena que a inicios del XX estaba deseosa de modernización y modernidad. La presencia de los jóvenes mapuches en las ciudades chilenas ponía en jaque la veracidad de dicho mito; la discriminación de la que fueron objeto, resultó ser el mecanismo a través del cual la sociedad chilena intentó normalizar su presencia corrosiva para el proyecto racial vigente a la sazón, el cual, tal como muestra la siguiente caricatura, representaba a la raza chilena como *blanca*.

¹³⁴ *La Nación*, Santiago 13 de Diciembre 1925. Véase también Patricio Toledo, “La mirada de los testigos. Uso, reproducción y conflicto de la fotografía mapuche de finales del siglo XIX y principios del XX”, en Margarita Alvarado, Pedro Mege y Christian Báez (eds.), *Mapuche fotografías siglos XIX y XX: construcción y montaje de un imaginario*, Santiago, Pehuén, 2001, 45.

¹³⁵ Primera insignia de Colo-Colo F.C, en <http://ferloa.blogspot.com/2007/04/aniversario-colo-colo-breve-resea.html> (10 de julio 2011).

¹³⁶ Palacios, *Raza Chilena*. Véase también José Bengoa, *La Emergencia Indígena*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.



Entonces, ¿por qué la clase media chilena opta por tomar símbolos araucanos? Porque buscaba diferenciarse de la oligarquía, la cual se caracterizaba por un proyecto de modernidad netamente europeo. Los nombres indígenas de los clubes de fútbol de la clase media son los símbolos que apuntan a diferenciar su proyecto del proyecto de modernidad de la oligarquía. Esto se expresa claramente en el escudo que acompaña al equipo en la gira internacional que lo lleva por América y Europa en 1927.

¹³⁷ *Los Sports*, n° 131, Santiago 11 de septiembre 1925.



138

Como se observa en esta insignia, la clase media chilena toma símbolos que considera autóctonos, los vacía de sus contenidos étnicos, y los reduce a los clichés de los manuales de historia escolar chilenos de la época que consideraban que la cultura mapuche había dado paso, a través del mestizaje, a la moderna, blanca y homogénea raza chilena. En esta insignia, dicha creencia se expresa a través de su anacronismo, ya que un mapuche del siglo XVI aparece practicando el *football*. Al representarlos desnudos se los caracterizaba como salvajes¹³⁹. En suma, el *araucano-colocolino*— nada tiene que ver con los mapuches reales que esos mismos años caminaban por las calles santiaguinas.

¹³⁸ Tomada de Salinas, *Por empuje*.

¹³⁹ Los libros escolares de historia de la época confinaban a los pueblos originarios a un tiempo superado históricamente. Los mapuches aparecen reducidos al periodo de descubrimiento y conquista. Durante el periodo colonial, independentista, y el proceso de construcción y consolidación del Estado-nación chileno su presencia es absolutamente olvidada. *Historia de Chile: Libro II*, Santiago, La Salle, 1927, 13 y 29. Peña y Lillo, *Texto Auxiliar Para La Enseñanza De La Historia, Geografía Y Educación Cívica*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1930, 25. Por otro lado, los mapuches de la época se quejaban airadamente de que en los libros escolares se los representase desnudos, ya que como señalaban en sus propios periódicos, no anduvieron desnudos en el siglo XVI, y menos en el XX. *El Araucano*, San José de la Mariquina 15 de agosto 1928.

Luego el símbolo es cargado de connotaciones modernas. En este caso por la conjunción entre Colo Colo y *football Club*. De hecho, en la época se hablaba del “fútbol científico de *Colo-Colo*” – una “maquina que vence y golea” – ya que el plantel se caracterizaba por el entrenamiento cotidiano, algo no común en el fútbol chileno y que encontró una dura censura en los sectores oligárquicos. Esto se reflejó en las opiniones que la prensa deportiva tuvo con respecto al club. *Los Sports* calificaban al equipo como un “monstruo” que no tenía piedad frente a sus adversarios. No podía ser de “buen tono” que los jóvenes de clase media hubieran masacrado públicamente, por 14 goles contra 2, a uno de los clubes más tradicionales y decentes de la época como era el *Santiago National*.¹⁴⁰

El primer año del club significó un punto de inflexión en la opinión deportiva nacional. La opinión de *Los Sports* con respecto al comportamiento del equipo estaba dividida y en un mismo número, dos redactores discrepaban. Mientras uno felicitaba al cuadro, sobre todo por la capacidad física de sus componentes conseguida en base a sacrificio y entrenamiento frecuente, el otro censuraba justamente esta manía de jugadores “anónimos” por el entrenamiento cotidiano y señalaba: “¿habrase visto mayor desacato contra nuestras normas *footballísticas*?” Rogaba para que prontamente algún equipo lisa y llanamente pulverizara al “monstruo”¹⁴¹. De esa manera, lo que *Colo Colo* simbolizó, y que además chocó con las representaciones de la chilenidad propias de la oligarquía, era la idea de que a través del trabajo metódico y diario, de la ciencia y la técnica se conseguía el progreso de la sociedad. Lo que en el plano futbolístico significaba dar un giro hacia la profesionalización de la práctica del deporte. Para la aristocrática elite chilena de la época esto significaba desnaturalizar, por completo, la práctica del fútbol¹⁴².

De esa manera, a través del accionar simbólico-futbolístico de *Colo-Colo* en la segunda mitad de la década de 1920, se expresan las características que constituyen la identidad de la emergente clase media chilena. En primer lugar, la idea del entrenamiento metódico y el desarrollo de un fútbol profesionalizado expresa su discurso mesocrático. Al contrario de la oligarquía, la cual postulaba que el estatus social de los individuos es innato y se define,

¹⁴⁰ *Los Sports*, n° 122, Santiago 10 de julio 1925

¹⁴¹ *Los Sports*, n° 145, Santiago 18 de diciembre 1925

¹⁴² En efecto, David y Alberto Arellano fundadores del club consideraban que el fútbol chileno debía modernizarse para poder competir con el fútbol uruguayo y argentino, lo cual implicaba dar pasos hacia la profesionalización del fútbol. Alberto Arellano, *David Arellano Moraga: el deportista mártir*, Santiago, Atenas, 1929, 15. Véase también Salinas, *Por empuje*. Santa Cruz, *Origen y futuro*.

inexorablemente, desde la cuna hasta la tumba¹⁴³, la clase media tiene conciencia, ocupando un lenguaje propio del discurso liberal y capitalista¹⁴⁴, de que la posición social se construye con trabajo metódico, esfuerzo y méritos. Los que han nacido fuera de la elite, en caso de ser sujetos diligentes y eficientes, sí pueden llegar a escalar socialmente. Es a partir de estas categorías que la clase media busca redefinir la idea de decencia que esgrimía la oligarquía¹⁴⁵. En definitiva, lo que se propone es que sean los méritos de los sujetos lo que defina el estatus social, y no el “abolengo”.

De todas formas, a fines de la década de 1920, la clase media chilena se había consolidado en la sociedad nacional. Esto se expresó, simbólica y culturalmente, en el espacio futbolístico de manera trágica para *Colo-Colo* y todo Chile. En 1927 y en la ciudad española de Valladolid fallecía, producto de una lesión generada en un partido contra el representativo local, David Arellano, el fundador e ídolo deportivo chileno más importante de esa época. La transformación de Arellano en un mártir fue, para nuestra sociedad, un momento mítico a través del cual la raza chilena logró ser reconocida, a través de este equipo conformado por jóvenes de clase media, como hermana de sangre de la española. Las autoridades locales dedicaron, a través de David, a todos los chilenos grandes homenajes. La Sección de Estudios Americanistas de la Universidad de Valladolid saludó a David Arellano como su hermano de raza¹⁴⁶. Igual cosa hizo el Arzobispo de la ciudad Monseñor Gandásegui, quién se refirió al jugador chileno en los siguientes términos:

“A ti, hermano de raza y tradición, vayan piadosos nuestro responso y nuestra ofrenda. Porque desde la tierra occidental, allende atlántica y trasandina, viniste a esta otra tierra, dos veces madre cultural de la tuya...”¹⁴⁷

¹⁴³ Como muestra David Parker el discurso del “buen tono” fue un arma usada por la oligarquía chilena y peruana para defenderse, en el terreno simbólico del conflicto de clases, de los avances de los sectores medios. En “*Siúticos, Huachafos, Cursis...*”

¹⁴⁴ Raymond Williams citado por Parker, “movilización de clase media”, 196.

¹⁴⁵ Pablo Whipple ha mostrado que los distintos grupos sociales elaboran significados diferentes para la idea de “decencia”, y que de hecho, pugnan por lograr incluir su forma de entenderla en el discurso hegemónico. “¿Apostando por la república?: decencia, apuestas e institucionalidad republicana durante la primera mitad del siglo XIX en Lima”. *A Contracorriente* 6, nº 3(2009): 1-35.

¹⁴⁶ *El Mercurio* de Valparaíso, 5 de mayo 1927. *La Nación*, Santiago 5 de mayo 1927. *El Heraldo del Sur*, Temuco 5 de mayo 1927.

¹⁴⁷ La descripción la tomamos del reportaje que *El Norte de Castilla* hizo sobre el funeral., Valladolid 5 de mayo 1927. Citado en Alberto Arellano, *David Arellano Moraga: el deportista mártir* (Santiago: Atenas, 1929), 375-383.

España reconoció de esa forma a la raza chilena como una raza blanca. Con ese gesto, se rindió tributo a *Colo Colo* y a Chile, pues “David Arellano ¡le pertenecía a Chile entero!”¹⁴⁸. El funeral de Arellano fue un verdadero ritual en el que, a 23 años de la publicación de su libro, se materializaron las enunciaciones sobre la *raza chilena* hechas por Nicolás Palacios. A través de un futbolista y un equipo de clase media, la raza chilena había conseguido su estatus de blancura. Este momento, de naturaleza mítica, marca culturalmente la consolidación de la inserción política y cultural de la clase media en la sociedad chilena. A través de sus méritos tanto deportivos como sociales la clase media había ganado una posición importante en la sociedad, cultura y política chilena. En definitiva y simbólicamente, sus méritos descansaban en haber logrado conseguir para la sociedad chilena, y en el extranjero, el estatus de una sociedad racialmente blanca: su “diploma de blancura”¹⁴⁹.

Conclusión

Para América Latina, las décadas que van desde 1910 hasta 1930 se caracterizaron por el avance de los sectores mesocráticos y populares sobre el excluyente proyecto nacional de las oligarquías latinoamericanas. El caso chileno y el caso mexicano –La Revolución Mexicana– reflejan los dos extremos que tomó este tránsito. El primero se da por la vía de la institucionalidad y redundante en una redefinición del Estado a partir de la inserción de representantes de estos grupos sociales en el sistema de partidos chileno. Por el contrario, en el segundo caso, las revoluciones mexicanas destruyeron el Estado decimonónico, y tras el “período violento” se comienza a construir un nuevo Estado. En ambos casos, las reglas hegemónicas mutaron, pero en el último caso lo hicieron de manera más radical¹⁵⁰.

Aunque en ambos procesos las demandas de los grupos anteriormente excluidos encontraron un espacio institucional donde poder expresarse, la forma en que ocurrió este proceso,

¹⁴⁸ *Los Sports* No. 218, Santiago 13 de mayo 1927.

¹⁴⁹ Sobre la idea de diploma de blancura véase Jerry Dávila, *Diploma of whiteness. Race and social policy in Brazil, 1917-1945*, Durham, Duke University Press, 2003. Véase también Virginia Zavala y Roberto Zairquey, “‘Yo te segrego a ti porque tu falta de educación me ofendé’: una aproximación al discurso racista en el Perú contemporáneo”, en: *Racismo y Discurso en América Latina*, Teun A. Van Dijk (coord.), Barcelona, Gedisa, 2007

¹⁵⁰ Vaughan, *La política cultural en la Revolución*. Timothy Scully, *Los partidos de centro*. Alan Knight, “Caudillos y campesinos en el México Revolucionario, 1910-1917”, en D. A. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la revolución mexicana*, México, FCE, 1985, 32-85. Mario Góngora, por ejemplo, afirma que Alessandri e Ibáñez sabían que incorporar al proletariado al Estado era la condición para frenar la lucha de clases y la revolución social. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado*, 196

al ser diametralmente opuesta, redundó en una diferencia fundamental en la manera en que fueron redefinidas las identidades culturales y raciales de ambas naciones. Mientras que en México el logro “profundamente democratizador e incluyente de la Revolución” fue la inclusión de lo moreno y lo indígena en la cultura nacional, en Chile los grupos medios y populares se blanquearon, y discursivamente comenzaron a compartir una misma identidad racial con las elites. Es así que el “color” racial que tomó uno y otro país refleja la dispar capacidad de agencia (*agency*) que los sectores populares y mesocráticos tuvieron en la construcción del proyecto estatal de la primera mitad del siglo XX¹⁵¹. En efecto, mientras en Chile la inserción principal fue protagonizada por la clase media, en el caso mexicano, los sectores populares y rurales fueron protagonistas principales en el proceso revolucionario.

Específicamente, la clase media chilena aspiró a la modernidad amparada desde los símbolos que considera como propiamente nacionales, lo que concuerda con la idea de “modernidades primitivas” desarrollada por Florencia Garramuño¹⁵². Al tomar símbolos indígenas subraya (al enfatizar la “naturaleza” foránea de su rival) su carácter de una clase media nacional y con un fuerte mensaje nacionalista. Con todo, y si bien, como hemos visto, la clase media plantea una hegemonía alternativa al sistema político oligárquico, Barr-Melej plantea que su proyecto también buscó conjurar el proceso de radicalización de la clase trabajadora¹⁵³. De hecho, la clase media, como tal, no tenía un proyecto revolucionario, sino que por el contrario su proyecto era de carácter reformista: alcanzar el desarrollo capitalista nacional, con independencia del imperialismo. Sin embargo, al jugar con las reglas hegemónicas del capitalismo liberal le recrimina a la oligarquía su incapacidad para cumplir con sus propios objetivos, justamente por las características aristocráticas que sigue manifestando en la década de 1920. De esa forma (y eso expresa el meteórico avance de *Colo-Colo* sobre sus rivales

¹⁵¹ Vaughan pudo rastrear la forma que tomó el nuevo Estado post-revolucionario y las nuevas reglas hegemónicas, estudiando, en cuatro comunidades campesinas, cómo los maestros rurales ejercieron de intermediarios entre la esfera local, campesina e indígena, y el poder estatal cardenista (1930-1940). De ese modo, las escuelas rurales se constituyeron como un campo de negociación política que revelan la agencia campesina en la construcción nacional mexicana del siglo XX. Desde esa perspectiva, el arco temporal de la Revolución se extiende mucho más allá del periodo violento y la primera década de institucionalización. *La política cultural en la Revolución*, 81-84. Palacios, *Raza Chilena*.

¹⁵² Florencia Garramuño, *Modernidades Primitivas. Tango, samba y nación*, Argentina, FCE, 2007, 15-27.

¹⁵³ Barr-Melej argumenta que las clases medias latinoamericanas se unieron indeleblemente con los sectores que relacionaban la modernización capitalista con el clásico proyecto liberal que fomentaba el comercio internacional, comercio doméstico y la migración interna. Por otro lado, su estudio busca responder a la pregunta acerca de si es posible identificar, en los reformadores de clase media, un nacionalismo alternativo que desafía el poder de la oligarquía, y ofrece una visión más democrática de la comunidad imaginada. *Reforming Chile*, 5-16.

oligárquicos) la clase media busca posicionarse como la única clase social que sí puede llevar a Chile a la modernidad, ya que ella es la única que personifica el “juego científico” y el trabajo metódico propios de las naciones desarrolladas. Por lo tanto, la construcción discursiva de la identidad de la clase media chilena se construye, fundamentalmente, en oposición a la oligarquía¹⁵⁴.

En esa pugna con la oligarquía los indígenas fueron despojados de sus símbolos y borrados tanto de la vida político social como de la representación de la identidad chilena. Sus emblemas iconográficos, codificados en el discurso del mestizaje, representaban a una nación formada por un solo pueblo y una sola raza. Los símbolos “autóctonos”, pertenecían a una raza que si bien era el resultado del mestizaje, se consideraba a sí misma, por sobre todo, como una homogénea y blanca. El discurso del mestizaje, a través del cual la clase media se inserta en la sociedad chilena, blanqueó a los chilenos, y en ese proceso borró a los indígenas contemporáneos de la representación de la identidad chilena. A fin de cuentas, durante el siglo XX, Colo Colo es principalmente un equipo “winka” de fútbol, y sólo en segundo plano, el lonko mapuche de quién tomó su nombre.

De esa forma, la clase media se insertó en la sociedad chilena despojando, sin buscarlo conscientemente, a los mapuches de sus símbolos y de sus historias. Lo hizo porque consideraba que lo araucano representaba el carácter nacionalista de su identidad de clase media. Sin embargo, parece profundamente contradictorio que la clase media recurra a símbolos mapuches –grupo étnico que consideraba como primitivo– para erigirse como la clase que puede encauzar el desarrollo capitalista nacional. Lo anterior, genera un campo de tensiones que puede ayudar a entender por qué un sector de ella, a lo largo del siglo XX, terminó asumiendo un proyecto socialista para Chile.

¹⁵⁴ Véase Barr-Melej, *Reforming Chile*, 13.

Representaciones sociales de las clases medias en el Chile de los sesenta a través de las revistas juveniles

Silvia Lamadrid Alvarez
Universidad de Chile

El propósito de este trabajo es describir y analizar las representaciones sociales de las clases medias en ese periodo a través de la revisión de la revista dirigida a la juventud, “Ritmo de la juventud”, reconociendo los principales actitudes y valores con que son representados estos sectores, incluyendo las identidades, roles y formas de relación de hombre y mujer que aparecen en ella. Se realizó análisis de contenido de artículos sobre jóvenes con presencia pública, y otros en que se entregan consejos a las y los lectores para “adecuarse socialmente”. Se buscaron los rasgos de personalidad, físicos, y socioculturales presentados como positivos o negativos, así como las formas de sociabilidad adecuadas para hombres y mujeres jóvenes.

Quiénes eran las clases medias en el Chile de la década de 1960

Señalan Espinoza y Barozet que en América Latina y en Chile la presentación de las capas medias tiene que sustentarse en su definición histórica específica; en el caso chileno, son grupos urbanos con inserción ocupacional en el sector servicios, sobre todo estatales. Emergieron en el siglo XIX entre los criollos, fundamentalmente como artesanos, y en la segunda mitad de ese siglo aumentaron su número como funcionarios públicos o empleados de empresas privadas. Para el siglo XX se había constituido en un sector social con una fuerte identidad en el imaginario social nacional, “como portador de un proyecto de país afincado en la democratización y el progreso social”. “Este grupo, que se constituyó en uno de los pilares del desarrollo del país entre los años 1920 y 1970, floreció en el marco de la salarización de la fuerza de trabajo, el fuerte crecimiento de la tasa de urbanización del país, unidos al aumento de la cobertura y duración de la escolaridad formal” (Espinoza, Barozet, 2009, p108). En ese periodo también desplegaron una identidad y proyecto como grupo social, que si bien no controlaba el poder político, tenía una gran influencia. Esto le dio acceso privilegiado a recursos estatales y beneficios sociales y previsionales (Espinoza, Barozet, 2009).

Desarrollaron un discurso sobre el bien común, la justicia social y el progreso del cual ellos eran los principales adalides. Aunque tanto el desarrollo industrial promovido desde el Estado como los sistemas de protección social que se implementaron mejoraron la condición de sectores importantes de la población chilena, sobre todo de los trabajadores urbanos de los servicios estatales o grandes empresas privadas, se mantuvieron fuertes desigualdades, y los mismos recursos a los que la clase media tenía acceso eran precarios (Barozet, 2006).

Uno de los rasgos distintivos de las clases medias era su alto capital cultural, con un promedio entre 8 y 11 años de estudios en 1960. Los niveles educacionales de estos sectores eran en los años sesenta incluso mayores que en los sectores empresariales y desde luego muy superiores a los sectores populares, de los cuales los separaba una brecha no menor a cinco años de estudios. Mientras en los años 50 y 60 se expandió la cobertura de la escolarización en la enseñanza secundaria y universitaria, no se redujo la tasa de analfabetismo, porque no hubo aumentos similar en educación básica, sobre todo en el campo (Barozet, 2006).

Este esfuerzo educacional de los sectores medios, sin embargo, no se traducían en mejores ingresos, aunque sí en mejor capital cultural y social. De ahí la necesidad de mejorar su ascenso social y status con los intercambios de favores entre pares, que les permitían hacer un uso privilegiado de los precarios sistemas de protección social en su beneficio (salud y pensiones), a los que se agregaban otros aportes no monetarios (subsidios, colonias, casas de reposo). Siguiendo el análisis de Barozet (Barozet, 2006), se puede afirmar que las clases medias crearon un sistema de “compadrazgo”, pedido y devolución constante de favores a amigos y colegas, caracterizando así su sociabilidad en una visión concreta de la solidaridad, en que la amistad adquiere un carácter normativo. Estos vínculos informales se daban, además, ligados al desarrollado sistema de partidos.

Se sabe poco cómo se desplegó esta red de sociabilidad entre las décadas de 1920 a 1960 dentro de los partidos o de los sindicatos de funcionarios. Como lo han señalado Salazar y Pinto, faltan estudios sobre el modo de ser de las clases medias, cómo se desplegaba la cotidianeidad de las clases medias, cual era la cultura y el ethos que se iba entretejiendo y daba sustentabilidad a la identidad de clase que alcanzaron en este periodo. Ellos han señalado la “percepción de una vida rutinaria, sofocante, necesaria pero no amada” (Salazar y Pinto, 2000, p.86)

Los valores de las clases medias

Desde la historia, Candina (Candina, 2012) describe a las clases medias de mediados del siglo XX. “Se trataba de los individuos y familias que habían superado la pobreza indiscutible de campesinos, vagabundos y obreros de baja calificación, y que además vivían de una manera que puede calificarse como urbana tanto en el sentido de haber accedido a los adelantos materiales y tecnológicos de las ciudades modernas como de haberse integrado a la oferta cultural y a la actividad política y social de las ciudades; la vida ciudadana del país.” (Candina, 2012, p. 11).

Dentro de las capas medias, Candina se refiere al desarrollo de identidad como trabajadores asalariados de los empleados públicos, y su organización en defensa de sus condiciones salariales y de vida, muchas veces en alianza con organizaciones obreras, confrontando o negociando con los partidos de gobierno de turno; los partidos Radical y Demócratacristiano vehicularon sus demandas (Candina, 2012). El elemento diferenciador fundamental respecto a los sectores populares era la educación, tanto formal como en su capacidad de expresarse y relacionarse con los demás, así como la correcta presentación personal, limpia y ordenada. Los sectores medios debían vestirse o alhajar su hogar de acuerdo a su nivel social, lo que les provocaba fuertes tensiones, ya que muchas veces sus recursos materiales los ponían al límite de lo socialmente adecuado. Atrayéndole esto acusaciones de arribismo e incluso de vivir al día, no preocuparse del mañana en su afán de aparentar más allá de su capacidad económica (Candina, 2009).

Hay dos estudios sociológicos referidos a las mujeres de clase media, a través de los cuales se pueden inferir sus valores para las familias. El primero de ellos es el estudio de Armand y Michelle Mattelart (Mattelart & Mattelart, 1968). La investigación recogió opiniones sobre las mujeres de una muestra de hombres y mujeres de varios estratos sociales, y preguntó por la imagen respectiva de cada clase social. A la clase media la describían como portadora de un “tradicionalismo urbano contemporáneo”; es decir, adherían a los valores de la modernidad, pero aspiraban a preservar valores éticos y concepciones tradicionales respecto a la desigualdad social. De ahí, entonces, la aspiración de sostener un modelo familiar propio del ideal burgués, que se mantenga como grupo primario de relaciones afectivas amenazadas por la vida urbana, y se sustenta en “un conjunto de privilegios entre los cuales está una estructura de servicios domésticos de bajo costo que libera a la mujer de las preocupaciones

del hogar” (p. 21). Según los autores, esto había contribuido al “familismo” y el “sistema de clientelas” que construye la gran familia de la clase media urbana.

Las mujeres de clase media eran vistas por hombres y mujeres de la clase media superior como conscientes de haberse ganado su posición con esfuerzo y afán de superación, que le daba una gran ventaja para integrarse al mundo actual, con su actitud abierta y adaptable. Era instruida, activa intelectualmente, productiva y aportadora; luchaba a la par con su marido por su hogar. A diferencia de los hombres, tienen como referente a las mujeres de clase alta, en tanto trata de alcanzar la sofisticación y elegancia de aquella, sin conseguirlo, sobre todo, porque no tienen los medios. Las mujeres de clase media inferior observaban en la mujer de clase media su condición de mujer de trabajo y de su casa, manteniendo la noción de esfuerzo, pero sin la integración al mundo externo. Las mujeres de sectores populares enfatizaban la superioridad de estas mujeres en educación, recursos económicos y participación, criticando su arribismo, pretensión de aparentar como si fueran de clase alta. Los hombres las veían como rivales en el campo del trabajo (Mattelart et al, 1969, p. 50).

Desde las clases superiores, se las reconocía como trabajadores, organizadas, deseosas de progresar, pero cuya ambición se limitaría a metas económicas. Un grupo pequeño las describe como burdas, respecto a las de clases superiores. Los hombres apreciaban su mayor nivel educacional, sin rescatar el esfuerzo, e incluso criticándolas por no tener la figuración y altura moral de la mujer ideal de clase alta (Mattelart et al, 1969, p. 50).

Borsotti, en su análisis biográfico de mujeres de clase media (Borsotti, 1978), apunta a un campo de orientación a la acción compartido, a pesar de las diversidades internas: el ascenso o estabilidad social, afincado en la educación universitaria de los hijos, “el individualismo como método de acción social, el consumo simbólico, la estabilidad y la seguridad en el empleo con la consiguiente previsibilidad, la gratificación psicológica centrada en las relaciones personales intrafamiliares” (Borsotti, 282). El autor advierte la tensión que implicaba el logro de estos valores en un ambiente difícil, y el rol clave de la mujer en la estrategia familiar para alcanzarlos, motivando a los integrantes de la familia, y organizando y administrando los recursos económicos, psicológicos y sociales del grupo.

Huneus (Huneus, 1971), entregó una visión negativa de las capas medias funcionarias. A fines de los años 60 las caracterizaba por la tensión entre sus carencias materiales y el temor a ser confundidos con los sectores populares, sus escasos recursos y la necesidad de llevar una vida “decente” sin ensuciarse las manos con el trabajo manual; el deseo de cambios y

el temor a perder los pocos privilegios con los que cuentan; el resentimiento a una jerarquía que los domina y la tradición de “actuar suavemente sin mostrar rencor” (Huneus, 1971, p. 544), entre el inconformismo y la resignación a las “humillaciones cotidianas” provenientes de incomodidades materiales y deudas; el deseo de libertad y la necesidad funcionaria de adaptarse a la norma; entre el deseo de rebelarse y la costumbre de agrandar para obtener pequeñas prebendas.

Los años sesenta

Los mecanismos integradores desarrollados por los sectores medios podían funcionar adecuadamente mientras el número de integrantes de estas clases no creciera más allá de lo que la frágil economía nacional podía sostener. En los años sesenta, el modelo de sustitución de exportaciones había entrado en crisis, tensionando al máximo al Estado, convertido en un articulador de demandas sociales. La inflación devoraba los reajustes salariales negociados cada año por las organizaciones de trabajadores. Al inicio de la década, entre 1958 y 1964, el gobierno estaba en manos de una coalición de derecha; en 1964, triunfó el candidato democratacristiano que implementó una nacionalización parcial del cobre, la Reforma Agraria y la Promoción Popular, abriendo espacios de participación social a los pobladores, estableciendo redes de clientelismo político con los nuevos sectores organizados, nuevamente a costo de los servicios públicos.

Pese a la radicalidad de las reformas impulsadas por el gobierno de Frei, el modelo económico carecía del dinamismo para crecer y satisfacer las demandas sociales en ascenso, provocando una acumulación de demandas insatisfechas y la radicalización de las luchas sociales. El conflicto social fue político, entre “clases”. Los campesinos migraban a las ciudades, expulsados por la falta de trabajo y las duras condiciones de vida; una vez en las ciudades, presionaban por un lugar donde vivir, por trabajos y por acceso a la educación. En 1960 la población urbana era ya el 68,2%; en 1970 había llegado al 75,1% (INE). En todos los niveles sociales había miles de jóvenes atraídos por las promesas de movilidad social de la modernidad, y encontraban que las puertas no estaban abiertas para todos. A las luchas en defensa del poder adquisitivo de los salarios, y por el derecho a la vivienda, se agregaron en 1967 y 1968 los jóvenes.

El partido político de clase media por excelencia había sido el Partido Radical, aunque su derechización a fines de los años 50 dio paso a un nuevo centro político, ya no laico y prag-

mático, sino católico y doctrinario, la Democracia Cristiana¹⁵⁵. Pero este traspaso ocurrió junto con la pérdida de la centralidad de las capas medias en el sistema político, “debido al incremento demográfico de los sectores populares” (Barozet, 2006, p. 13). Este cambio reforzó, además un proceso descrito por Garretón como “militantismo”, adhesión casi religiosa al partido, desecularizando la política y se tendió a instrumentar el resto de las esferas de la vida social (Barozet, 2006, p. 14).

La crítica social se dirigía a las instituciones políticas, pero no se cuestionaba ni el autoritarismo en las relaciones dentro de la clase y sus organizaciones, ni menos al interior de la familia. Quienes participaban en *tomas* de universidades, de terrenos o de iglesias, rompían con el orden y desafiaban a la autoridad, pero no se asumía en el discurso la tensión que esto implicaba con el orden de género. Los y las jóvenes rompían las normas tradicionales, pero no defendían abiertamente la necesidad de cambios *en este orden* (Salazar & Pinto, 2002).

Por los cambios sociales ligados a la urbanización, la ampliación de las posibilidades de educación formal y la movilidad social ligada a las nuevas fuentes de trabajo en la industria y servicios públicos, era necesario “civilizar” estas nuevas generaciones, transmitiéndoles los valores y los modales adecuados a su nueva condición: el *habitus* de las clases medias urbanas; había que compatibilizar la energía juvenil con las necesidades del desarrollo.

Las revistas juveniles

Otra amenaza a la estabilidad de las clases medias era de raíz cultural. A mitad de los años cincuenta había llegado a Chile, desde Estados Unidos, el *rock & roll*, movimiento musical que inició la irrupción de lo juvenil. “El mensaje era fundamentalmente cultural, se transmitía como actitud (rebelde), apariencia (vestuario, peinado y gestos) y teniendo como eje el amor universal (de la pareja y de todos) y, como lenguaje, nuevas expresiones y ritmos musicales” (Salazar & Pinto, 2002, p. 151).

El mundo adulto veía en los jóvenes *coléricos*, con sus motos y chaquetas de cuero, copias del cine norteamericano¹⁵⁶, una amenaza al orden social privado de las familias. Camilo Fernández, productor musical y gestor de la nueva ola, afirmaba, en un artículo de crítica a Elvis Presley, la necesidad de encauzar a la juventud:

¹⁵⁵ Analizada en este libro en la investigación de María Antonieta mendizábal. Véase p. XX y ss.

¹⁵⁶ *Rebelde sin causa*, *The wild one*, *Jailhouse Rock*, etc.

“No creemos en la juventud mala. La maldad está en la piel. Es una pose como cualquier otra. Bastará ‘poner de moda’ la bondad, la cultura, la camisa limpia y el gesto galante para cambiar un modo de actuar reñido con los valores humanos”¹⁵⁷.

La naciente industria musical y del espectáculo en Chile apoyó la emergencia de un movimiento musical que absorbió las formas sin reflexión contracultural, incluyendo el uso del inglés para nombrarse y cantar, pero cuyo mensaje no tenía la potencia crítica del rock original. La *nueva ola* fue un éxito de mercado de tal magnitud que permitió una proliferación de intérpretes, compositores, comentaristas musicales –los *discjockeys*– y de revistas especializadas¹⁵⁸.

Las revistas *Rincón Juvenil* y *Ritmo de la juventud* fueron la expresión dirigida a los jóvenes del *magazine*, género emergido en el siglo XX, producto del desarrollo de la industria cultural, formando parte de los procesos de modernización en el ámbito cultural. Fueron la vía por la cual la modernidad se incorporó a la vida cotidiana, permeándola del *carácter de la época*. A través de las revistas se accedía, muchas veces visualmente, a nuevos temas, lugares y personajes, expandiéndose y complejizándose el imaginario social (Santa Cruz, 2005). Abordaban temas del espectáculo y la entretención (música popular, cine, teatro, televisión), y también problemas sicosociales propios de la adolescencia y juventud. La Editorial Zig-Zag, propiedad de empresarios demócratacristianos, empezó a publicar *Rincón Juvenil* el 16 de Diciembre de 1964; la Editorial Lord Cochrane, recientemente creada por el grupo Edwards, lanzó la revista *Ritmo de la Juventud* en Septiembre de 1965.

Ambas revistas estaban enfocadas en ampliar la experiencia de los adolescentes y explicitaban su interés en dar expresión a un sector social que no la había tenido, y estaba siendo criticado desde el mundo adulto. Pero solamente “Ritmo” tuvo éxito entre los jóvenes; mientras “Rincón Juvenil” dejó de publicarse en 1967, “Ritmo” llegó a constituirse en la revista más leída por los adolescentes de la época, en todo el país. En 1970 se estimaba su tiraje en 85.000 a 100.000 ejemplares (Mattelart et al, 1976).

La revista fue duramente criticada por los medios de prensa de izquierda y también por científicos sociales. En medio del intenso debate ideológico que se vivía en el Chile de fines de los sesenta, Mabel Piccini (Mattelart et al, 1976) publicó a través de los Cuadernos del Centro de Estudios de la Realidad Nacional, de la Universidad Católica, “El cerco de las

¹⁵⁷ Ecran, 1403, 17/12/1957. Tomado de Historia Social de la Música Popular en Chile, p. 624.

¹⁵⁸ Además de las citadas, El musiquero y Radiomanía.

Revistas de ídolos”, un minucioso análisis de las revistas *Ritmo*, *Topsi* (suplemento juvenil de *El Mercurio*) y *Nuestro Mundo*. Apuntaba a la construcción por parte de estas revistas de un mundo intemporal y clausurado, una microsociedad juvenil, de los “Ritmo-lectores”, donde la problemática juvenil era reducida fundamentalmente a los temas afectivos y sentimentales: “El mundo de afuera, la estructura objetiva de la sociedad es suprimida como un trasto inútil y parasitario. Cerebro, reflexión y racionalidad son atributos ligados al universo objetivo, al mundo de las contradicciones, de los conflictos, de las desigualdades. Por consiguiente son rasgos no pertinentes dentro de la esfera juvenil: una esfera sobre la que la prensa burguesa proyecta la imagen de una microsociedad paralela en la que la única igualdad posible entre los miembros se funda a partir de la exaltación de la vida interior y de los sentimientos” (Piccini, 1976, p. 187). Junto con un fuerte prejuicio antintelectualista, las revistas propugnaban el imperio de la “ley del corazón”, favoreciendo una actitud “romántica” tradicional, sustentada en valores “eternos” y con una concepción mágica de la vida y el amor. El trabajo de Piccini develaba el fuerte mensaje individualista de las revistas y su rechazo a la actividad asociativa de los jóvenes cuando se trataba de organizaciones que pudieran tener propuestas críticas ante la realidad social chilena, en vez de concentrarse en el mundo afectivo y tradicional.

Mucho del éxito de *Ritmo* estuvo en su capacidad de construir ese mundo cerrado, afectivo y acogedor para los adolescentes chilenos. A través de características muy particulares, como el uso de dibujos, un aparente desorden en la diagramación, el tono íntimo de los artículos y la interacción con los lectores en secciones de correspondencia y concursos, lograron llegar a jóvenes de casi todos los sectores sociales y de todas las regiones, si nos basamos en las muchas referencias de las cartas que aparecían publicadas en las secciones “Conversando”, “Aquí opinan todos”, “Esta es mi opinión”, “Al servicio de ustedes”, “Buscando amigos” y “Cartas en Ritmo”. En ellas se puede encontrar un mapa para moverse en la sociabilidad urbana, puesto a disposición de los jóvenes. Se puede sostener que los procesos de urbanización, las migraciones campo-ciudad pequeña-grandes centros urbanos, la ampliación de las posibilidades de educación formal y la movilidad social ligada a las nuevas fuentes de trabajo en la industria y servicios públicos, habían creado nuevas generaciones de jóvenes cuyas familias no contaban con esa cultura de vida urbana.

El mundo que presentaba la revista

Aparecía un mundo armonioso, donde los jóvenes de ambos sexos se reunían, paseaban, bailaban, estudiaban, se divertían en sus hogares, en las calles y plazas durante el año escolar, o en las playas y en el campo en las vacaciones. La revista convocaba a la comunicación, a plantear con serenidad sus demandas a los padres, para demostrar su madurez y ser escuchados. La familia era el espacio natural de afecto y protección, carente de reales conflictos, aparte de estas tensiones menores.

Los conflictos sociales eran minimizados. Había “problemas”, “incomunicación”, pero no intereses opuestos; las diferencias sociales eran eludidas. Los jóvenes que escribían a la revista eran generalmente estudiantes de colegios de diversos barrios, jóvenes que trabajaban como empleados de comercio, muchachas que trabajaban en peluquerías, secretarías; pero no aparecían nunca obreros ni empleadas domésticas. Esta es una omisión muy expresiva¹⁵⁹. Se obviaba la principal actividad laboral de las mujeres jóvenes en esa época y se omitía la presencia de estas trabajadoras dentro de los hogares de la clase media, con las complejas consecuencias que ello tenía para las relaciones de género.

Se establecía así un *sentido común* muy propio de la época: la sociedad chilena era una sociedad de clase media. El origen de las diferencias sociales no era problematizado, y se insistía en la posibilidad de la movilidad social producto del esfuerzo en el trabajo y en el estudio; existían oportunidades para todos, aún cuando algunos tendrían que esforzarse más, pero el mundo era así:

“que la vida es injusta y que el hombre de nuestros tiempos, trata por todos los medios de hacer justicia, pero es una batalla difícil de librar, ya que no hay justicia ni en la naturaleza misma... Como ves todo es injusto, la vida misma; así es que si tratas de ir haciendo justicia por ti misma en todos los pequeños detalles, terminarás agotada y sola”¹⁶⁰.

¹⁵⁹ En el Censo de 1960 aparecían 181.394 mujeres trabajando en casa particular, constituyendo el 34% de la fuerza de trabajo femenina, y localizándose el 47% en la provincia de Santiago; dentro de ellas, el 64% tenía menos de 24 años. En 1970 figuraban en el Servicio de Seguro Social 143.200 personas que imponían por este trabajo; ANECAP calculaba que el total en país era entre 350 y 400.000 personas (Alonso et al, 1987)

¹⁶⁰ *Ritmo* N° 106, “Conversando”, Santiago, 12 de Septiembre de 1967, p.56.

El problema de la forma y el contenido

Uno de las oposiciones señaladas permanentemente por las autoras de los artículos es la que existiría entre forma y contenido, concretada en la apariencia física de las y los jóvenes, pero también sus recursos materiales, sociales y culturales considerados como símbolos de estatus y los “verdaderos valores”, que residirían en el interior de las personas: la honestidad, responsabilidad, capacidad de amar y fuerza de voluntad. Se enfatizaba en los hombres la capacidad de sacrificio y la perseverancia; autodisciplina, responsabilidad, realismo, capacidad de compartir, valoración de los demás, lealtad y discreción. En las mujeres, ser buenas amigas, leales, confiables, prudentes, consideradas con los demás y comprensivas.

Esto marcó la diferencia con los sectores más acomodados. Para poder exhibir belleza, elegancia, inteligencia y alta cultura había que tener acceso a esos recursos; estaba bien tenerlos siempre que no se confundiera esa apariencia –en cierto modo producto del azar de la fortuna– con los valores que cada quien construye para sí mismo. La reafirmación de una apariencia modesta pero cuidada, es permanente. Muy acorde con los valores de una clase que, como hemos visto, se afirmaba en la dignidad de movilizar al máximo sus recursos escasos, pero sabiendo que no podía competir con el brillo de quienes los poseían en abundancia. Entonces, desvalorizar ese brillo por fatuo e insustancial, era una muy buena estrategia para reafirmar lo propio.

Por otro lado, hay oposiciones que separan del mundo popular, como la responsabilidad y el esfuerzo versus la liviandad y la diversión. Esta contradicción se encarna sobre todo en el estudio y en el trabajo; hay un constante recordatorio de la necesidad de equilibrar la alegría y sociabilidad juvenil con la dedicación al estudio, tanto porque es su tarea como porque es la puerta para asumir los roles adultos de hombres y mujeres en familias bien constituidas. Precisamente por eso, también apunta al comportamiento amoroso y sexual de los y las jóvenes. Abandonarse al placer inmediato sin medir las consecuencias era la conducta más censurada tanto en hombres como en mujeres. Para ellas, porque eso podía destruir sus vidas (no explicitándose cómo, pero la referencia al embarazo no deseado, la maternidad soltera o el matrimonio prematuro eran obvias); para ellos, porque también (si la pareja tiene recursos sociales para exigirle que cumpla con su responsabilidad) tendrá que asumir compromisos no deseados. Si durante la adolescencia no se actúa responsablemente, y no se trabajan denodadamente para lograr sus metas (el ascenso social) el resultado es no sólo la ruina material, sino también moral, la pérdida del propio respeto y el de su entorno.

Pero la actitud seria y responsable no se contraponía para los articulistas con la alegría de vivir, considerada propia de la juventud, ni menos con una actitud positiva ante la vida; por el contrario, éste era el rasgo pivotal en todos los escritos de la revista. Culpar a la sociedad es inútil. Reconociendo que la vida es injusta, lo que cabe es esforzarse y utilizar todas las capacidades y oportunidades con que se cuenta. No quejarse, no envidiar a los que tienen, tampoco menospreciar a los que no tienen. Se rechaza a quienes no se esfuerzan, se dejan estar, se quejan sin poner de su parte. Y, como bien señala Piccini, se trata de una tarea individual, no de una lucha colectiva.

El primer deber de los jóvenes era “estudiar, estudiar, estudiar”. No dejar nunca sus estudios inconclusos. No había estudios menores o mayores, todos valían por sí mismos, introduciendo la valoración de carreras técnicas contra un sentido común que miraba en menos el trabajo manual. Había que aprovechar al máximo las distintas oportunidades, dependía de cada uno sacar más o menos provecho. Esforzarse por ser los mejores, por hacer bien las cosas. En el trabajo, nuevamente responsabilidad, adecuación a las normas y respeto a los jefes. Cabe destacar que la valoración de los estudios era para ambos géneros. Las mujeres también debían prepararse para el trabajo, aunque lo esperado era que al casarse se dedicaran a ser dueñas de casa tiempo completo, volcando su formación en la buena administración del hogar. Pero el contar con estudios, incluso carrera universitaria, era como un seguro de vida ante los avatares del destino.

Sociabilidad

La revista destinaba innumerables consejos respecto a la sociabilidad de las y los jóvenes. Había una alta valoración de los modales y la cortesía, que no debían perderse, aunque se fuera *revolucionario*. Se reconocía que había una propuesta *revolucionaria* que estaba alterando la valoración de esas formas sociales.

Se afirmaba con fuerza el valor de la amistad y de la sociabilidad amplia: grupo, clubes, centros juveniles. Pero se advertía contra el exceso de intensidad en las relaciones amistosas, por varias razones. En el caso de los hombres, podía llevar a perder la propia personalidad, argumento que se usaba para criticar las movilizaciones estudiantiles de la época. Para las mujeres, las amistades demasiado cercanas con el propio sexo podían limitar las relaciones con el otro sexo. No debían construir tal intimidad femenina que no dejara espacio a las

relaciones con varones. Ellas eran alentadas a desplegar una amplia sociabilidad, que incluía a los posibles novios, pero se extendía a un amplio rango de relaciones sociales:

“En la vida actual, por el contrario, la mujer debe compartir las responsabilidades del hogar y cada vez aumenta más los casos de mujeres que trabajan fuera de su casa y corren con los gastos del hogar a medias con el marido. En estos casos, un matrimonio a los quince años es desastroso, pues ella apenas ha tenido tiempo para estudiar sus humanidades (no digamos terminarlas). No tiene profesión y no está preparada para ganarse la vida junto a su esposo: su poder de adaptación al mundo moderno está severamente limitado”¹⁶¹.

El proyecto para la vida adulta articulado para los dos géneros es el matrimonio y la familia, en que las mujeres tienen el rol expresivo, con habilidades comunicacionales y de relaciones sociales, no reservadas al hogar, sino a un mundo amplio, de intereses diversos, entremezclado con los espacios masculinizados. El rol de los varones es ser centralmente proveedores, y se espera que sean autocontrolados, concentrados, con intereses intelectuales tanto por desarrollo personal como para la sociabilidad. Se enfatiza la capacidad de estar informado y culturalmente atento, tener temas de conversación, conocer su medio, manejar información social, y tratar con gentileza y cortesía a todos los débiles.

Conclusiones

Podemos coincidir con la mayor parte del análisis de Piccini. En efecto, se promueve la aceptación de un mundo de injusticias sociales en el que lo importante es salir adelante individualmente. La operación ideológica que se denunciaba está aquí presente; sin embargo, vale la pena observar cómo se articula este discurso con los rasgos que los autores revisados han descrito como propios de los sectores medios chilenos.

La representación que las revistas entregan sobre cómo debían ser y comportarse los jóvenes es muy explícita en desplegar rasgos altamente funcionales a las formas en que los sectores medios desplegaban su estrategia de reproducción y ascenso social. Las personalidades que se proponen no sólo combinan *ethos* de trabajo y esfuerzo junto con las habilidades sociales que garantizan desde jóvenes una amplia red de conocidos, de personas con las cuales ha habido ya un primer intercambio de conocimiento en actividades comunes, o en reuniones sociales de diversos tipos. Pero siempre en función del proyecto individual, encarnado en el grupo familiar constituido por la pareja y sus futuros hijos, donde además

¹⁶¹ *Ritmo* N° 19 11 de enero de 1966. Demasiado joven para pololear.

existe una división de tareas entre hombres y mujeres que refuerza la necesidad de mantener la unidad familiar para ser exitoso en un mundo injusto, ante el cual una propuesta colectiva de cambio social sólo podía conducir al agotamiento, la amargura y frustración.

Bibliografía

- Alonso P. Larraín M. R., Saldías, R.** *La empleada de casa particular*. En Covarrubias, Paz; Franco, Rolando (compiladores) (1978) *Chile, Mujer y Sociedad*. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia., Santiago, Chile, pp 399-422.
- Barozet, E.**, “*El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile*”, Revista de Sociología n° 20, (Universidad de Chile), 2006, 69-96.
- Candina, Azun.** “*Por una vida digna y decorosa: clases medias y empleados públicos en el Chile del siglo XX*”, Ediciones Frasis, 2009
- Candina, Azun** *LA CLASE MEDIA COMO IDEAL SOCIAL. EL CASO DE CHILE CONTEMPORÁNEO*. 2012. <http://historiapolitica.com/dossiers/chile-contemporaneo/>
- Espinoza, Vicente, Barozet, Emmanuelle.** ¿*De qué hablamos cuando decimos “clase media”?* *Perspectivas sobre el caso chileno*. Capítulo 5, en EL ARTE DE CLASIFICAR A LOS CHILENOS. Enfoques sobre los modelos de estratificación en Chile. Alfredo Joignant / Pedro Güell (Coordinadores). Ediciones Universidad Diego Portales, 2009, Santiago de Chile.
- Huneus, Pablo.** *Hombres de gris*. En Godoy, Hernán (compilador) Estructura Social de Chile, Editorial Universitaria, 1971, Santiago de Chile, pp. 543-546.
- Mattelart, A. & Mattelart, M.** *La mujer chilena en una nueva sociedad*. Editorial del Pacífico, 1968, Santiago de Chile.
- Piccini, Mabel.** *El cerco de las revistas de ídolos*. Capítulo IV en: Mattelart, A, Piccini, M, Mattelart, M. Los Medios De Comunicación De Masas. La ideología de la prensa liberal. Schapire El Cid Editor, Buenos Aires Argentina, 1976 (3ª Edición)
- Salazar, G. & Pinto, J. (2002).** *Historia Contemporánea de Chile*, T. II. Actores, identidad y movimiento. Santiago de Chile: Editorial LOM.

Schiefelbein, Ernesto. *La mujer en la educación primaria y media.* En Covarrubias, Paz; Franco, Rolando (compiladores) (1978) *Chile, Mujer y Sociedad.* Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia., Santiago, Chile.

Ritmo de la Juventud. Editorial Lord Cochrane, N° 1 a 278. Santiago de Chile

Distinciones y pertenencias de clase en un mercado de apropiaciones diferenciables: la clase media chilena y su vinculación con el consumo de bienes tecnológicos

Andrea Lizama Loyola
Magíster en Ciencias Sociales, Universidad de Chile

El presente documento tiene como intención mostrar las implicancias generadas por las dinámicas de consumo tecnológico como uno de los mecanismos utilizados por la clase media chilena¹⁶² para elaborar construcciones identitarias y diferenciarse de los distintos subgrupos que coexisten dentro de la clase. Es pertinente señalar que este trabajo surge a partir de la investigación “Distinciones y pertenencias de clase en un mercado de apropiaciones tecnológicas diferenciables”¹⁶³, presentada como tesis para obtener el grado de magíster en sociología.

El estudio asume como principal premisa la existencia de una relación bidireccional entre consumo tecnológico y dinámicas de identidad y diferenciación, en tanto el consumo es generado y también genera subjetividades en los individuos. Esta bidireccionalidad se manifiesta nítidamente en la correspondencia entre prácticas de consumo y hábitos de clase.

Al mismo tiempo se identifica una relación intrínseca entre identidad y diferenciación, ambos componentes en la construcción de subjetividades se refuerzan y explican mutuamente. La diversidad de identificaciones es una manifestación, pero también potencia la multiplicidad de posiciones sociales dentro de los estratos medios.

Los significados y autoidentificaciones generadas por el consumo de bienes tecnológicos y la existencia de estilos de vida en tensión, refuerza la heterogeneidad identitaria en la clase media. Sin embargo, se observa como elemento común la búsqueda de autenticidad en la forma de identificarse y comunicar los modos de apropiación tecnológica.

¹⁶² En términos operacionales, se entenderá por clase media al estrato cuyos límites comprenden el 45% de los hogares, abarcando entre el 25% superior del II quintil y el IV quintil, integrando media y mediana de ingresos. Desde la variable ocupacional, los estratos medios estarían constituidos por los siguientes grupos asalariados: gestión baja, rutina no manual alta y baja.

¹⁶³ Véase en http://www.desigualdades.cl/wp-content/uploads/2009/05/Microsoft-Word-TESIS_Andrea_Lizama.pdf

El estudio se sitúa bajo un enfoque mixto que combina perspectivas cuantitativas y cualitativas. El análisis cuantitativo se fundamenta en las Encuestas de Presupuestos Familiares, las que entregarán un panorama general del consumo de tecnologías por los hogares de clase media. El análisis cualitativo se desarrolla a través de la realización de 24 entrevistas semiestructuradas, entre julio y octubre de 2009, a representantes de familias de clase media. Dichas entrevistas indagan en las percepciones de los sujetos respecto a las valoraciones subjetivas que construyen en base al consumo y a su impacto en las diferenciaciones e identificaciones de clase.

El consumo como medio de diferenciación en la clase media

Si bien la clase media muestra evidentes similitudes en niveles de gasto de bienes tecnológicos, persisten diferencias en los modos de apropiación, valoraciones, motivaciones que están detrás del consumo de estos artefactos. Los resultados del estudio permiten visualizar la presencia de mecanismos de diferenciación social en el proceso de consumo de los bienes tecnológicos, lo cual da cuenta de lo que Max Weber denomina como distribuciones de poder distintivas al interior de la clase media. De esta manera, las diferenciaciones sociales potenciadas por el consumo pueden estar mediadas por factores educativos, ocupacionales, de género, origen social y edad.

Al indagar en la valoración de bienes tecnológicos en sujetos con distintos niveles educativos, sobresale el computador como el objeto de mayor importancia en personas menores de 40 años¹⁶⁴ con niveles educativos superiores. Esto se fundamenta en la alta inversión que implica adquirir un computador especialmente en familias jóvenes que se encuentran en fase de formación, su utilidad educacional/laboral y porque han sido protagonistas de la masificación tecnológica:

“El más importante es el computador porque es mi herramienta de trabajo, en mi pega y pa’ mis estudios, es una entretenida herramienta de ocio y obviamente como medio de comunicación”. (MT. Hombre. Cientista político, 33 años).

¹⁶⁴ En cuanto al uso del computador por personas mayores de 40 años, sólo es relevado por aquellos con mayor posición ocupacional dentro de la clase media. Ellos se encuentran en una posición de ventaja respecto a sus pares de clase, ya que han tenido la oportunidad de incorporar los avances tecnológicos a medida que han ido apareciendo. De este modo, el computador constituye un instrumento de trabajo y de transacciones económicas, pero no un medio de comunicación o entretenimiento.

“El computador es el más importante (...) hace mucho tiempo que tengo computador. No es el mismo, pero desde el 97 o 96. Ya ni me acuerdo, hace tanto tiempo que lo tengo que como que no recuerdo cómo era antes la vida. Increíble en todo caso, imagínate que antes había que escribir las cosas con una máquina de escribir, te equivocabas y para escribir una palabra tenías que borrar y escribir encima de la letra (...) ¡Era un cachol!”. (UE. Mujer, 25 años. Estudiante de magíster y garzona).

A partir de estas valoraciones se observa cómo las personas se afilian en torno a modos de apropiación común de bienes tecnológicos, lo que puede manifestar una mayor conexión entre grupos de estatus dentro de la clase media. Dichos grupos no perciben el prestigio por la adquisición de bienes tecnológicos, sino por el uso funcional que genera conocimiento y beneficios utilitarios en los sujetos. Desde estos grupos, enfocados en volúmenes similares de capital cultural y potenciado por este tipo de consumo, se generan disposiciones de distinción respecto a quienes consumen sólo por un prestigio simbólico.

De este modo, a medida que decrecen los niveles de enseñanza el uso del computador se reduce a la comunicación y navegación por Internet. En sujetos de clase media baja, con enseñanza media y con posiciones ocupacionales de rutina no manual, el computador se convierte en un requerimiento central para la educación de los hijos, que puede potenciar la propia movilidad.

“El computador mi hijo lo usa para hacer tareas y el Facebook. Yo, para el Facebook, Facebook, Facebook y para el msn”. (CL. Mujer, 30 años. Cajera de supermercado).

“En el computador principalmente que sería más rápido, tendrían más acceso, podrían ocuparlo más, se entretendrían más, se sentirían más cómodas yo creo si tuvieran esas adquisiciones en su casa”. (AJ. Hombre, 48 años. Administrativo de bodega).

Vinculado a lo anterior, las entrevistas realizadas mostraron que en mujeres que se desempeñan en puestos de rutina no manual alta y baja, sobresalen valoraciones tecnológicas aspiracionales, vinculadas con mayor autovaloración e integración.

“No me podía quedar atrás y me daba lata que yo no tuviera, o ir a echar la moneda pa’ comunicarme (...) y me di cuenta que me hacía falta, más encima me tenía que juntar con “x” persona y llegaba tarde o ¿dónde estái?” (PT. Mujer, 55 años. Cuidadora de enfermos).

En lo anterior se observa una entrevistada ocupada en tareas de rutina no manual, la cual alude a motivaciones enfocadas en la posibilidad de aumentar el patrimonio mediante la adquisición de bienes tecnológicos, y como consecuencia, acercarse a grupos con mayor poder social. Esto se ve ratificado en las afirmaciones entregadas por otras entrevistadas al referirse a la relación estatus social y consumo tecnológico.

“Saber manejar te pone en otro estatus, andar en auto te pone en otro estatus, tener un teléfono ‘enchao’ te pone en otro estatus obviamente poh”. (PJ, Mujer. Vendedora, 35 años).

“Es como todo el mundo lo tiene yo también lo quiero, no por envidia, pero para tener acceso a más cosas”. (CL. Mujer, 30 años. Cajera de supermercado).

A diferencia de lo analizado en aquella parte de la clase media con mejor posición ocupacional y educacional, las frases anteriores muestran una parte de la clase que intenta comunicar su ubicación social a través de la apropiación de bienes. En quienes trabajan en ocupaciones de ventas y servicios, la adquisición de tecnologías es producto de mejor capacidad económica de sí mismos y de los otros que poseen algunos de estos, entre quienes se genera un vínculo de afiliación potenciada por el consumo. Este intento comunicativo es más notorio en quienes tienen un entorno social con volúmenes medianos o bajos de capital económico y cultural, cercanos a la clase media baja o en el límite de la pobreza.

Así es como en los grupos familiares vinculados a ocupaciones en ventas y servicios, todos tienen equipados sus hogares por la totalidad de bienes básicos como computador, televisor o celular. Independiente del uso y relevancia que tienen estos bienes, igualmente se decide priorizar el gasto en ellos. En estos casos se provocaría una inconsistencia de estatus, que puede ser observable en algunos sujetos de clase media con menor situación económica-ocupacional, en la medida que la inversión en bienes costosos no se condice con las condiciones económicas de los usuarios. Aunque los bienes adquiridos por cada grupo ocupacional de clase media son equivalentes, el impacto que tiene la adquisición en el presupuesto familiar (presente y futuro) es más profundo en personas con menor capital económico.

“Los sacamos a cuotas con la tarjeta de crédito. Crédito a largo plazo, viendo las tasas de intereses eso sí”. (KP. Hombre, 26 años. Vendedor).

“Trato de no endeudarme, entonces finalmente lo que hago es que cuando son productos muy caros, comprar con tres cuotas dando el pie”. (CL. Mujer, 30 años. Cajera de supermercado).

De este modo, aunque se pueden ver intentos de movilidad y acercamiento a grupos de mayor estatus social a partir de la apropiación de bienes de vanguardia, en quienes intentan obtener solamente poder simbólico, el efecto podría entenderse como contrario. Se producen algunos desajustes entre aspiraciones y oportunidades reales que ofrece el mercado para apropiarse efectivamente de estos bienes. No es suficiente con la sola posesión de ellos; es necesario conocerlos y darles uso completo. Esto aumenta las brechas generadas por los roles culturales, generacionales o posiciones ocupacionales/educativas que determinan a los sujetos.

Un último espacio donde se pueden visualizar diferencias en el consumo de bienes tecnológicos está dado por las expectativas de consumo que poseen los sujetos. En los niveles ocupacionales vinculados a administrativos y empleados de oficina, se observan expectativas funcionales, enfocadas a necesidades del entrevistado y de sus respectivos grupos familiares. En ocupaciones más altas las expectativas no están fundadas en funcionalidad, sino en el gusto personal y comodidad de los entrevistados.

“La verdad, bien tecnológico para mí no, no aspiro a comprar tecnología, no aspiro a nada, no es que me llame la atención. Si me viera en la obligación de comprar algo no sería para mí, tal vez sería para mis hijas, lo más probable (...) Les renovarí su computador, al menos que una de las tres tuviera su celular (...) les compraría un plasma”. (AJ. Hombre, 48 años. Administrativo de bodega).

“A mí me gustaría si pudiera comprarme un computador con pantalla plana porque ocupan menos espacio (...) ¡Ah sí! Y a mí me gustaría tener un notebook, me encantaría porque yo estoy como todo el día sentada en la oficina y muy pegada al computador, y me da harta lata llegar a la casa a sentarme”. (MF. Mujer, Trabajadora social, 54 años).

Las expectativas fundadas en la satisfacción de un gusto se explican porque los sujetos mejor posicionados tienen mayores posibilidades económicas para adquirir y renovar esos bienes. Aun cuando estos individuos asocian sus prácticas de consumo con motivaciones funcionales, finalmente son el único grupo de clase media cuyo capital económico les permite proyectar el consumo y permitirse un gusto personal, que enriquezca su calidad de vida e individualizar sus deseos. Por otro lado, quienes están en la clase media con menor posición, pueden fundamentar sus proyecciones en la integración simbólica a grupos de estatus social o en necesidades materiales concretas vinculadas al acceso a bienes masificados.

Prácticas de consumo y habitus de clase: aproximación a los procesos de diferenciación identitarios de la clase media chilena

El consumo es observado como un proceso diferenciado no sólo por posiciones de clase objetivas, sino también por la combinación de estas en la forma de un habitus de clase. Prácticas como el consumo surgen dentro de habitus que determinan gustos, valoraciones y modos de apropiación particulares en sujetos con posiciones similares. En función de estas se potencian identificaciones y diferenciaciones sociales. Los resultados del estudio permiten visualizar que estas diferenciaciones no están ancladas sólo en un tipo de variable, sino que se visualizan distinciones emanadas desde la combinación de estas variables o capitales. La combinación de estas, especialmente entre capital económico y cultural, determinan prácticas, significados y valoraciones en torno al consumo tecnológico.

Como parte de los resultados del estudio se identificaron tipologías de consumidores que muestran esta relación entre prácticas de consumo y habitus de clase media. Estas tipologías se pueden separar en tres grupos:

1. Consumidores que muestran tendencias funcionales de consumo, es decir, se apropian de los objetos en razón de las utilidades y el conocimiento de estos. Atribuyen al consumo de bienes tecnológicos vinculados al valor de uso (siguiendo palabras de Baudrillard) que tienen estos objetos. En estos consumidores predominan significaciones utilitaristas, originadas en la dimensión material de este tipo de apropiaciones tecnológicas.

“Es un aporte útil, pero no vital. Básico, pero no elemental. Necesario, pero me sirven –y los uso así– sólo para sus aplicaciones principales, no pa’ tonteras anexas”. (MT. Hombre. Cientista político, 33 años).

Si vas a comprar un televisor te dicen que este tiene *full high definition* (...) te dicen que aparecen 720 dpi, 1080 dpi (...) hay harta diferencia de 720 y de 1080 pero ¿de cuánto necesito yo? (...) El de 1080, como es *full high definition*, es mucho más caro que el de 720, pero en realidad no vas a notar la diferencia porque estás hablando de una cuadrícula de puntos por una pulgada que a esa escala, 32 pulgadas, no las vas a notar, posiblemente en uno de 42 o en uno más grande sí lo notes”. (NG. Hombre, 29 años. Administrativo).

2. Consumidores que atribuyen connotaciones simbólicas al consumo y que relevan el consumo de tecnologías bajo el parámetro de la moda y la necesidad de integración social y cultural. En estos casos, los objetos asumen la condición de signos, por lo que se atribuyen

connotaciones relacionadas al bienestar propio, a las aspiraciones de adquirir conocimiento, potenciar el estatus e integrarse a grupos de mayor prestigio.

“Nos fuimos de vacaciones con mi amiga y tuvimos que ir a un ciber, no nos pudimos desconectar. Creo que igual se crea una dependencia porque fuimos a relajarnos, a respirar aire puro, pero nos faltaba internet (...) Estuvimos una semana tratando de encontrar uno”. (CL. Mujer, 30 años. Cajera de supermercado).

“Si no tenía computador no erí nadie, porque o sea, si tú pensái en las diferentes clases sociales, siempre va a haber más oportunidades en quien tenga más tecnología”. (CA Mujer. Vendedora de supermercado, 30 años).

3. Consumidores descolgados se vinculan al consumo de bienes tecnológicos desde la negociación. Aunque sean usuarios y consumidores de estos artefactos, aseguran que no tienen relevancia cotidiana. Conscientemente deciden no integrarlos y construirse mediante el rechazo a este. Para estos sujetos “descolgados del consumo tecnológico”, estos bienes no son atribuibles de significado, ni desde la dimensión de uso ni desde lo simbólico.

“Yo soy como un consumista bastante atípico, soy muy poco consumista.” (AJ. Hombre, 48 años. Administrativo de bodega).

– “Yo como que me quedé pegada en realidad, no he avanzado tanto en el uso de la tecnología (...) Es que no me doy el trabajo tampoco de saber ocupar algo (...) porque igual tienen tantas funciones que tienes que saber ocuparlas, tienes que aplicarlas ¿cachái? Por ejemplo, una cámara fotográfica no puedo ocuparla, porque recién aprendí a pasarla al computador, entonces, ahí estoy pegá. Como que tengo fotos en el escritorio y revelo y ese tipo de cosas”. (SM. Mujer, 21 años. Garzona).

A cada eje corresponde un tipo definido de consumidor con expectativas, hábitos y apropiaciones tecnológicas que potencian su construcción identitaria como parte de la clase media. Los atributos con los que se autoidentifican los sujetos a través del consumo, pueden referirse a características individuales o a una visión más colectiva de clase.

En quienes tienen una vinculación más funcional con el consumo de tecnologías, la identificación de clase es principalmente individual. La posición de clase está fundamentada en la posesión de determinado nivel de capital económico y cultural que ha sido lograda bajo el esfuerzo propio.

“Clase media, profesional, ni baja ni alta. No paso carencias, tampoco me doy grandes lujos. No paso hambre o frío. Tengo los bienes necesarios, tal vez un poco más (...) no tengo

deudas, sólo crédito universitario. Estudié en la universidad pregrado y hago un postgrado. No recibo ningún tipo de subsidio del Estado, pago mis impuestos. Sin embargo, hay un montón de cosas a las que no puedo acceder por falta de dinero (...) Estoy en la mitad de ambos grupos: arriba de los que no tienen las cosas que tengo y debajo de los que tienen las cosas que no puedo tener, clase media”. (MT. Hombre. Cientista político, 33 años).

“No siendo una cosa absolutamente holgada, mi situación económica, si uno se maneja ordenadamente, y yo puedo tratar de hacerlo, es llevable (...). Mmm... no sé, clase media. No entremos en el ABC, 1, 2, 3, 4... La verdad es que eso es más de los economistas. Yo creo que clase media”. (IP. Hombre, 57 años. Técnico superior. Empleado del sector público).

En sujetos descolgados y en quienes atribuyen significados más simbólicos al consumo de bienes tecnológicos, predomina un tipo de identificación de clase más colectiva, según la cual existe una idea preconcebida respecto a lo que es ser de clase media. Su posición de clase se fundamenta en la medida que ellos están o no dentro de lo que es este ser de clase media.

“Yo diría que somos representantes genuinos de lo que es una clase media, de lo que es una clase media en cuanto a (...) para mí la gente de clase media no es clase media por lo que tiene, porque si un tipo se saca la Lotería de España, se saca, qué se yo (...) 50 millones de euros, ese gallo no va a ser de clase alta nunca, jamás en su vida. Porque la plata, no hace la clase, definitivamente, no tiene na’ que ver, son dos cosas que no tienen nada que ver, no se reconcilian (...) Creo que la clase media para mí es, es una cierta calidad de vida, junto a una cierta calidad de conocimientos y (...) pero a ver, podríamos decir hasta cultura y creo que en ese sentido nosotros somos clase media”. (CMDO. Hombre, 67 años. Guardia).

“Me defino claramente como pobre y orgulloso de ser pobre, pero me defino como pobre, pese a que yo gano 426.000 pesos exactos, sin un peso más, sin un peso menos. Yo me considero pobre aunque para muchos pudiera ser clase media (...) porque nosotros en general tenemos una situación que está casi en la cuerda floja en la que cualquier enfermedad, cualquier despido de trabajo nos manda directamente a ser unas personas con muy pocos recursos (...) y además porque la vara para una clase media, en este momento para mí, con los niveles de consumo que hay, debiera andar cerca del millón de pesos. Lo otro es ser pretencioso y decir yo soy clase media cuando para mí no lo es” (AJ. Hombre, 48 años. Administrativo de bodega).

Sin embargo, en este tipo de consumidores se muestran también casos en los que la identificación de clase se fundamenta en una lógica más individual. Se observa que expresan conformidad con su situación de clase, la que consideran suficiente para cubrir necesidades económicas básicas. Así queda reflejado según las palabras de la siguiente entrevistada:

“Supongo que clase media no más, porque es la mayoría y claramente necesito trabajar para vivir. Siento que mi vida es muy común, no tiene grandes problemas, tampoco es como irme de vacaciones todo el rato y poder dejar la pega botada (...) no sé, como que tampoco llevo sin plata a fin de mes ¿cachái? Ahora puedo ordenar con algunas deudas que me hacen sentir que no estoy tan pa’ la cagá. Entonces media, igual es muy amplio decir que es media, pero es como lo más simple (...) pero por eso, como que no me siento en ninguno de los extremos”. (CG, Mujer. Trabajadora Social, 26 años).

En estos casos las carencias económicas son atribuidas a las propias ineficiencias en el manejo de los recursos, sin expresar conciencia crítica sobre las desigualdades sociales. Tampoco se observa crítica al nuevo tipo de Estado, que implementa políticas focalizadas en los más vulnerables. En este sentido, las consumidoras revelan aquella parte de la clase media cuya expansión se produjo durante la instalación del modelo neoliberal, y que se caracteriza por movilizarse y construir su posición de clase a través de logros individuales, sin responsabilizar de su posicionamiento a dinámicas de la estructura social que puedan resultar desfavorecedoras.

Las autoidentificaciones surgidas a partir del consumo potencian una mayor fragmentación identitaria en la clase media. Sin embargo, la autenticidad aparece como un elemento común en las aspiraciones subjetivas de los individuos, el cual ha sido apropiado por los sujetos desde la dicotomía entre el sí mismo y el origen. En este caso el origen es reemplazado por dinámicas de consumo funcionales y austeras, legitimadas socialmente.

De acuerdo a lo indagado, la mayoría de los sujetos entrevistados optan por ser auténticos a las pautas sociales de consumo (el origen). Estos individuos construyen sus autodefiniciones de consumo sobre la base del “deber ser”, de manera de guardar lealtad con el contexto social y económico que entrega pautas de consumo definidas como válidas.

“Yo creo que hay locos que aun ganando menos que yo tienen más bienes tecnológicos que yo, o que están más a la vanguardia, o que son más caros (...) Mi diferencia con ellos pasa por cuestiones culturales (...) no puedo compararme con amigos o primos que viven aún con sus padres, porque ganando lo mismo que yo, o incluso menos, pueden gastar más que yo en bienes como los que tú estas estudiando. Muchos de ellos tienen auto, *home theater*, van a carretear a lugares caros, viajan a Florianópolis o Salvador de Bahía y van al gimnasio. Yo no hago nada de eso, ni lo haría”. (MT. Hombre. Cientista político, 33 años).

“En el fondo tiene que ver en parte con la educación y en cómo administras los recursos, porque por ejemplo, la Gaby (novia del entrevistado) me dice: ‘un tipo que gana 800 lucas y

le llega una cuenta de celular por 200 y se las descuentan por planilla. Yo jamás me gastaré 200 lucas hablando por celular'. Ahí entra la educación y cómo administras los recursos". (NG. Hombre, 29 años. Administrativo).

De esta manera, los consumidores se desmarcan de quienes otorgan significados aspiracionales, deslegitimando dichas prácticas. De esta manera, se crean barreras que tensionan la propia identificación colectiva dentro de la clase. Buscan alejarse de quienes se ubican en una menor posición, se sitúan dentro de un "ser de clase media".

Sin embargo, existen algunas personas que deciden ser auténticas a sí mismos y se construyen identitariamente en aspiraciones personales, que pueden concretar por medio del consumo tecnológico. Estas personas no manifiestan temor de que su discurso no sea legitimado socialmente, en muchos casos ni siquiera tienen conciencia de aquello. Su lealtad principalmente es consigo mismos y sus deseos. No construyen identificaciones de autenticidad desde un deseo de diferenciarse de los otros, excepto cuando estos no pueden acceder a estos objetos o cuando deciden voluntariamente marginarse del consumo estudiado.

"Es más pa' leasar, pa' que me digan: 'tení un Ipod, si tengo un Ipod; oh qué bueno, y de qué marca es y cuánto te costó' y eso, es la atención que tú atraí a los demás ¿cachái?, porque tú te comprái algo y lo mostrái y todos dicen: 'oh, sí y cuánto te costó, y cuándo lo compraste' (...) Aunque no sepa pa' qué es, pero voy a tener a la gente de mi entorno pendiente de que yo me compré un Ipod". (PT. Mujer, 55 años. Cuidadora de enfermos).

Su situación de clase es construida en base a una trayectoria personal; de esta forma, intenta descubrirse a sí misma a través del consumo. Reconoce su vinculación a los sistemas de apropiación de bienes de vanguardia, bajo razones enfocadas por su autovaloración y al reconocimiento social que produce la tenencia de dichos objetos.

Así, la búsqueda de autenticidad en las construcciones identitarias que surgen en el consumo, aparece como una representación de la forma en que se producen los procesos de identificación al interior de la clase media. Al construir discursos de autenticidad en el consumo, que les permiten diferenciarse de unos e identificarse con otros, los sujetos de clase media están tomando posiciones de clases diferenciadas en el espacio social y reforzando la coexistencia de estilos de vida, en estado de tensión, al interior de su clase social.

Conclusiones

Producto del análisis de las dinámicas de consumo dentro de la clase media se puede develar el enorme poder que este adquiere en la visualización de los procesos de diferenciación dentro del grupo en cuestión. Estas diferenciaciones son, en primer lugar, horizontales, ya que dan cuenta de las distintas formas de aproximación al consumo tecnológico que coexisten en el grupo estudiado, que se manifiestan en preferencias por determinados bienes tecnológicos y estrategias personalizadas en la elección de ellos. En segundo lugar, las diferenciaciones son verticales, puesto que las brechas en el acceso, uso y apropiación de estos objetos expresan inequidades respecto a la estructura de oportunidades en el espacio social.

Lo expresado por los entrevistados permite indicar que casi la totalidad de los elementos que integran el consumo responden a condiciones de existencia de clase y por ende, acenúan los procesos de diferenciación social. No obstante, cabe remarcar que las diferencias producidas en el proceso de consumo no provocan por sí mismas desigualdades sociales. El consumo fortalece diferencias estructurales preexistentes. De este modo, los contrastes manifestados en el consumo tecnológico evidencian distinciones de clase de tipo estructural, dentro de los grupos medios.

Aún cuando estudios previos hubiesen analizado la relación entre consumo e identidad, este estudio permitió analizar la identidad vinculada al concepto de diferenciación social. Analizar las distinciones que median en las identificaciones de los sujetos, permiten visualizar con mayor fineza la diversidad interna de la clase media. Esta diversidad no sólo se analiza desde el rol de consumidores, sino como personas insertas en determinada clase social.

La frágil clase media

La clase media está o debería estar hoy en el centro del debate político y social; la gran mayoría de los chilenos se define como parte de ella y muchos de los discursos políticos apelan a sus supuestos problemas y demandas. Sin embargo, el conocimiento específico que manejamos sobre los grupos medios es fragmentario y elusivo, y a veces construido más sobre el sentido común y las percepciones instaladas que a partir de una reflexión que convoque lo que efectivamente se ha investigado sobre ellos.

Los estudios presentados aquí vienen de investigadores ya consagrados y otros en formación, y de distintas disciplinas y campos interdisciplinarios como la historia, la antropología, la sociología, la psicología social, los estudios de género y los estudios culturales. Fueron expuestos en las Primeras Jornadas Clases Medias en Chile y América Latina: los sujetos pendientes, realizadas los días 20 y 21 de agosto de 2012 en el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, y organizadas por la Red de Estudios sobre Identidad y Clases Medias en Chile y América Latina, con el auspicio del Programa UREDES de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile. Todos estos trabajos, de una u otra manera, iluminan lo que parece dos de las características transversales de los distintos grupos medios chilenos: su sentimiento de fragilidad económica y social y su permanente lucha por mantener o alcanzar un estatus social en una realidad que perciben como desigual e incierta. Asimismo, estas investigaciones abren debates y preguntas cuyas respuestas es hoy urgente construir.

ISBN: 978-956-19-0810-9



9 789561 908109